



BENDITO SEA SU NOMBRE

**Historia y vida divina de la Santísima Virgen María
Inspirado en la obra “La Mística Ciudad de Dios” de
Sor María de Jesús de Agreda**

Escrito por Barbara Oleynick

DEDICADO

Dedicado a la Madre de Todos - Y a todos los que saben que al final triunfará Su Corazón Inmaculado.

INDICÉ

CAPÍTULO UNO	10
LA INMACULADA CONCEPCIÓN.....	10
CAPÍTULO DOS	19
LAS ENTRAÑAS DEL INFIERNO.....	19
CAPÍTULO TERCERO.....	25
EL NACIMIENTO DE MARÍA	25
CAPÍTULO CUARTO.....	33
LA ENSEÑANZA DE MARÍA	33
CAPÍTULO CINCO.....	39
EL TEMPLO.....	39
CAPÍTULO SEIS	53
LA MUERTE DE JOAQUÍN	53
CAPÍTULO SIETE	60
CAPÍTULO OCHO.....	71
LA MUERTE DE ANA	71
CAPÍTULO NUEVE	74
MARÍA ALCANZA LA MAYORÍA DE EDAD... 74	
CAPÍTULO DIEZ	77
LOS ESPONSALES DE MARÍA Y JOSÉ.....	77
CAPÍTULO ONCE	80
LOS INSTANTES DE LA CREACIÓN.....	80
CAPÍTULO DOCE	87

BENDITA TÚ ENTRE LAS MUJERES	87
CAPÍTULO TRECE	93
REVELACIÓN A JOSÉ	93
CAPÍTULO XIV	101
EL VIAJE A BELÉN	101
CAPÍTULO XV	114
EL NACIMIENTO DE CRISTO	114
CAPÍTULO DIECISÉIS	123
PRESENTACIÓN	123
CAPÍTULO DIECISIETE.....	134
VIAJE A EGIPTO.....	134
CAPÍTULO DIECIOCHO	149
EL NIÑO JESÚS.....	149
CAPÍTULO DIECINUEVE.....	157
EL REGRESO A NAZARET	157
CAPÍTULO VEINTE.....	164
PREDICACIÓN EN EL TEMPLO.....	164
CAPÍTULO VEINTIUNO	175
JESÚS DE ADOLESCENTE A HOMBRE.....	175
CAPÍTULO VEINTIDÓS.....	181
LA MUERTE DE JOSÉ.....	181
CAPÍTULO VEINTITRÉS	187
SU VIDA PÚBLICA SE ACERCA.....	187
CAPÍTULO VEINTICUATRO	192
EL SACRIFICIO DE UNA MADRE	192

CAPÍTULO VEINTICINCO	198
EL BAUTISMO DE JESÚS	198
CAPÍTULO VEINTISÉIS.....	201
LA TENTACIÓN DE JESÚS	201
CAPÍTULO VEINTISIETE.....	207
LOS DISCÍPULOS DE CRISTO.....	207
CAPÍTULO VEINTIOCHO	209
LOS MILAGROS PÚBLICOS DE CRISTO.....	209
CAPÍTULO VEINTINUEVE	217
EL MINISTERIO EN CRECIMIENTO	217
CAPÍTULO TREINTA	219
LA TRANSFIGURACIÓN.....	219
CAPÍTULO TREINTA Y UNO	221
LA ÚLTIMA CENA	221
CAPÍTULO TREINTA Y DOS	227
EL DOLOR DE MARÍA.....	227
CAPÍTULO TREINTA Y TRES	230
EL CAMINO AL CALVARIO.....	230
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO.....	236
LA RESURRECCIÓN	236
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO.....	239
LA ASCENSIÓN DE CRISTO.....	239
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS.....	243
EL PENTECOSTÉS.....	243
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE	247

LA BATALLA DEL BIEN Y DEL MAL	247
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO.....	254
EL CREDO DE LOS APÓSTOLES.....	254
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE.....	261
LA MUERTE DE SANTIAGO	261
CAPÍTULO CUARENTA	263
LIBERANDO A PEDRO.....	263
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO.....	270
LOS EVANGELIOS	270
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS.....	277
LA MUERTE DE NUESTRO AMADA	277
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES.....	286
LA ASUNSIÓN DE MARÍA.....	286
NOTAS DEL AUTOR.....	293

PREFACIO

“Bendito sea su nombre” es una adaptación en prosa de un guión "inspirado" escrito por Barbara Oleynick en el año 2000. Se basa en los escritos espirituales de María de Jesús de Ágreda, una devota monja franciscana de Ágreda, España, conocida comúnmente como María de Ágreda. (1602-1665) Nacida en el seno de una familia consagrada a Dios -su madre y ella ingresaron en el convento en enero de 1619, mientras su padre y sus dos hermanos se hacían frailes franciscanos-, fue nombrada inesperadamente abadesa a los veinticinco años por dispensa Papal. Muriendo con fama de santidad, su causa de canonización fue introducida sólo siete años después, el 21 de junio de 1672, por la Congregación de Ritos de la Corte de España. Su fama perdura no sólo por su vida santa, sino también por su obra “*La Mística Ciudad de Dios, historia divina de la Virgen, Madre de Dios*”. Concebida en 1627, nueve años después de ingresar en el convento, fue iniciada por orden de su confesor y las primeras 400 páginas fueron producidas en

sólo veinte días. Aunque en un principio trató de suprimir su publicación, se envió un ejemplar a Felipe IV, que desde hacía tiempo había manifestado su interés por ella. Más tarde, siguiendo las instrucciones de otro confesor, quemó todos sus escritos, para reanudar la obra en 1655 y completarla en 1660; se imprimió póstumamente en Madrid en 1670.

Afirmando recoger revelaciones divinas, *La Ciudad Mística* detalla los misterios de la Vida y Muerte Divina de la Virgen María, celebrada como Madre de la Humanidad y Reina del Cielo. Originalmente un texto español de 4000 páginas dividido en cuatro volúmenes fue traducido posteriormente al alemán en 1885 por los Padres Redentoristas. Inspirado por la edición alemana, el sacerdote de Chicago Padre George J. Blatter aprendió español para realizar una traducción al inglés, publicada por primera vez en 1912.

En septiembre de 1999, Barbara, cuya tesis fue el musical “*El Milagro de Fátima*”, experimentó un encuentro fortuito cuando “*La Mística Ciudad de Dios*” cayó literalmente de la estantería de una librería sobre sus pies.

Impresionada por la obra, la leyó durante todo el año, releyendo a menudo capítulos del tomo de 1.000 páginas. El 8 de diciembre de 2000 empezó a escribir un guion, algo que nunca había hecho antes, y lo terminó el 25 de diciembre del 2000. Esta nueva adaptación narrativa, acercará la historia y la vida divina de la Virgen Madre de Dios a todos sus hijos. Ha llegado el momento.

CAPÍTULO UNO

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

En el año 25 a.C., la aldea de Nazaret bullía de energía, sus estrechas calles rebosaban de mercaderes que pregonaban sus mercancías y de niños que se entrelazaban entre la multitud en juguetones estallidos de risa. El rítmico tintineo del martillo de un herrero resonaba contra los muros de piedra, mezclándose con el parloteo de los vendedores que regateaban los precios. El aire desprendía el aroma del pan caliente recién horneado, mezclado con el aroma terroso de las especias -canela, comino y cardamomo- que brotaban de las cestas tejidas. La luz del sol se reflejaba en los tejados de arcilla, y el lejano balido de las cabras se mezclaba con la sinfonía de la vida cotidiana, dibujando la escena de un pueblo vivo con propósito y tradición.

Un grupo de mujeres vestidas con largas y vaporosas túnicas de lino de azules profundos, rojos apagados y cremas terrosos y naturales se agrupaban en la plaza del pueblo y sus voces se entrelazaban en un animado coro de risas y

conversaciones. Rodeaban a dos mujeres más jóvenes, ambas cargadas de niños, con las manos rozando suavemente sus redondeados vientres mientras murmuraban bendiciones y compartían sonrisas cómplices. El aire crepitaba de entusiasmo, el calor de la hermandad las envolvía como un chal reconfortante. La luz del sol bailaba en sus rostros, resaltando los ojos brillantes de expectación, mientras el rítmico vaivén de las faldas tejidas y el tenue aroma de la lavanda y los higos horneados flotaban en la brisa, marcando el momento como uno de alegría, esperanza y promesa de una nueva vida.

Una pareja de ancianos se movía deliberadamente entre la bulliciosa multitud, con una presencia firme pero discreta. Joaquín, con un cuerpo fuerte a pesar del peso de los años, caminaba con serena dignidad, con las manos entrelazadas a la espalda, siguiendo los pasos de su esposa. A su lado, Ana caminaba con una gracia apagada por la tristeza, su rostro delineado por la sombra de un dolor demasiado profundo para las palabras. Sus ojos, que antes brillaban por su juventud, tenían ahora una mirada distante y melancólica, que reflejaba

cargas llevadas en silencio. Los pliegues de su capa color tierra ondeaban ligeramente a cada paso, la tela desgastada pero digna, como la propia mujer.

A medida que se acercaban al grupo de mujeres, Joaquín notó cómo la mirada de Ana se detenía en las embarazadas, su mano se movía instintivamente para descansar sobre su propio vientre estéril. Se inclinó hacia ella, y le murmuró suavemente:

"Ana... no."

Ana forzó una sonrisa, aunque sus ojos delataban su dolor. *"Joaquín, estoy bien. Vamos, deseémosles lo mejor. Pronto recibirán maravillosos regalos de Dios. Qué bienaventurados son"*.

Se acercaron al grupo y la risa de las mujeres decayó, sus ojos se desviaron incómodos hacia Ana. Ella las saludó con una cálida sonrisa, aunque le dolía el corazón, sus palabras eran sinceras.

"Ya casi das a luz Raquel, y tú también, Susana. ¿Qué pensáis? ¿Otro niño para cada

una esta vez? ¿Debo rezar para que tengáis hijas?"

Una de las mujeres, con tono cortante y poco amable, replicó: *"Deberías rezar por ti, Ana"*.

El grupo estalló en carcajadas, sus voces cortando el aire como un cuchillo. Otra mujer, envalentonada por la crueldad de la primera, se volvió hacia Joaquín.

"Joaquín, tengo una hermana menor encantadora. Ella está lista y es bastante madura para darte el hijo que necesitas. Nuestra ley dice que puedes tomar una nueva esposa si la vieja se vuelve como un pedazo de tierra marchita."

Joaquín tensó la mandíbula, pero no dijo nada. En lugar de eso, apartó con cuidado a Ana del grupo, con el corazón roto al ver la expresión de dolor que se dibujaba en su rostro.

Los vibrantes colores del día dieron paso a la luz fría y plateada de la luna llena. El pueblo de Nazaret yacía tranquilo bajo el cielo estrellado, las casas de piedra proyectaban largas sombras a la luz de la luna hasta que ésta

se posó sobre la humilde morada de Joaquín y Ana.

Arrodillados en oración, sus cabezas inclinadas y sus manos juntas en silenciosa devoción. La sala estaba en silencio, salvo por el suave murmullo de sus voces que se elevaban como incienso hacia el cielo. La voz de Joaquín, firme y reverente fue la primera en romper el silencio. Sus palabras estaban cargadas de esperanza y anhelo.

"Padre Todopoderoso, continuamos orando por la venida del Mesías. Aquel que será la salvación de la humanidad. Que Su palabra sea todo lo que el hombre conozca y por lo que viva. Tu ira es contenida en tiempos en que parece tan necesaria; cuán grande es Tu amor por Tus hijos, Señor. Sin embargo, ellos no temen Tu poder, ni honran la gloria de Tu grandeza".

La voz de Ana se unió a la suya, más suave pero no menos ferviente, con sus palabras temblorosas por el peso de años de oraciones sin respuesta. *"Padre Santísimo, Señor de todo, continúo en mi oración de tener un hijo para que podamos honrar las leyes de nuestra fe.*

Este niño te lo dedicamos a Ti. Te rogamos que sea Tu voluntad y que se cumpla".

Sus plegarias permanecían en el aire, una ofrenda sagrada de fe y entrega, mientras la luz parpadeante de una única lámpara de aceite proyectaba sus sombras contra las paredes. Sus plegarias tendrían una respuesta que ninguno de los dos podía imaginar.

Pasaron diez años desde que Joaquín y Ana comenzaron a rezar fervientemente por un niño. Las estaciones habían cambiado y ahora el pueblo yacía envuelto en la quietud del invierno. El paisaje, que antes vibraba con el calor del verano, era ahora crudo y frío, los árboles desnudos y la tierra endurecida por la escarcha. En el interior de su humilde hogar, los años habían marcado a Joaquín y Ana. Sus rostros mostraban las arrugas del tiempo, sus cabellos tenían vetas plateadas, pero su fe permanecía inquebrantable.

Una vez más, se arrodillaron para rezar, sus voces se elevaron al unísono, como testimonio de su perdurable devoción. Pero esta vez, mientras rezaban, una luz repentina y radiante llenó la sala, envolviéndolos en su resplandor.

Ante ellos apareció un hombre joven y sorprendentemente apuesto, cuya presencia era a la vez etérea y tangible. Era el ángel Gabriel, con su forma resplandeciente de luz divina y su voz suave pero autoritaria.

"Soy Gabriel, enviado por la Santísima Trinidad con este mensaje: Vosotros, Joaquín y Ana, que os habéis mostrado devotos servidores, que, en continua oración por la redención de la humanidad y la venida del Mesías, habéis acudido a Nuestra presencia y habéis sido escuchados en Nuestra clemencia. Así también ha sido escuchada vuestra oración por un hijo. Nuestra promesa para vosotros, por el favor de Nuestra diestra, es que recibirás el Fruto de la Bendición. Ana, aunque estéril, concebirá milagrosamente una hija, a la que daréis el nombre de María. Será bendita entre las mujeres. Todas las naciones la conocerán como La Bienaventurada. Porque el amor ha ablandado el corazón del Todopoderoso y ha apresurado Sus misericordias hacia el hombre. Esta hija será maravillosa en todas sus acciones y en toda su vida. Desde su infancia, que sea consagrada a Dios, como lo has prometido. Será elegida,

excelsa, poderosa y llena del Espíritu Santo. Por la Concepción de la Niña, se alegrarán todo el cielo y la tierra".

La luz que rodeaba a Ana se hizo aún más brillante, y Gabriel se volvió hacia ella, hablándole en privado. *"Crearemos en ti una obra perfecta, que es el objeto de Nuestra Omnipotencia, y un modelo de la perfección destinada a Nuestros hijos, y la corona final de la creación. En Ella, que estará libre de pecado, depositamos todas las gracias y bienes dados y luego perdidos por el primer hombre. Sólo Tú sabrás que María será portal de vida y salvación para los hijos de Adán".*

En ese momento, el ángel Gabriel desapareció y la luz que rodeaba a la pareja se desvaneció, dejándoles en un silencio atónito.

El invierno dio paso al suave calor del final del verano. Ana, visiblemente encinta, trabajaba en su jardín, cuidando las plantas con esmero. Sobre ella, una fugaz blancura flotaba en el aire, una presencia indistinta pero palpable. Ana tarareaba suavemente con el

ostro radiante de alegría. Un vecino que pasaba por allí se detuvo a saludarla.

"No te falta mucho, ¿verdad, Ana?", preguntó la mujer, con un tono cálido y curioso.

Ana sonrió, apoyando una mano en su redondeado vientre. *"Aún faltan dos meses, estamos para el final del verano"*.

"¿Y tú qué crees? ¿Un niño? ¿Una niña"

Ana ríe suavemente con los ojos brillantes. *"¡Un milagro a mi edad!"*

CAPÍTULO DOS

LAS ENTRAÑAS DEL INFIERNO

En las profundidades de la tierra, las entrañas del infierno hervían con una furia implacable e insaciable. Las llamas rugían como bestias vivas, sus lenguas de fuego lamían la roca dentada y ennegrecida, proyectando sombras salvajes y parpadeantes que danzaban como almas atormentadas. El suelo palpitaba de calor, agrietado y fundido, rezumando ríos de fuego líquido que se abrían paso a través del abismo. El aire estaba cargado del hedor a azufre y de los ecos de los lamentos angustiados, cuyo dolor se entretejía en el tejido mismo de la extensión infernal. La oscuridad se cernía sobre los espacios entre las llamas, no la ausencia de luz, sino un vacío asfixiante y devorador que presionaba a los condenados como una mano invisible. Era un lugar de tormento sin fin, donde el tiempo perdía sentido y la desesperación se aferraba al aire como una niebla asfixiante, envolviéndolo todo. Lucifer, imponente y amenazador, se paseaba de un lado a otro con movimientos

agitados. De pronto, echó la cabeza hacia atrás y lanzó un rugido desgarrador, y su voz resonó en el abismo. Abrió la mano, escudriñándola, y apareció la imagen de Ana y su vecino riendo. Vio que Ana se llevaba la mano al vientre de embarazada, con una alegría inconfundible.

La mano de Lucifer se cerró en un puño y dejó escapar un gemido gutural, su rabia era palpable.

Más tarde, en el interior de su modesta casa, Ana estaba sentada junto a la ventana, con los dedos cosiendo hábilmente una delicada prenda para bebé. La luz dorada de la tarde se filtraba a través de las contraventanas de madera, proyectando cálidos patrones moteados sobre el suelo de tierra. Una suave brisa agitaba la tela en su regazo, transportando el tenue aroma del romero y el pan recién horneado. El murmullo de la vida del pueblo llegaba desde el exterior -voces lejanas, el balido ocasional de una cabra-, pero entre aquellas paredes todo era calma, un santuario de devoción silenciosa.

Entonces, sin previo aviso, el aire cambió. El calor desapareció de la habitación y fue

sustituido por un frío antinatural que le erizó la piel. La suave luz se atenuó como si el mismo sol retrocediera. Un peso se asentó sobre su pecho, denso y sofocante. La vacilante lámpara de aceite temblaba, su llama se encogía, mientras una oscuridad, más rica que la sombra, se acumulaba en el rincón más alejado.

Y entonces... él estaba allí.

Lucifer emergió, su presencia deformando el espacio a su alrededor, una figura de terrible belleza y pavor devorador. Sus ojos, como ascuas humeantes, la miraban fijamente y, aunque su rostro estaba esculpido con la perfección de un ángel, estaba marcado por algo más profundo: una ira ancestral, una tristeza transformada en algo cruel. El aire que lo rodeaba palpitaba con una fuerza invisible, presionándola, amenazando con sofocar la paz que momentos antes había llenado la habitación. La aguja de Ana se escurrió de sus dedos, olvidada, mientras miraba fijamente el rostro de la mismísima oscuridad.

Su aspecto era más de hombre que de bestia, aunque su presencia no era menos

aterradora. Comenzó a reprenderla, con voz cargada de malicia.

"Mírate, una mujer tan vieja y marchita con un hijo. Y Joaquín es aún mayor que tú. No es suyo, ¿verdad? Adúltera. Me complaces. Tú, que rezas a Dios con tanta piedad, llevas tu pecado en el vientre".

Ana cayó de rodillas, llorando, con las manos cubriéndose instintivamente el vientre para proteger a su hijo nonato. Antes de que Lucifer pudiera pronunciar una sola palabra, un súbito resplandor rompió la opresiva penumbra. En un instante, dos seres celestiales descendieron y su presencia iluminó la habitación con un resplandor que desafiaba la oscuridad que se filtraba de la figura del ángel caído.

Un ángel descendió con una rapidez pasmosa y sus enormes alas se desplegaron como un escudo de luz pura, envolviendo a Ana en una barrera de protección divina. El aire que la rodeaba, antes cargado de temor, zumbaba ahora con una calidez sobrenatural, una fuerza tranquilizadora que hacía retroceder las asfixiantes garras del mal.

El segundo ángel se mantuvo firme, elevándose ante Lucifer con una presencia que irradiaba una autoridad inquebrantable. Sus ojos ardían con el fuego del mismo cielo y sus vestiduras brillaban como oro fundido. Sin vacilar, la voz del ángel resonó, rica e imponente, cada palabra retumbando con el poder del Todopoderoso.

"No volverás a entrar en esta casa", declaró el ángel, su voz estremeció el aire mismo. *"¿No lo ves? Ana está custodiada por nosotros, siervos del Señor. ¡Vete, pues no tienes derecho a estar aquí!"*

Las paredes mismas de la casa parecieron vibrar con el peso de la declaración. La oscuridad retrocedió, siseando como una serpiente herida, y la otrora imponente forma de Lucifer vaciló, su furia se encontró con una fuerza inamovible.

Los ojos de Lucifer se entrecerraron y su voz se llenó de veneno. *"¿Por qué protege a una mujer tan miserable que tiene un hijo bastardo? Él raspa el fondo del barril para los creyentes".*

La voz del ángel era firme. *"Vete y que sepas que Ana nunca está sola"*.

La forma de Lucifer comenzó a disiparse, pero su voz perduró, un eco escalofriante. *"Y estoy observando. Siempre estoy observando"*.

Cuando su presencia se desvaneció, su voz cayó en espiral hacia el abismo, un inquietante recordatorio de su implacable malicia. *"¿Por qué me molestan tanto personas como ella? Acabaré con su vida si es necesario. Lo que haga falta para volver a un estado de paz"*.

CAPÍTULO TERCERO EL NACIMIENTO DE MARÍA

Dos meses después, el pueblo de Nazaret yacía bañado por el suave resplandor de la luna llena, cuya luz proyectaba largas sombras sobre el paisaje. La noche era tranquila, el aire fresco con la promesa del amanecer. En la ladera de una colina que domina la aldea, Joaquín está arrodillado rezando, con su silueta marcada en el cielo iluminado por la luna. Con las manos juntas y la cabeza inclinada, expresaba en voz baja su gratitud y sus peticiones.

El suave rayo de luna se filtraba en una habitación de su pequeña casa de piedra, donde Ana yacía en pleno trabajo de parto. Sin embargo, a diferencia de los habituales llantos y forcejeos del parto, en la habitación reinaba una calma de otro mundo. Ana estaba sentada, con el rostro sereno, como si no le afectaran los dolores del parto. Las comadronas se movían por la habitación con una expresión de asombro y confusión.

"Ana", murmuró una comadrona, con la voz teñida de asombro, "*nunca había visto algo así. Ni un dolor. Extraño, ¿verdad, hermana?*"

La segunda comadrona rió suavemente, aunque sus ojos delataban su asombro. "

Quizás sea su edad! Si hubiera sabido que sería tan fácil, yo misma habría esperado. Mira, el niño está saliendo".

Ana, tranquila y serena, extendió la mano mientras la comadrona colocaba suavemente a la recién nacida en sus brazos. La recién nacida estaba envuelta en las suaves sábanas preparadas para su llegada, y su delicada figura era acunada con sumo cuidado. Sin embargo, mientras yacía en los brazos de su madre, algo más allá de lo ordinario se desplegó: su piel parecía brillar con una luz que no era de este mundo, un suave resplandor celestial que sólo Ana y los ángeles podían percibir. Resplandecía como el primer rubor del alba, sutil pero innegable, una silenciosa declaración del toque divino en su vida.

Las comadronas, ajenas al resplandor celestial, pero presintiendo algo extraordinario, intercambiaron miradas con los ojos muy abiertos. Sus manos, tan acostumbradas a los temblores de la nueva vida, temblaban

ligeramente al contemplar a la niña con silencioso asombro.

Por fin, la primera comadrona encontró la voz, aunque apenas era más que un susurro. "*¡Una niña!*", exclamó, con un tono de asombro. "*Ana, tienes una hija. Mírala: exquisita, impecable. Tan perfecta*".

La segunda comadrona asintió con la cabeza y sus dedos acariciaron suavemente la suave mejilla de la bebé. Una silenciosa reverencia se apoderó de la habitación, el aire cargado de algo no dicho, pero profundamente sentido. Ninguna de las dos mujeres sabía que el mismísimo cielo se había acercado para asistir al nacimiento de la niña destinada a llevar la salvación de la humanidad.

Ana acunó a la niña, con el corazón henchido de un amor que trascendía las palabras. La habitación parecía resplandecer con una suave luz que emanaba del corazón de la bebé, una presencia divina que llenaba el espacio de calidez y paz. La segunda comadrona sonrió, con un tono ligero pero

lleno de admiración. *"Bueno, parece que no nos necesitas a nosotras. Te las has arreglado bastante bien, Ana, mucho mejor de lo que imaginaba. Vamos, hermana, dejemos a la nueva madre con su hija. Dios te ha bendecido, finalmente. Buenas noches, Anne."*

Cuando las comadronas abrieron la puerta para marcharse, los primeros indicios del amanecer pintaron el cielo con vibrantes tonos rosas y dorados. La segunda comadrona rió suavemente. *"Querrás decir buenos días. Compartamos las buenas noticias con Joaquín"*.

La puerta se cerró tras ellas y la habitación volvió a quedar bañada por la suave luz del sol naciente. Ana estaba sentada a solas con su hija recién nacida, los rayos de sol se colaban por las rendijas de la ventana e iluminaban la diminuta figura de la niña. Ana examinó suavemente a su bebé, tocando sus delicados dedos de manos y pies, maravillada ante el milagro que tenía en sus brazos. La luz que irradiaba el corazón de la niña parecía

aumentar, llenando la habitación de un resplandor sagrado.

Abrumada por la emoción, Ana se acercó a la niña y cayó de rodillas, con la voz temblorosa por la gratitud y el asombro. *"Señor, Creador de toda vida y poderosísimo en Tu infinita sabiduría, me has dado esta niña. Te doy las gracias. Pero ahora debo preguntarte, ¿cómo voy a cuidar de aquella a quien sólo Tú has considerado portadora de la Palabra Eterna? ¿Cómo he de tratar a la que será la Madre de Tu Hijo?"*.

Una voz, suave pero llena de autoridad, llenó la habitación. *"Cuidarás de ella exteriormente como una madre cuida de su hijo, sin ninguna demostración de reverencia, pero conservando esta reverencia internamente"*.

De repente, la habitación se inundó de un resplandor incomprensible. Apareció una hueste de ángeles, cuyas formas radiantes brillaban como el fuego y la perla, llenando de luz divina todos los rincones de la humilde

habitación. Sus vestiduras caían en cascada como oro líquido, sus alas se desplegaban en un luminoso esplendor, agitando el aire con un susurro de gracia celestial.

Entonces, como si el mismo cielo se hubiera acercado, se elevó una melodía: un himno tan puro, tan dolorosamente bello, que las mismas paredes parecían zumbar con su resonancia. Sus voces se entrelazaban en perfecta armonía, un canto de alabanza que temblaba de alegría y reverencia por María, la recién nacida. Era un sonido que no estaba destinado sólo a los oídos mortales, sino a los reinos del más allá, una proclamación a los cielos de que una elegida de Dios había entrado en el mundo.

Anne, acunando a su hija, sintió que la música la envolvía como una luz cálida, y su corazón se hinchó de asombro. El aire brillaba como si el tejido entre el cielo y la tierra se hubiera diluido, y en ese momento sagrado, lo supo: su hija había sido bendecida, destinada a un destino inimaginable.

La luz que emanaba del corazón de la bebé se hizo más brillante, convirtiéndose en un conducto a través del cual las palabras de Dios se transmitían directamente a la niña, que comprendía todo lo que se le decía. La voz de Dios transmitía su amor.

"Amada mía, en la tierra, el Verbo te tendrá como Madre, sin padre, como en el cielo tiene un Padre sin madre. Ha llegado la hora, por Nuestra providencia, de dar vida a la luz, a la criatura en forma humana, liberada del pecado, que ha de aplastar la cabeza de la serpiente. Ha llegado la hora, tan bendita para los mortales, en la que han de abrirse los tesoros de Nuestra divinidad y abrirse las puertas del cielo. Que se prepare ahora el género humano, pues pronto han de recibir al Maestro, al Hermano y al Amigo, pues Él será el Cordero de Dios que quitará los pecados del mundo."

Luego, dirigiéndose a Gabriel, Dios ordenó: *"Ve a las cavernas del limbo. Di a Enoc, a Elías, a los santos padres y a los justos*

que esperan allí desde hace miles de siglos, que la redención de la humanidad está próxima."

El nacimiento de María, la Madre de Dios, tuvo lugar el 8 de septiembre del año 14 A.C. Fue el momento, que fijó el plan para la salvación del hombre.

Con eso, Gabriel desapareció, su forma radiante se disolvió en lo invisible, como una estrella que se desvanece en la vasta extensión del amanecer. La habitación, aunque silenciosa una vez más, aún palpitaba con el calor persistente de su presencia. Ana, ahora sola con su hija recién nacida, contempló a María, con el corazón henchido de una mezcla indescriptible de amor, asombro y reverencia.

Sin embargo, no estaba realmente sola.

Los ángeles restantes permanecieron cerca, su resplandor etéreo proyectaba una suave luminiscencia sobre la habitación. Aunque no hablaban, su presencia era una proclamación silenciosa: un voto de protección que se extendería más allá de este momento, más allá de esta noche, más allá del tiempo mismo. Eran

centinelas invisibles, guardianes del niño cuyo nombre resonaría algún día a través de los siglos.

Una suave brisa recorría la habitación, llevando consigo una sensación de paz, una tranquila seguridad de que María nunca andaría desprevenida.

CAPÍTULO CUARTO LA ENSEÑANZA DE MARÍA

En la humilde casa de Joaquín y Ana se respiraba un ambiente de calidez y amor. La pareja, ahora padres de la recién nacida María, mimaban a su hija con tierno afecto. Joaquín, ignorante del destino divino de su hija, la estrechó entre sus brazos como lo haría cualquier padre cariñoso. María, dotada de intelecto y habla desde su nacimiento, no reveló nada a sus padres. En cambio, respondía a su amor con sonrisas y suaves caricias, acercando sus pequeñas manos al rostro de Joaquín o apretando sus dedos.

En la quietud de la noche, mientras sus padres dormían, María se arrodillaba en oración, moviendo silenciosamente los labios en comunión con lo divino. Cuando creció y empezó a andar, cogía las manos de su madre y de su padre, guiándoles con una sabiduría silenciosa que superaba con creces su edad. Les soltaba las manos para extender sus diminutos dedos hacia una mariposa, que se posaba sobre ella, rozando su mejilla con sus delicadas alas.

Cuando Ana guiaba a la pequeña María por las sinuosas calles del pueblo, la niña, que apenas tenía tres años, se detenía a menudo al ver a alguien necesitado. Con una serena determinación que contradecía su tierna edad, María se quitaba con delicadeza su suave chal y lo colocaba cuidadosamente sobre los hombros de una figura frágil y enferma acurrucada en el frío suelo. Sus pequeñas manos se movían con una amabilidad deliberada, como si comprendiera el peso de su pequeño gesto. A la hora de comer, María se sentaba con su modesta ración de comida y sus ojos grandes e inocentes miraban a los que no tenían nada. Sin vacilar, dividía su comida, tomando sólo los bocados más pequeños para ella y ofreciendo el resto a las almas hambrientas que se cruzaban en su camino. Sus actos desinteresados, tan puros y sencillos, dejaron una huella indeleble en los corazones de quienes los presenciaron. Cuando daba limosna a los pobres, les besaba las manos y, cuando era posible, los pies, rezando fervientemente por sus almas. "*Señor Dios*",

susurraba, *"ten piedad y favor de los necesitados"*.

En más de una ocasión, Ana encontraba a su pequeña arrodillada en oración, con las manos entrelazadas y el rostro levantado hacia el cielo. Las oraciones de María estaban llenas de humildad y devoción. *"Dios altísimo -decía-, no puedo alabarte con la dignidad debida. No soy ni siquiera un destello de Tu gloria y magnificencia. He de servirte bien, mi Señor, y sé que pronto llegará el momento de dejar este hogar. Estoy lista e impaciente por entrar en Tu casa y servicio. Te pido que inspires los corazones de mis padres a cumplir Tu santa voluntad, para que pueda comenzar la tarea que Tú me has encomendado."*

Al mismo tiempo, Ana tuvo una visión. Se vio a sí misma en el momento de la concepción de María, arrodillada mientras el ángel Gabriel le transmitía el mensaje de Dios. Luego, se vio a sí misma llevando a su hija al Templo, donde María viviría y sería instruida por hombres y mujeres santos. Joaquín también tuvo la misma

visión. Juntos, comprendieron lo que había que hacer.

La visión se hizo realidad. Joaquín y Ana caminaban por las calles de Jerusalén, María entre ellos, con sus pequeñas manos entrelazadas. Cuando vieron el Templo, María les soltó las manos y siguió caminando con paso firme y seguro. Se arrodillaron ante el edificio, ofreciendo una devota y ferviente oración al Señor. Joaquín rezaba con la voz cargada de dolor. *"Señor Todopoderoso", "Con mucho dolor, hacemos lo que Tú nos pides. Te devolvemos a esta niña. Nuestra hija, Tu hija."*

A Ana le dolió el corazón y añadió su propia oración silenciosa. *"Ella es Tu hija, mi precioso Señor, y llevará adelante la Palabra como Tú la has destinado. Nunca había visto tanta piedad y profunda humildad, tan evidentes en este pequeño ser. Te la devuelvo y rezo por haberla considerado como Tú me instruiste"*.

También María rezó en silencio. *"Queridísimo Padre, siento a la vez tristeza y*

alegría. Porque dejo a dos personas tan queridas y tiernas que mi corazón se siente herido. Sin embargo, late de júbilo, porque ahora aprenderé a servirte como Tú tanto mereces."

La voz de Dios llenó el espacio, suave pero imperiosa. *"Ven, amada Mía, ven a Mi Templo, y busca lo que tu corazón tanto desea"*.

Los tres se levantaron y un sacerdote los condujo a los aposentos donde María viviría con otras hijas siendo instruida en los caminos del Señor. Quince escalones conducían a la entrada. Otros sacerdotes bajaron a saludarles, y uno de ellos cogió la mano de María, colocándola en el primer escalón. Con su permiso, María se volvió y se arrodilló ante Joaquín y Ana. Les cogió las manos, se las besó y se las puso a ambos lados de la cara, cerrando los ojos. De los ojos de sus padres brotaron lágrimas, pero no pronunciaron palabra alguna. Soltándolos, María se dio la vuelta y subió los escalones restantes sin ayuda y sin mirar atrás. Los ángeles que la habían acompañado desde

su nacimiento subieron los escalones junto a ella. Las puertas se cerraron tras ellos.

CAPÍTULO CINCO EL TEMPLO

Dentro del Templo, el sacerdote Simeón condujo a María hasta la profetisa Ana, una de

sus maestras, que había sido iluminada por el Señor acerca de la divina providencia de María.

"Hermana Ana", dijo Simeón, "te traigo a María, hija de Joaquín y de Ana de Nazaret".

María cayó de rodillas y besó la mano de Ana. *"Te ruego que me tomes bajo tu santa guía. Pido tus bendiciones en este día de mi entrada en la casa de Dios".*

Ana sonrió cálidamente. *"Hija mía, encontrarás en mí una madre servicial. Cuidaré de ti y de tu educación con toda la consideración posible. Ven, te mostraré dónde dormirás y te presentaré a las otras jóvenes doncellas que han venido aquí también a aprender."*

Caminaron por un estrecho pasillo hasta llegar a una sala más grande donde varias niñas, de edades comprendidas entre los cinco y los trece años, estaban reunidas alrededor de mesas leyendo las Escrituras. Se levantaron a la entrada de Ana y María. María se acercó a cada una de ellas, les tomó las manos y se las

besó. *"Os pido a todas que me enseñéis lo que sabéis. Dadme vuestras bendiciones y permitidme que os sirva para que aprenda a ser como vosotras"*.

La mediana cogió la mano de María y la puso en pie. Las demás la rodearon, saludándola cordialmente.

Esa misma noche, Ana ayuda a María a prepararse para ir a la cama. Después de arroparla y darle un beso en la frente, espera a que Ana se vaya para salir de la cama. Se quedó postrada en el suelo, besándolo.

"Gracias, Señor mío, por invitarme y acogirme en Tu casa. Gracias, tierra, por sostenerme y permitirme estar en este lugar santo. Porque soy indigna de pisarlo y permanecer en él".

Se dirigió entonces a sus ángeles. *"Mensajeros celestiales del Todopoderoso, amigos y compañeros fidelísimos, os suplico con todas las fuerzas de mi alma que permanezcáis conmigo en este santo Templo de*

mi Señor. Recordadme, como maestros y guías de mis acciones, cuándo necesito ser corregida en mis caminos, para que pueda cumplir en toda la perfecta voluntad del Altísimo, dar placer a los santos sacerdotes y obedecer a mi maestro y a mis compañeros."

A los doce ángeles del Apocalipsis, añadió: *"Y queridos ángeles amigos, si el Todopoderoso os lo permite, id a consolar a mis santos padres en su momento de tristeza."*

Mientras los doce ángeles partían para cumplir su petición, María permaneció en conversación celestial con los demás. Por orden interna de Dios, los ángeles prepararon el alma de María para Su presencia.

La delicada figura de María empezó a brillar de repente, bañada en una luz radiante y sobrenatural que parecía emanar de su interior. Su rostro, sereno y luminoso, reflejaba un éxtasis indescriptible. Lenta y graciosamente, fue elevada -en cuerpo y alma- a la ilimitada extensión del Cielo Empíreo, un reino de puro esplendor celestial. Allí la aguardaba la

Santísima Trinidad, cuya presencia emanaba una abrumadora sensación de benevolencia y alegría. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo la recibieron con infinita calidez, su divina aprobación brillando como mil soles. María, de pie en medio de ellos, se sintió completamente transformada, y su ser se inundó de una luz divina que disolvió todas las limitaciones terrenas. En aquel momento, contempló la esencia misma de la divinidad, no a través de un velo o una sombra, sino intuitiva, directa, cara a cara. La experiencia fue incomprensible, una unión tan profunda que trascendió el tiempo y el espacio, dejándola cambiada para siempre, radiante y eternamente unida a la fuente de toda la creación.

Dios le habló. *"Paloma mía, amada mía, deseo que veas y comprendas los dones ocultos destinados a las almas que he elegido como herederas. Aquellas que han de ser rescatadas por el Cordero. He aquí cuán liberal soy con Mis criaturas que Me conocen y Me aman. Mis palabras son verdaderas, Mis promesas fieles para aquellos que Me siguen, porque ellos no*

caminan en la oscuridad. Deseo que tú, como Mi elegida, seas testigo ocular de los tesoros que tengo reservados para elevar a los humildes, enriquecer a los pobres, exaltar a los oprimidos y recompensar todo lo que los mortales hagan y sufran por Mi nombre."

Con profunda humildad, María respondió: *"Altísimo y Eterno Dios, Tú eres incomprendible, ilimitado en grandeza y perfección. ¿Cómo puede alguien tan pequeño como yo estar ante Tu majestad? Soy indigna incluso de mirarte, pero necesito Tu gracia más que nunca. En Tu presencia, toda la creación es nada. Cumple en mí lo que sea Tu voluntad.*

Si debo soportar pruebas y persecuciones, si la humildad y la mansedumbre son preciosas para Ti, no me las ahorres, pues son tesoros de tu amor. Pero en cuanto a las recompensas de estos sufrimientos, concédelas a quienes más las merezcan. Sólo te pido un favor más, Señor mío: que pueda hacerte estos cuatro votos: castidad, pobreza, obediencia y una

dedicación de por vida a Tu Templo, donde me has llamado a servir."

Con la aceptación de sus votos, Dios la adornó con la gracia divina. Sus sentidos se iluminaron con luz refulgente, llenándolos de belleza. Los ángeles se reunieron a su alrededor, sus formas celestiales brillaban con un resplandor etéreo, y comenzaron a adornar a María con vestiduras y joyas de una magnificencia inimaginable. La cubrieron con un manto de exquisito esplendor, cuya tela, tejida con hilos de luz y gracia, fluía como un resplandor líquido alrededor de su figura. Alrededor de su cintura, le sujetaron un cinturón adornado con piedras multicolores, cada una de las cuales brillaba con los matices de mil arcoíris, simbolizando la diversidad ilimitada de la creación divina. Con delicadeza, le colocaron un collar alrededor del cuello, cuya delicada cadena contenía tres perlas luminosas: fe, esperanza y caridad, cada una de las cuales resplandecía con la pureza de su alma.

Sus manos, delicadas pero fuertes, estaban adornadas con siete anillos, cada uno de los cuales era un emblema radiante de los dones del Espíritu Santo: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor del Señor. Los anillos brillaban con un fuego interior, como si estuvieran llenos de la esencia misma de la gracia divina. Finalmente, los ángeles la coronaron con una diadema de inestimable belleza, cuyas joyas proyectaban una luz tan brillante que parecía eclipsar a las mismas estrellas. Al colocarla sobre su cabeza, sus voces se alzaron en un coro armonioso, proclamándola Esposa de Dios y Emperatriz del Cielo. El aire a su alrededor pareció vibrar con el peso de este momento sagrado, mientras toda la creación daba testimonio de su exaltación, testamento de su virtud sin par y de su unión eterna con lo divino.

Dios declaró: *"Tú serás Nuestra Esposa, Nuestra amada y elegida entre todas las criaturas por toda la eternidad. Los ángeles te servirán y todas las naciones y generaciones te llamarán bienaventurada. Te concedo todos*

los tesoros de Mi gracia y de Mi poder. Pide lo que desees y se hará".

La última petición de María fue desinteresada. *"Mi Amado Señor y Maestro, Te ruego que envíes a Tu Unigénito al mundo como remedio para los mortales, para que todos los hombres sean llamados al verdadero conocimiento de Tu Divinidad. Te pido que Joaquín y Ana reciban un aumento de los dones amorosos de Tu diestra; que los pobres y afligidos sean consolados y confortados en sus problemas; y que yo cumpla el placer de Tu Divina voluntad."*

Con estas palabras, los cielos se llenaron de música y los ángeles devolvieron a María a su lecho en el Templo. A la mañana siguiente, María tomó las pocas posesiones terrenales que le había dado su madre -salvo unos pocos libros y prendas de vestir- y encargó a su maestro que se las diera a los pobres.

Así, la Elegida, radiante e impoluta por el pecado, destinada a llevar la Luz del mundo, entró en los salones sagrados del Templo para

comenzar sus sagrados estudios. El aire parecía resplandecer de reverencia mientras ella abrazaba los votos de pobreza y obediencia, entretejiéndolos en el tejido mismo de su existencia. Su corazón ardía con el ferviente deseo de vivir estos principios en cada aliento, cada paso, cada fugaz momento de su joven vida. Con los ojos encendidos y las manos entrelazadas en ferviente súplica, suplicó a los sacerdotes que la guiaran, que labraran un camino de disciplina y devoción, que pusieran ante ella las reglas que la convertirían en un vaso de propósito divino.

En la pequeña habitación de María, la primera luz del alba se colaba por la ventana. Cada día, María se levantaba de la cama al amanecer, con movimientos tranquilos y pausados. Se arrodillaba en oración, con el rostro levantado hacia el cielo.

En el Templo, María se unió a sus compañeros en oración, su voz se elevaba en armonía con la de ellos. Su rostro estaba

radiante y su devoción se reflejaba en cada uno de sus gestos.

Desde la tercera hora hasta la noche, debía ocuparse en trabajos manuales. Fregaba el suelo, limpiaba las habitaciones y lavaba la ropa de todos los demás. Ninguna tarea estaba por debajo de ella. Nunca se le pedía que realizara tales tareas. Era como si se tratara del mayor de los regalos.

María terminaba cada día sentada a la mesa, con los ojos fijos en las páginas de las Sagradas Escrituras. Su expresión era de profunda concentración.

En su habitación, María se prepara para ir a la cama con la ayuda de Ana, su profesora. Ana le dio un beso en la frente y se marchó, cerrando la puerta suavemente tras de sí. María esperó un momento antes de salir de la cama y arrodillarse en el suelo.

Nuestra Princesa Celestial pasaba más horas de rodillas o postrada en el suelo de su pequeña habitación. A menudo, si uno era tan

bendecido como para observarla, se la podía encontrar en un estado de éxtasis, hablando con sus guardianes celestiales, o recibiendo más conocimiento Divino por el Todopoderoso Mismo.

En las mesas de estudio, María estaba sentada entre sus compañeros, con su pequeña figura encorvada sobre los textos sagrados. Sus dedos recorrían las antiguas palabras con reverencia y su ceño se fruncía en señal de concentración. Aunque comprendía los misterios de las escrituras con una profundidad muy superior a la de su edad, abordaba sus estudios con el entusiasmo de una novicia. Hacía preguntas, buscaba orientación y escuchaba atentamente a sus maestros, con una humildad que brillaba tanto como su intelecto.

En el comedor, María se movía entre sus compañeros, sirviéndoles la comida con una gracia que parecía casi de otro mundo. Sólo tomaba una pequeña porción para sí misma, sus acciones eran un testimonio silencioso de su voto de pobreza. Cuando los demás le daban las

gracias, sonreía suavemente, con los ojos llenos de una calidez que denotaba su genuino amor por ellos. "*Es un placer servirles*", les decía, con una voz que apenas superaba el susurro.

Con el paso de los años, el rostro de María maduró, la suave redondez de la infancia dio paso a los delicados rasgos de una joven. Sin embargo, su espíritu permanecía inmutable: puro, devoto y radiante de la luz de la gracia divina. Sus días eran un ritmo de oración, servicio y estudio, cada tarea realizada con un amor que parecía trascender el reino terrenal.

En la tranquilidad de su habitación, la devoción de María adquiría una forma más íntima. Cuando los demás se retiraban, se arrodillaba en el frío suelo, con su pequeño cuerpo iluminado por la luz de la luna que entraba por la ventana. Sus oraciones no eran sólo palabras, sino una comunión, una conversación con lo divino que llenaba la habitación de una presencia casi tangible. A veces se postraba, con la frente en el suelo, y

todo su ser era una ofrenda de humildad y amor.

En ocasiones, sus profesores o compañeros la veían en esos momentos de éxtasis, con el rostro iluminado por una luz que no parecía de este mundo. Se detenían, asombrados, antes de retirarse en silencio, como si temieran perturbar el sagrado intercambio.

Cuando María cumplió ocho años, su vida en el Templo se había convertido en un testimonio vivo de las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad. Todas sus acciones, por pequeñas que fueran, estaban impregnadas de un amor que parecía extraer su fuerza de lo divino. Era un faro de luz, no sólo para los que vivían en el Templo, sino para todos los que conocían su historia.

Y así, a medida que el tiempo seguía pasando, cada uno tenía una pincelada en el retrato de un alma destinada a la grandeza. A través de la oración, el servicio y una devoción inquebrantable, María creció, no sólo en años,

sino en la gracia y la sabiduría que un día la prepararían para llevar la Luz del mundo.

María estaba arrodillada en oración, con las manos juntas y el rostro levantado hacia el cielo. Habían pasado los años y ahora tenía ocho, y su devoción era tan inquebrantable como el día en que entró en el Templo. La luz del amanecer entraba por la ventana, iluminando su rostro mientras comulgaba con la divinidad.

CAPÍTULO SEIS LA MUERTE DE JOAQUÍN

María se arrodilló en la quietud del Templo, con su pequeño cuerpo iluminado por el tenue resplandor de las velas. Su rostro, normalmente sereno, reflejaba ahora un profundo éxtasis, como si su alma hubiera trascendido el reino terrenal para comulgar con lo divino. Sus labios se movían en silencio, sus palabras no eran escuchadas por los oídos mortales, pero eran transportadas por el aliento de los ángeles hasta el trono de Dios.

"Hermosa eres en tus pensamientos y acciones, mi Amada y Elegida", resonó en su interior la voz de Dios, un sonido a la vez suave e infinito. "Acepto tu deseo de servir y sacrificarte por la mayor gloria y ahora llega el momento de hacerlo. Porque es por mi Divina ordenación que tu padre Joachim debe pasar de esta vida mortal a la eterna e inmortal. Su muerte sucederá pronto, y él pasará en paz. Será colocado entre los santos en el limbo, para esperar la Redención de la raza humana."

El rostro de la niña cambió y su expresión pasó de la tristeza a una suave sonrisa, aunque las lágrimas corrían por sus mejillas. No hizo ademán de secárselas, sino que las dejó caer libremente. Al tocar el suelo, brillaron y se transformaron en las relucientes alas de sus ángeles compañeros, que la levantaron con suavidad y la llevaron junto a la cama de su padre, Joaquín.

En el dormitorio de Joaquín, donde el aire estaba cargado con la tranquila solemnidad de la muerte inminente. María permaneció en silencio, su presencia era un faro de luz en la penumbra de la habitación. Observó y escuchó cómo el ángel Gabriel aparecía, radiante, y hablaba con su padre. Gabriel comenzó con una voz llena de reverencia,

"Sierva devotísima de Dios", "el Altísimo y Poderosísimo Señor desea que sepas ahora que María, tu hija, ha sido elegida y ordenada por el Todopoderoso como Aquella en quien se revestirá el Verbo divino. Ella ha de ser la Madre del Mesías y la Bienaventurada entre

las mujeres, la más excelsa entre todas las criaturas, y sólo inferior a Dios mismo. Ella es quien nos ha enviado para asistirte en esta tu hora de muerte. Ella es la más fiel y poderosa Intercesora ante el Todopoderoso".

Mientras Gabriel hablaba, Ana, la amada esposa de Joaquín, permanecía de pie a la cabecera de la cama. Por disposición divina, oyó y comprendió cada palabra. Su corazón se hinchó con una mezcla de dolor y admiración, sus ojos fijos en el rostro de su marido. Al pronunciar la última palabra, Joaquín exhaló el último suspiro, y su alma se desprendió de su cuerpo en una ráfaga de luz radiante. Un coro de ángeles lo rodeó, escoltando su alma al limbo, donde esperaría la Redención de la raza humana.

La mirada de Ana se desvió hacia su hija, que ahora se movía hacia ella con una gracia que parecía casi de otro mundo. María tocó suavemente el rostro de su madre, como un silencioso consuelo, antes de darse la vuelta y

salir de la habitación. El peso del momento persistía en el aire.

Pasó el tiempo, y María, que ahora tenía nueve años, fue vista rezando fervientemente en el Templo. Su rostro, normalmente radiante de luz divina, reflejaba ahora una profunda tristeza. Llevaba semanas arrodillada en oración, con el corazón oprimido por la sensación de pérdida. Dios había dejado de revelarse a ella, y la ausencia de Su presencia era un dolor que apenas podía soportar.

En la tranquila soledad del Templo, María yacía postrada sobre el frío suelo de piedra, con su diminuta figura temblando de emoción. Su voz, aunque suave, llevaba el peso de su angustia.

"Queridísimo Padre", susurró, sus palabras temblorosas de dolor, "¿qué he hecho para ofenderte? ¿Por qué te escondes de mí? ¿También a mis santos compañeros? Si esto no es más que el más profundo de los sufrimientos que debo soportar por Ti, lo hago y pido más.

Porque es el dolor y la pena más profundos que jamás pude imaginar".

Sus lágrimas caían en silencio, cada una de ellas testimonio de su inquebrantable devoción. Aunque los cielos parecían silenciosos, su fe permanecía inquebrantable, su amor por el Todopoderoso ardiendo brillantemente incluso en la oscuridad. Soportaría esta prueba, como había soportado todas las demás, con humildad y gracia, confiando en Su Divina Sabiduría.

María se arrodilló en la tranquila soledad de su habitación, con su pequeño cuerpo temblando de emoción. Su voz, aunque suave, llevaba el peso de su angustia cuando se dirigió de nuevo a los seres celestiales que una vez habían sido sus compañeros constantes.

Con dolor en la voz, suplicó: *"Príncipes celestiales, mensajeros del Altísimo y fieles guardianes de mi alma, ¿por qué me habéis abandonado también vosotros? Por favor, volved a mí. Sin embargo, no os culpo, señores míos, si mi indignidad me ha hecho perder el favor tanto de vosotros como de mi Creador.*

Oh luces del cielo, guíame en mi ignorancia. Si he obrado mal, corregidme y ayudadme a buscar el perdón de mi Señor. Tened piedad de mi dolor: decidme dónde está mi Amado, dónde se ha escondido. Porque sé que Él nunca aparta Su rostro de ti, y Su belleza está siempre ante tus ojos".

Sus lágrimas caían en silencio, cada una de ellas testimonio de su inquebrantable devoción. Sin embargo, los cielos permanecieron en silencio y la habitación se llenó de un vacío doloroso y el peso de su pena perduró en el aire.

CAPÍTULO SIETE

LA PROFUNDIDAD DEL INFIERNO

En las sofocantes profundidades del Infierno, donde el aire mismo se retorció con el hedor del azufre y la desesperación, Lucifer merodeaba por los senderos dentados y humeantes. El suelo bajo sus pies siseaba y se resquebrajaba, ríos fundidos de condenación que trazaban senderos serpenteantes a través de la tierra carbonizada. Cada uno de sus pasos resonaba con un ritmo inquietante y primordial, una sinfonía de desafío y angustia forjada durante eones. Sus alas, que antes eran radiantes, colgaban ahora como sombras hechas jirones, con los bordes titilando con ascuas que se negaban a morir. Sus ojos, dos infiernos de fuego implacable, ardían con una mirada capaz de atravesar el velo de los mundos. Estaban clavados en María, una frágil alma mortal cuyo tormento brillaba como un faro en el abismo. Su sufrimiento latía con una intensidad cruda, casi divina, una paradoja que

le repelía y a la vez atraía su curiosidad. Era una luz en la oscuridad, una espina clavada en su costado, y no podía apartar la mirada.

Aunque contemplaba su tormento, un espectáculo de dolor y resistencia contra el opresivo telón de fondo de su reino infernal, había un profundo misterio en las profundidades de su ser. La angustia de María no era el grito desesperado de un espíritu derrotado; era el lamento de un alma firme en su pureza, un enigma que se le escapaba. Lucifer podía ver las cicatrices de sus penurias, la temblorosa llama de la esperanza que desafiaba obstinadamente la oscuridad que la rodeaba, pero las intrincadas capas de su luz interior permanecían impermeables a su malicia. En ese destello desafiante, reconoció algo que recordaba peligrosamente a la pureza de un paraíso perdido que chocaba con su propia naturaleza.

Su mente se agitaba con una turbulenta mezcla de furia y fascinación renuente. Los pasillos infernales resonaban con el sonido de

sus pasos medidos e hirvientes, como si las propias paredes estuvieran al tanto de la tempestad de sus pensamientos conflictivos. Su voz, un barítono sonoro impregnado de malicia y frustración latente, retumbó en el abismo ardiente. *"¿Quién es ésta desdichada joven criatura cuyas lastimosas palabras causan más confusión en mi ser de la que me gustaría tener? ¿Quizá le vendrían bien visitantes de otro tipo?"*. Gruñó, con un tono de una mezcla venenosa de desprecio e incredulidad

Al oír estas palabras, el aire mismo pareció temblar, cargado con la promesa de nuevos horrores. La frase "visitantes de otro tipo" no era una mera amenaza desechable; era el preludio de planes que habían estado fermentando en las profundidades de su mente infernal. La idea de enviar agentes, demonios forjados a partir de su propia esencia de desesperación, le llenaba de una oscura expectación. Estos demonios serían enviados como emisarios de la ruina, destinados a tejer más hilos en el tapiz del sufrimiento de María.

A su alrededor, el paisaje del Infierno cambiaba en respuesta a sus conjuros. Ríos de tormento fundido fluían bajo puentes de huesos carbonizados, y el aire estaba impregnado del hedor de la condenación eterna. Las sombras danzaban por las paredes, que parecían respirar la angustia de innumerables almas perdidas. En esta grotesca sinfonía, el conflicto interno de Lucifer quedaba al descubierto. Aquí estaba él, el arquitecto de la miseria, enfrentándose a un espíritu tan luminoso que ni siquiera la sofocante penumbra del Infierno podía apagar su resplandor.

Por un momento, cuando los ecos de sus palabras se desvanecieron en las crepitantes llamas, Lucifer hizo una pausa en su incesante caminar. Un parpadeo sutil, casi imperceptible, de incertidumbre cruzó sus ojos, un breve reconocimiento de que la pureza inquebrantable de María planteaba un enigma que él no estaba del todo preparado para resolver. ¿Podría ser que en su agonía no sólo se ocultara la desesperación, sino también un pequeño e inquebrantable destello de

esperanza? Y si esa chispa de esperanza existía, ¿qué caos podría suscitar en un lugar como el Infierno, donde la desesperación y el sufrimiento eran las únicas reglas que permitía? La idea le carcomía, perturbando el orden que había construido.

En aquel silencio cargado, el aire infernal se hizo más pesado, como si incluso los habitantes del Infierno contuvieran la respiración. La oscura ironía era palpable: el que había orquestado innumerables tragedias se encontraba ahora luchando con la fuerza inesperada de un alma humana, una fuerza que amenazaba con deshacer el mismo orden que tan despiadadamente había impuesto. El plan de enviar a sus "visitantes de otro tipo" no consistía simplemente en infligir más dolor: era una táctica calculada para diseccionar el misterio de la pureza de María, para hacer añicos la ilusión de que tal luz pudiera existir en las profundidades de la noche eterna.

Así, con un último gruñido desdeñoso que resonó como el tañido de un toque de difuntos,

Lucifer reanudó su implacable caminar, su mente encendida con planes tan enrevesados y peligrosos como los laberínticos corredores del mismo Infierno. El escenario estaba preparado, y el siguiente acto de este drama infernal consistía en el desarrollo de la confrontación entre la antigua malevolencia y la obstinada e inquebrantable llama de la pureza humana que prometía desafiar incluso al más oscuro de los reinos.

En la pequeña habitación de María, donde yacía en un sueño irregular. A su alrededor, sombras oscuras se arremolinaban, tomando la forma de demonios que intentaban invadir su mente y su alma. Sin embargo, a medida que se acercaban, eran repelidos por una fuerza invisible, desapareciendo tan rápidamente como habían aparecido. Lucifer, que observaba desde lejos, no estaba contento.

"Entra, pues, en el corazón de sus compañeras, que la codicia y la envidia empañen a las demás que tanto se esfuerzan por ser siervas del Señor. ¿Cómo sufrirá estas

aflicciones esta humilde criatura?". Ordenó, su voz en un gruñido bajo y amenazador.

A la mañana siguiente, el comedor del Templo se llenó de murmullos cuando María entró. Las otras jóvenes, con el corazón oscurecido por la influencia de los demonios, la rechazaron cuando las saludó. Se habían acostumbrado a que les hiciera sus tareas, y ahora se lo ponían aún más difícil. A una niña se le cayó el plato al suelo y volvió rápidamente a su asiento, dejando que María limpiara el desastre. La hermana Ana entró en la habitación con expresión severa.

"Hay que tener más cuidado con lo que nuestro Señor proporciona como alimento", dijo Ana, con tono de reproche.

María inclinó humildemente la cabeza. *"Sí, Hermana; perdone mi falta de agilidad y mi avidez por la comida".*

Una de las alumnas tomó la palabra con voz acusadora. *"Me arrebató el plato de las manos, haciéndolo caer. Intenté darle el mío, pero se*

negó, diciendo que estaba podrido porque ya había comido de él".

Otra chica intervino, y su tono era igual de duro. "Sí, y no es la primera vez, hermana. Y lo mismo ocurre con los libros de escritura que debemos compartir. María los coge y los esconde, estoy segura. Por eso no me sé las lecciones: no he podido estudiar por culpa de ella".

María, con el rostro lleno de humildad, respondió con dulzura. "Mis queridas amigas y señora, tenéis razón: soy la más pequeña e imperfecta entre vosotras. Pero vosotras, hermanas mías, que sabéis más que yo, debéis perdonar mis faltas y guiarme en mi ignorancia. Os amo y os respeto como a una humilde sierva, y mi único deseo es obedeceros en todo. Decidme, pues, lo que me pedís, y seguiré vuestras órdenes".

Pero sus palabras no ablandaron los corazones de sus compañeras. Por el contrario, la influencia de Lucifer continuó incitándoles a causarle más daño, incluso recurriendo a actos

físicos de violencia. Cuando María fregaba el suelo, la empujaban y le hundían la cara en el cubo de agua. La encerraban en habitaciones oscuras del Templo, ocultando su crueldad a los sacerdotes y amas, pero no a Dios.

En una ocasión, las niñas se reunieron en una habitación y empezaron a insultar y a maltratar físicamente a María. El alboroto atrajo la atención de los sacerdotes y las maestras, que acudieron al lugar.

Simeón, con la voz llena de ira, preguntó: "*¿Cuál es la causa de este ultraje contra las enseñanzas del Señor? ¿Quién tiene la culpa de esto? Responedme*".

Uno de los estudiantes señaló a María con un dedo acusador. "*Es María de Nazaret quien ha provocado todo esto. Ella nos crea a todos muchos conflictos y enfados. Y cuando nos enfrentamos a ella, nos irrita y provoca aún más. Cuando permitimos que se salga con la suya, se vuelve autoritaria. Se burla de nosotros postrándose en el suelo a nuestros pies con fingida humildad, y luego vuelve a*

pelearse con nosotros y nos alborota a todos. Si no abandona el Templo, será imposible mantener la paz entre nosotros".

Los sacerdotes y las maestras llevaron a María a su despacho y la reprendieron duramente. Ana, con voz llena de decepción, dijo: "*¿Qué te ha llevado a hacer tal cosa, María? ¿Por qué traes tanta discordia a un lugar sagrado? Si esto sigue así, tendremos que desterrarte del Templo*".

María permaneció en silencio, aceptando todo lo que se decía sin intentar declarar su inocencia. Cuando fue excusada de las recámaras, se dirigió inmediatamente a sus compañeras y se arrodilló a sus pies, llorando abiertamente. Pensaron que sus lágrimas se debían a su castigo y permitieron su humillación con buena voluntad.

La voz de María temblaba de sinceridad. "*Perdónenme por haberles hecho actuar de tal manera*", "*Porque ha sido por mi culpa, y les ruego que me permitan seguir sirviéndoles para poder servir a mi Señor*".

En su habitación, arrodillada en oración.
"Querido Padre, he ofendido a todos. Y mi mayor ofensa es que estoy ciega a qué acciones mías causaron esto. Rezo por mis hermanas a las que he causado tanto dolor. Pido que se me muestre cómo no ofenderlas más".

El peso del sufrimiento y la humildad de María perdura en el corazón de quienes lo presenciaron.

CAPÍTULO OCHO LA MUERTE DE ANA

En los tranquilos aposentos de Simeón y Ana, mientras dormían, una presencia divina los visitó a cada uno en sueños. La voz de Dios, suave pero inconfundible, les susurraba, revelándoles la verdad de la confusión que se había desatado en el Templo. Cuando la luz de la mañana se coló en las antiguas salas, los dos conferenciaron en voz baja, con el corazón oprimido por el peso de la revelación divina. Convocaron a María una vez más, con expresiones suavizadas por el conocimiento que ahora poseían.

Simeón se dirigió a ella con serena resolución, su voz firme y amable. *"Se nos ha dicho que nada de lo que ha estado ocurriendo es culpa tuya. Pondremos fin a esto para que puedas continuar en tu deseo de aprender más de nuestro Señor y cómo podrías servirle."*

Los ojos de María brillaron con devota humildad mientras respondía, con voz temblorosa de sinceridad. *"Os suplico, superiores míos, que me permitáis servir a mis hermanas y soportar las molestias de sus reproches. Me beneficia mucho su instrucción."*

Pero no os desobedeceré, y si así lo ordenáis, acataré vuestra palabra".

El día se hizo noche y, en los confines de su modesta habitación, reaparecieron los compañeros celestiales de María, ausentes desde hacía mucho tiempo. Su presencia silenciosa llenaba el espacio, y su luz proyectaba un suave resplandor que parecía ahuyentar las sombras de su dolor. Ella conversó con ellos en ferviente oración, su corazón derramando su anhelo y devoción. Después de un período de profundo ocultamiento, el Señor se reveló una vez más, manifestándose ante ella con un tierno resplandor que encendió su corazón con un calor largamente esperado. Su presencia fue un bálsamo para su alma, un recordatorio de que Él nunca la había abandonado.

El tiempo pasaba inexorablemente por el Templo y, al poco tiempo, María tenía diez años. Un día, recibió noticias desgarradoras directamente de Dios: su madre, Ana, se acercaba al final de su vida terrenal. Por orden

de Dios, se enviaron ángeles para llevar a María a su lugar de nacimiento. En una escena impregnada de dolor y deber sagrado, María se sentó junto a la cama de su madre, sosteniendo suavemente la mano de Ana mientras ésta exhalaba el último suspiro. Con tierno cuidado, cerró los ojos de su madre, le dio un suave beso en la mejilla y luego en la punta de los dedos. Mientras los ángeles escoltaban el alma de Ana al Limbo, María regresaba al Templo como testimonio vivo tanto de la pérdida como de la promesa imperecedera de la misericordia divina.

CAPÍTULO NUEVE

MARÍA ALCANZA LA MAYORÍA DE EDAD

Los años siguieron pasando, y María, que acababa de pasar de los catorce años, vio su destino una vez más agitado por decreto celestial. Una noche, mientras el sacerdote Simeón dormía, Dios le habló, ordenándole que se hicieran los preparativos para el matrimonio de María. Al llegar la mañana, Simeón se sentó con María para comunicarle sus intenciones. Antes de que pudiera hablar, María, con convicción clara e inquebrantable, se dirigió primero a él.

Su voz era firme pero llena de seriedad. *"Señor, deseo preservar la castidad perpetua durante toda mi vida; porque deseo dedicarme a Dios en el servicio de este santo Templo en recompensa por las grandes bendiciones que me ha concedido. Y hacer lo que es conforme a Su voluntad"*.

Simeón escuchó con dulce sabiduría, su expresión pensativa. *"Hija mía"*, respondió, *"tus santos deseos son aceptables al Señor; pero recuerda que ninguna doncella de Israel se abstiene del matrimonio mientras esperemos la venida del Mesías conforme a las profecías divinas. En el estado matrimonial puedes servir a Dios verdaderamente y con gran perfección. Por lo tanto, debes comenzar a orar para que Dios te escoja un esposo que sea agradable tanto para ti como para el linaje de David."*

Esa misma noche, en el santuario íntimo de su habitación, María buscó una vez más la comunión con lo divino. Arrodillada en oración, con las manos fuertemente apretadas, ofreció su sentida súplica con voz suave y apasionada. *"Sumo Bien y Amor de mi alma, Tú bien conoces el secreto de mi pecho y mis deseos, que Tú has excitado en mí desde el primer momento de mi existencia de Ti. Presérvame, pues, Esposo mío, puro y casto, como lo he deseado. Invoco Tu grandeza, oh Señor, y confío en Tus infinitas misericordias"*.

Sus palabras perduraron en el aire, como testimonio de su inquebrantable devoción y confianza en el Todopoderoso. En la interacción de los mandatos divinos y los anhelos mortales, se trazó el camino de María, un viaje entretejido de dolor, deber sagrado y la promesa luminosa de un destino al servicio del Todopoderoso. Su corazón, aunque agobiado por el peso de su vocación, permaneció firme, un faro de fe y humildad en un mundo que anhelaba la redención.

CAPÍTULO DIEZ

LOS ESPONSALES DE MARÍA Y JOSÉ

En el pueblo de Jerusalén, una procesión conducía a los fieles hacia el santuario interior de un templo, donde varios hombres se arrodillaban en ferviente oración. Entre ellos había un hombre llamado José, descendiente de David, de treinta y tres años, apuesto, con el corazón y el cuerpo inmaculados por el pecado. Como los demás, había hecho voto de castidad para servir más enteramente a su Señor. Mientras rezaba aquel día, una voz interior, clara e imperiosa, resonó en su interior:

"José, siervo mío, María será tu esposa; acógela con atenta reverencia, pues es agradable a mis ojos, justa y purísima de alma y cuerpo, y harás todo lo que ella te diga".

En aquel momento sagrado, ante sus propios ojos, se desplegó una visión: María, ocupada en sus deberes del templo, apareció radiante mientras se inclinaba en oración. Esta revelación divina llenó su alma de propósito.

Más tarde, dentro de los muros sagrados del templo, María resplandecía más que la luna: una visión de incomparable belleza y gracia. Allí, el sacerdote la había desposado con el más casto y santo de los hombres, José. Fuera del templo, una llorosa María se despidió de los

sacerdotes y de Sor Ana. Juntos, ella y José recorren las sinuosas calles de Nazaret en dirección a su casa ancestral, heredada de sus padres. Su llegada fue recibida con calurosos saludos de vecinos y amigos.

La Reina bendita había regresado a su lugar de nacimiento con su nuevo esposo. Como era costumbre entre los hebreos, los primeros días de la vida conyugal se dedicaron a comprender las costumbres y temperamentos del otro, para que, con el tiempo, pudieran hacerse concesiones mutuas en su conducta. Cada uno, deseoso de complacer al Altísimo y consciente de que era Su voluntad la que los había unido, abrazó su destino sin cuestionarlo.

José estudiaba a su joven esposa con una pureza que reflejaba su noble espíritu; su alegría se encontraba en ser testigo de su suave piedad. A su vez, María se deleitaba viendo a José, un humilde carpintero, trabajar hábilmente la madera, siempre agradecido al Señor por proporcionarle los medios para mantener a su nueva esposa. Sus momentos

compartidos de oración y conversación tranquila reafirmaban los votos que habían hecho a Dios. En estos intercambios, el Altísimo confirmó una vez más la virtud de la castidad en el corazón de José y el sagrado amor debido a su santa esposa. Con el tiempo, José recibió incluso una iluminación celestial sobre las muchas virtudes de María, un efecto visible cuando una luz radiante, aparentemente reflejada por la propia María, lo envolvió.

CAPÍTULO ONCE

LOS INSTANTES DE LA CREACIÓN

Seis meses después de su matrimonio, la vida en la aldea continuó y José fue testigo de la compasión sin límites de María y de su inquebrantable deseo de servir a Dios. Realizaba actos de caridad por todo el pueblo, atendía con ternura a los enfermos y moribundos y, cada mañana y cada noche, elevaba su voz en oración por la salvación de la humanidad. Una noche, en el tranquilo recinto de su modesta habitación, María yacía postrada en oración, con los brazos extendidos en forma de cruz. Con voz cargada de anhelo y humildad, gritó:

"¿Cuándo descenderá en realidad el Unigénito del Padre para unirse a la naturaleza humana? ¿Quién detiene la corriente de la Divinidad, para que todo el género humano permanezca insatisfecho? Si acaso soy un obstáculo, que perezca antes de impedir esta bendición, pues no puede

depender de los méritos de ninguna criatura. Señor y Dios eterno, a medida que aumentan los pecados de los hombres y se multiplican las ofensas contra Ti, ¿cómo mereceremos la misma bendición de la que cada día nos hacemos más indignos? Me atrevo a suplicarte, desde el fondo de mi corazón, que aceleres Tu venida y apresures la Redención para Tu mayor gloria."

En ese momento, la música celestial del Todopoderoso resonó en los cielos, anunciando el amanecer del plan de salvación.

Esa misma noche, y durante los nueve días siguientes a la misma hora de medianoche, María fue resucitada por el poder divino, su ser se iluminó mientras visiones de la Divinidad se desplegaron ante sus ojos. Cada noche, contempló los instantes de la creación: El Primer Instante, fue la revelación de Dios de Sus infinitos atributos e inefable deseo de comunicar Su gloria; en El Segundo Instante, Ella aprendió la determinación del propósito detrás de esta comunicación divina; En El

Tercer Instante la cuidadosa selección y arreglo de este mensaje fue revelado. En esta secuencia sagrada, la perfecta composición de la santa humanidad de Cristo fue decretada y modelada en la inteligencia divina. El Cuarto Instante de la Creación reveló los dones y gracias que serían conferidos a la humanidad de Cristo en unión con la Divinidad, así como el decreto y la predestinación de la Madre del Verbo Divino - junto con la creación de una morada donde se definirían el cielo y la tierra. En el Quinto instante, María fue testigo de la creación de la naturaleza angélica: la división de las huestes celestiales en nueve coros con sus jerarquías, la predestinación de los buenos y la reprobación de los malos, y la creación misma del cielo y del infierno empíreos. Por último, en el Sexto instante, Dios reveló la creación de un pueblo: el orden determinado de todo el género humano, comenzando por un hombre y una mujer, cuya progenie anunciaría finalmente el nacimiento de la Virgen y de su Hijo. La caída de Adán estaba prevista y, como remedio, se

ordenó que la santísima humanidad fuera capaz de sufrir.

Estas visiones divinas dotaron a María de una sabiduría incomprensible, de un conocimiento de la razón, del arte y de la ciencia superior al de todos los hombres. En el corazón y en la mente de nuestra Princesa fluyó el vasto océano de la Divinidad, antes confinado por los pecados y las malas disposiciones de la humanidad. Ella percibió en el Altísimo un tesoro inefable de gracia y bendiciones, preparado para todos los mortales, y sintió el deseo infinito de la Divinidad de que la humanidad participara de estos dones eternos. Esta profunda conciencia la llevó a ofrecer las más elevadas oraciones, súplicas, sacrificios y actos de amor heroico, para que nadie se condenase, sino que diese gracias al Creador. En esos momentos, María se sentía como si estuviera presente en el principio mismo de la creación.

La novena noche, según lo dispuesto por Dios, el ángel Gabriel fue enviado a visitar a

María. Eran casi las seis, y el sol aún permanecía en el cielo cuando Gabriel, acompañado de coros de ángeles, apareció en su modesta habitación. Aunque María estaba acostumbrada a las visitas divinas, permaneció en oración hasta que levantó la cabeza y contempló la inusitada grandeza de Gabriel. En aquella escasa habitación, vacía a excepción de su sencillo catre, todas las superficies parecían impregnadas de una majestuosidad sobrenatural, y sus pensamientos convergieron rápidamente en una única y maravillosa conclusión.

"¿Es posible que haya llegado el tiempo bendito en que ha de nacer el Verbo del Padre eterno? Oh, ¿quién será digno de verle y conocerle? ¿Quién podrá besar la tierra tocada por sus pies?" preguntó María con voz temblorosa.

Gabriel respondió en tono sonoro: *"Dios te salve María, llena eres de gracia, bendita tú eres entre todas las mujeres."*

María, perpleja y a la vez animada, preguntó: "*¿Qué dices, Gabriel, mensajero de Dios? ¿Quién soy yo para que me saludes así? ¿Bendita entre las mujeres?*" Gabriel la consoló.

"No temas, María, porque has hallado gracia ante el Señor. He aquí que tú le darás a luz, y le pondrás por nombre Jesús; será grande, y será llamado Hijo del Altísimo."

"Pero ¿cómo sucederá esto, ue conciba y dé a luz, ya que no conozco ni puedo conocer al hombre?". María se preguntaba con el corazón ansioso y esperanzado a la vez.

"Sólo por el poder divino te convertirás en madre, sin la cooperación del hombre", explicó Gabriel. *"El Espíritu Santo permanecerá contigo, manifestándose como una nueva presencia, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra para que nazca el que será llamado Hijo de Dios. Y he aquí que tu prima Isabel también ha concebido un hijo en sus últimos años, y vendrá delante de Él, porque nada hay imposible para Dios."*

Con estas palabras, nuestra Santísima Reina pronunció el principio de nuestra salvación. Con voz llena de reverencia y entrega, María pronunció: "*Hágase en mí según tu Palabra*".

Así, con su rotundo "sí" a la Voluntad de Dios, María llegó a comprender el amor inconmensurable que el Señor sentía por la humanidad. La intensidad de ese amor no se parecía a nada que ella hubiera conocido antes. Su corazón puro e inmaculado se hinchó de tal alegría y emoción que lloró tres gotas de sangre, signo sagrado. Con estas gotas, mezcladas con el amor sin límites del Señor por toda la humanidad, se formó Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, nuestro Señor y Redentor. Este acontecimiento milagroso ocurrió el 25 de marzo, al amanecer, en la misma hora en que fue hecho nuestro primer padre, Adán, en el año de la creación del mundo, 5199.

CAPÍTULO DOCE

BENDITA TÚ ENTRE LAS MUJERES

Pocos días después, María pidió a José que la acompañara a visitar a su prima. Viajaron durante cuatro días en una mula por el camino de Judá, con destino a casa de Zacarías e Isabel. Mientras María montaba en la mula, dijo: "*Qué generoso y amable eres, esposo mío, al llevarme a ver a mi prima. ¿Por qué no me dejas caminar un trecho mientras tú descansas a lomos de la mula?*".

José respondió: "*Aunque no puedo negarte la más pequeña de las peticiones, mi preciosísima esposa, debo negarte esto. Sin embargo, si te cansas del cargo, con gusto tendré tu compañía a mi lado para recorrer un trecho.*"

Ayudó a María a bajar de la mula, y juntos continuaron el viaje a pie. Al cabo de un rato, José preguntó: "*¿Cómo es posible que tu prima, tan tardía, esté encinta?*".

María respondió con calma: "*Tal vez el plan para este niño exige que nazca ahora, y de Isabel. No pongo en duda la obra de nuestro Señor.*"

José añadió con un suspiro: "*Las imperfecciones de mi corazón conducen a las*

imperfecciones de mis pensamientos y palabras. Mira, veo la cresta de la aldea más adelante. Pronto podrás descansar y visitar a tu prima".

A medida que se acercaban a la aldea de Juda, los viajeros no tardaron en llegar a la casa de Isabel. La puerta se abrió y María fue recibida calurosamente por su prima. Dentro de la modesta casa, María dijo: *"El Señor esté contigo, mi querida prima"*.

Isabel respondió: *"Y contigo, prima mía"*.

Las dos mujeres se retiraron a una pequeña habitación amueblada con un catre y un taburete, deleitándose en su mutua compañía. María puso suavemente su mano sobre el vientre hinchado de Isabel y susurró: *"Que Dios te salve, mi queridísima prima, y que su luz divina te comunique gracia y vida."*

Al oír estas palabras, una luz radiante invadió a Isabel y recibió una visión divina del estado de su joven prima. Con una voz llena de asombro, Isabel declaró,

"Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Por qué ha venido a mí la Madre de mi Señor? Mi hijo ha saltado en mi vientre de gozo por el conocimiento que ambos hemos recibido. Porque lo que fue predicho pronto se cumplirá por medio de ti".

María continuó: "Tu hijo, el que será conocido como Juan, vendrá ante Él. Proclamará su bondad. Porque mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador. Su poder ha hecho grandes cosas por mí; Santo es su nombre, y su misericordia perdura de generación en generación."

Más tarde, cuando José se disponía a despedirse de Judá, él y Zacarías se despidieron en silencio - Zacarías seguía mudo como castigo por su incredulidad. Mediante gestos, Zacarías indicó que pasarían tres lunas antes de que naciera su hijo. Una nueva vista captó a Isabel, con la mano tiernamente apoyada sobre su bebé nonato. Con una suave sonrisa, Isabel

musitó: *"Oh, Zacarías, ¿desde cuándo los hombres conocen la mente de los bebés? Este niño llegará cuando esté listo, ni un minuto antes"*.

José añadió amablemente: *"Y María será tu nodriza hasta entonces. No hay manos más tiernas que puedan asistirte, Isabel"*.

Isabel asintió: *"Esto lo sé, José, esto lo sé bien. Buen viaje, amigo mío"*.

El tiempo fluyó como un río tranquilo y, en la penumbra y la luz de las velas de la habitación de Isabel, se produjo el milagro. Tras horas de parto, un llanto atravesó la quietud: el primer aliento de vida de un recién nacido. El hijo de Isabel había llegado, y su diminuta figura temblaba con la cruda vitalidad de la existencia. María, con manos firmes y tiernas, acunó al niño como si fuera el tesoro más preciado del mundo. Lo envolvió en suaves paños, cada pliegue un gesto de devoción, antes de depositarlo cuidadosamente en los brazos de Isabel. El aire parecía resplandecer con una quietud sagrada, como si

la habitación misma contuviera la respiración asombrada por el momento. El amor, puro e ilimitado, irradiaba entre las dos mujeres, uniéndolas en la tranquila alegría de una nueva vida. Poco después, en casa de uno de los ancianos, llegó el momento de circuncidar y dar nombre al recién nacido. Debido al mutismo de Zacarías, Isabel presidió la ceremonia. Un anciano preguntó: "*¿Qué nombre tendrá el niño?*".

Otro preguntó: "*¿Cómo le llamaremos?*".

Isabel declaró entonces: "*Ha llegado el momento de que pongas nombre a nuestro hijo, Zacarías. ¿Qué nombre le pondrás?*"

Entregó a Zacarías una tablilla y un instrumento de escritura. Mientras él escribía las palabras: "*Su nombre es Juan*", María, imbuida ahora del poder divino, le liberó de su aflicción. Cerrando brevemente los ojos, susurró internamente: "*Sé libre para hablar. Levantado es tu castigo por la incredulidad*". Zacarías proclamó entonces con voz clara, "*Su nombre es Juan. Bendito sea el Señor, Dios*

de Israel, porque ha visitado y realizado la redención de su pueblo, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, y para dirigir nuestros pies por el camino de la paz."

Se hizo el silencio en la asamblea. Algunos cayeron de rodillas y gritaron: "*¡Milagro!*". Isabel y Zacarías intercambiaron miradas de complicidad y cariño con María. En respuesta, María les devolvió la mirada antes de bajar la cabeza en un gesto humilde y pacífico.

CAPÍTULO TRECE

REVELACIÓN A JOSÉ

Por el camino, María cabalgaba de nuevo a lomos de una mula, guiada por José. Mientras se abría paso entre los brotes primaverales de los árboles, se puso suavemente la mano en el vientre, con una suave sonrisa en el rostro, testimonio silencioso de la vida que crecía en su interior. A lo lejos, a medida que la estación cambiaba hacia el final del verano, la silueta de María emergió en la suave luz de la mañana, mostrando ahora los primeros signos inconfundibles del embarazo. José la contemplaba en silencio mientras ella concluía su cántico, con el rostro marcado por la confusión y la tristeza.

Más tarde, ese mismo día, en el tranquilo santuario de su habitación, José se arrodilló en oración, con el corazón agitado por la confusión. Susurró: *"Mi corazón está lleno de confusión, mi Señor. Tú sabes que he guardado mi voto de castidad. ¿Qué puede significar que mi esposa, la más pura de corazón y la más confiada de temperamento, aparezca encinta? ¿Cómo puede ser? Te ruego que me liberes de esta carga, pues me desgarrar el alma considerar lo que nuestra Ley puede exigir de*

mí. Retengo y aplazo mi juicio. No creo que María te haya ofendido; pero mucho menos puedo suponer que haya un misterio del que yo, como su esposo, no deba ser informado. Gobierna mi mente y cumple lo que más te agrada".

Sin que José lo supiera, María -por gracia divina- escuchó la silenciosa efusión de sus pensamientos interiores. Sus ojos se llenaron de lágrimas ante el evidente dolor y confusión de su oración, aunque no podía revelar la verdad oculta de su condición. Pasaron los días y, mientras ella seguía cuidando de él con amorosa ternura, su secreto se hizo cada vez más evidente. José, aislado en su lucha, se debatía en una dolorosa decisión. La ley le ordenaba divorciarse de ella y entregarla a las autoridades para que la castigaran. Una mañana, incapaz de contener por más tiempo su dolor, habló en voz alta en el comedor mientras María le servía.

"¿No crees que es mejor que te sientes un rato? De todos modos, no soporto comer. Que

la comida vaya a quien la quiera. ¿Sabes lo que pasa hoy en el pueblo? La mujer del mercader Jacob será lapidada por su delito de adulterio. Además, el pobre Jacob fue quien tuvo que entregarla a las autoridades, y a él le harán tirar la primera piedra."

Con estas palabras, se levantó bruscamente y salió de la habitación, dejando a María sola en la mesa mientras lágrimas silenciosas corrían por su rostro. En su angustia, levantó la mirada al cielo y rezó: "*Benditos espíritus y ministros del Altísimo, acompañadme como sus fieles servidores y guardianes. Os suplico que presentéis ante Dios mi petición para que se alivie el sufrimiento de mi esposo, José. Rogad al Señor que lo mire y consuele como a un verdadero Padre. Además, vosotros, mis siempre fieles compañeros, llegad al corazón de mi devoto amigo terrenal y alejad de su mente su resolución de abandonarme. Asegúrenle de las incomprensibles obras de Dios, la mayoría de las cuales permanecen ocultas a todos."*

Más tarde ese mismo día, en la soledad de su cobertizo de trabajo, José lloró en voz alta para sí mismo, hablando a través de su desesperación,

"Partiré de noche, en secreto, hacia el templo de Jerusalén, y ofreceré sumas de dinero para que Dios ayude y proteja a María del azote de los hombres y la libre de toda desgracia".

Como en respuesta a su lamento, unos repentinos rayos de luz se abrieron paso en la penumbra, suavizando los surcos de dolor de su rostro y ofreciéndole un momentáneo consuelo.

Aquella noche, en la quietud de su habitación, María se arrodilló en ferviente oración, buscando la comunión con la Divinidad. Su voz era firme, llena de resolución, cuando declaró: *"Es mi deber no descuidar la asistencia al esposo que recibí de Tu mano. Si he hallado gracia a Tus ojos, entonces Él también debe compartir esa gracia. Pues llevo en mi seno a Tu Hijo, que*

tendrá la semejanza del hombre. Requeriré que el siervo José me asista en el cumplimiento de estas grandes obras."

En su corazón resonó una respuesta suave e imperativa, como pronunciada por el mismo Todopoderoso: *"Queridísima mía, pronto visitaré a mi siervo José y le manifestaré, por medio de mi ángel, lo que ahora le es desconocido. Le llenaré de mi espíritu y le haré capaz de realizar su parte en estos misterios."*

María respondió con humilde gratitud: *"Confío en Tu infinita sabiduría, pues creo que José debe pasar por sus pruebas para que pueda poseer la fortaleza necesaria para el viaje que Tú nos has destinado. Por Tu compasión y misericordia, Te doy grandes gracias"*.

Unas noches más tarde, José se revolvió inquieto en su habitación hasta que finalmente sucumbió a un profundo sueño. En ese sueño, un ángel se posó sobre él, comunicándole todo lo que el Señor había decretado. Al amanecer, mientras abría las persianas y daba la

bienvenida al nuevo día, una súbita y profunda comprensión llenó su alma: su amada María iba a ser la verdadera Madre de Dios. Sobrecogido, cayó de rodillas en oración, exclamando: "*Oh, Altísimo mío, por Su morada y por Su Madre: ¿cómo pude yo, tan indigno esclavo, atreverme a dudar de Tu fidelidad? ¿Por qué no he procurado servirte de rodillas? Querido Señor, concédeme la gracia y la fuerza de buscar su perdón; y mueve su corazón a la misericordia para que no desprecie a esta sierva afligida.*"

Antes de que María se despertara, José, en las tranquilas horas de la madrugada, desenvolvió un pequeño fardo que había preparado y se paseó llorando por la casa, poniendo orden en las habitaciones, fregando suelos y ocupándose de tareas que antes eran sólo de María. Cuando por fin María se levantó, José llamó suavemente a su puerta y entró, cayendo de rodillas a sus pies. Con voz compungida, le dijo

"Señora y Esposa mía, verdadera Madre del Verbo eterno, por amor de Dios y de

nuestro Señor, te suplico que me perdones. No dudo de que tienes conocimiento de todos mis pensamientos, lo que me llena de una vergüenza aún mayor. No me levantaré de estas rodillas hasta que me asegures tu favor, tu perdón, tu buena voluntad y tu bendición."

María, con ojos tiernos de compasión, respondió: *"También yo, mi maestro y compañero, debo pedirte perdón por el dolor y la pena que has soportado por mi culpa. He visto y sentido la profundidad de tu sufrimiento. Aunque anhelaba revelar la razón del sacramento oculto, no me correspondía revelarlo hasta que la obra de la santa y perfecta voluntad estuviera completa. No fue por no estimarte como mi señor y esposo por lo que guardé silencio"*.

Conmovero por sus palabras, José murmuró: *"Bendita tú entre todas las mujeres. En ninguna ha engrandecido su nombre como en tu humildad; y en mí, la más insignificante de los vivientes, te ha elegido, en su divina condescendencia, como su sierva."*

En aquel momento, cuando María comenzó a recitar el Magnificat -un himno que había cantado a menudo durante su visita a Isabel-, la invadió una transformación milagrosa. Se encendió en un éxtasis trascendente, y un globo radiante de luz la envolvió, transfigurándola con los dones de la gloria. José, testigo de este esplendor divino, permaneció de rodillas y levantó las manos en señal de exaltación hacia su Reina. En una última y sobrecogedora visión, miró dentro del vientre de María y contempló al Niño Jesús, resplandeciente de la misma luz magnífica, signo del cumplimiento de toda promesa divina.

CAPÍTULO XIV EL VIAJE A BELÉN

En el corazón de Nazaret, las calles palpitaban de vida: una sinfonía caótica de carros que traqueteaban, mercaderes que gritaban y el rítmico arrastrar de innumerables pies. En el aire se percibía el aroma de las especias, el sudor y el tenue sabor del polvo levantado por el incesante movimiento. En medio del clamor, la voz de un heraldo se elevó por encima del estruendo, aguda y dominante, anunciando un nuevo decreto del emperador Augusto. Las palabras se propagaron entre la multitud como una onda expansiva: se iba a realizar un censo, exigiendo que se contaran todas las almas del vasto Imperio Romano. La noticia se difundió rápidamente, provocando una mezcla de murmullos, gemidos y susurros apresurados. Las familias hicieron una pausa en sus rutinas diarias, con los rostros marcados por la preocupación y el cálculo. Habría que planear viajes, desarraigar vidas y recorrer largos caminos, todo para cumplir la voluntad de un imperio que extendía su mano a todos los rincones de sus vidas. El peso del decreto flotaba en el aire, como un recordatorio del lejano poder que moldeaba sus destinos

María habló en voz baja, con una voz llena de serena comprensión. Le explicó que este censo, ordenado por el emperador, formaba parte de un plan mayor, un plan establecido por Dios. José, ignorante del significado más profundo, se preparó para viajar solo a Belén, la ciudad donde todos los de Nazaret debían empadronarse. Pero María conocía la verdad. Hacía mucho tiempo que se había profetizado que el Hijo de Dios, el Unigénito, nacería en Belén. Ella era portadora de este conocimiento sagrado, consciente de que su hijo entraría en el mundo no con grandeza, sino con sencillez y humildad, oculto a los ojos de los poderosos. Aunque su llegada sería silenciosa, cumpliría promesas hechas mucho antes, marcando el comienzo de algo extraordinario. Más tarde, en la modesta casa que compartían, mientras se sentaban juntos a la mesa, José habló con tierna preocupación: *"No me atrevo a llevarte a un viaje tan largo, pero no me atrevo a dejarte sola. No podría vivir sin ti y no descansaría ni un momento lejos de ti"*. María, con suave deferencia, le permitió asumir la

responsabilidad de dirigir a su familia, una decisión que hacía tiempo que había tomado, aunque oculta a su conocimiento.

El día de su partida, la ciudad rebosaba de gente que cumplía el edicto imperial. José recorrió las concurridas calles, pasando de una perspectiva a otra, buscando desesperadamente una mula para aliviar la carga de su esposa, embarazada. Por fin, encontró a un hombre dispuesto a ayudarle. *"Por favor, señor, mi mujer está muy encinta; está demasiado lejos para ir andando. A cambio, le construiré un nuevo yugo para sus bueyes"*, suplicó José. El hombre respondió con una sonrisa irónica: *"¡Un nuevo yugo y una nueva jofaina para recoger agua! Anda, cógelo. Es viejo, ¡espero que no se muera por el camino!"*. Con decidido optimismo, José le aseguró: *"¡Confía en que serás recompensado por esta hazaña! Más aún, bien recompensado"*, y se llevó la mula, deseoso de reunirse con María.

Pronto, la pareja se puso en camino hacia Belén. Al principio, parecía que viajaban solos,

pero a medida que avanzaban, se desplegó un espectáculo maravilloso: miles de ángeles, enviados por Dios, les acompañaban en su viaje. Algunos tomaron forma humana y sólo eran visibles para María, que, cuando no iba montada en la mula, caminaba entre aquellos seres radiantes: su propia luz interior se mezclaba con el resplandor celestial. Atravesaron varias aldeas en busca de descanso, pero se les cerraba una puerta tras otra. En una posada, el posadero refunfuñó: *"No pretenderá que deje entrar a gente como ustedes"*. Pero su esposa intercedió en voz baja: *"Señor, mírela. Es joven y está cerca de su hora. Déjala al menos descansar contra la pared. Ella puede sentarse en el suelo, y él puede descansar en la tierra de fuera"*. Siguiendo las tranquilas indicaciones de la mujer, José condujo a María a un estrecho pasillo donde la ayudó a acomodarse en el fresco suelo de piedra. Apenas inclinó la cabeza contra la pared y cerró los ojos, la posadera ladró: *"Vamos, ya has oído a mi ama: ¡fuera! ¡Fuera! O la echaré a ella también"*.

José se vio obligado a dejarla atrás, pero María no estaba sola; sus ángeles guardianes la levantaron suavemente, amortiguando su cabeza de la dura piedra mientras velaban por ella.

Al tercer día, el tiempo se había vuelto despiadado. Un viento terrible y un aguacero azotaban el camino, y María, visiblemente agotada, luchaba por mantenerse sentada en la mula. En medio de la tormenta, resbaló y tropezó en el barro cuando el animal se alejó de su alcance. Con rápida determinación, José corrió a su lado, la levantó en brazos y la llevó al abrigo de un árbol cercano. Con cuidado, la tumbó en el suelo y recogió ramas caídas para protegerla de los elementos implacables. Cayendo de rodillas, rezó con fervor: "*Dios todopoderoso, ¿no debería estar libre de tanto sufrimiento e incomodidad Aquella a quien has elegido como puerta para la salvación del hombre? Te lo ruego, ahórrale esto en un momento como éste. Permíteme caminar bajo los torrentes, pero deja que salga el sol y seque sus empapadas vestiduras*".

Milagrosamente, como en respuesta, la tormenta amainó; el viento se calmó, la lluvia cesó y el sol brotó con brillante claridad. José retiró las ramas de María y, ante sus ojos, su ropa se secó. Incluso la mula regresó, sacudiéndose el agua, y por un momento fugaz, compartieron una suave risa.

"Mi muy cansada y paciente esposa, ¿podrías arreglártelas para ir un poco más lejos? Entonces por la mañana saldremos temprano y llegaremos a nuestro destino a última hora del día", dijo. María extendió la mano, respondiendo con calidez: *"No necesito más que tu mano para levantarme y ponerme en posición de caminar. Este pueblecito de Belén nos parecerá una gran ciudad cuando lo veamos. ¿No quieres cabalgar un rato, José? Has caminado todo el trayecto; debes estar agotado.*

Concedió: *"Daremos un descanso a la bestia; aún parece sacudida por la tormenta. Ven, caminaremos juntos. ¿Puedo hablar mientras vamos?"* María asintió: *"Di lo que tu*

corazón y tu mente necesiten, mi devoto esposo". Con un fuerte suspiro, José confesó: "¿Por qué yo? ¿Por qué un ser tan humilde, indigno y lleno de imperfecciones cuando hay otros más adecuados?

María, con su voz impregnada de serena seguridad, contraatacó: *"¿Crees que nuestro Señor no sabe a quién ha elegido? ¿Que tu corazón y tu mente -formados por Su propia mano- son de la mayor nobleza para servir a Su Hijo?"*.

Luego, con un toque de tristeza, añadió: *"¿Y qué hay de servirte a ti? Tú nutres al niño en tu vientre. Eres su fuerza vital. Tú, que tienes en tan alta estima a nuestro Dios, ¿cómo voy a servirte? Apenas puedo proporcionarte una bestia para que viajes cuando es tan evidente que tu hora está cerca. Te he fallado miserablemente, ¿no es así?"*

María le cogió la mano, respondiendo con dulzura: *"¿Qué partes de este viaje crees que son desconocidas para el Todopoderoso? No es por el número de posesiones o monedas en*

tu mochila por lo que te considero digno, José. Ningún otro compañero podría ser más atento. Ningún otro podría ser un compañero mejor y más cariñoso".

Cuando las primeras luces del alba surcaron el cielo, pintando el horizonte con tonos dorados y ámbar, María y José se pusieron de nuevo en camino, acercándose a Belén con pasos cansados. El sol subía sin cesar, y su calor presionaba sobre el polvoriento camino a medida que pasaban las horas. A primera hora de la tarde del quinto día, la silueta de Belén emergió por fin en la distancia, un grupo de edificios bajos de piedra enclavados entre colinas onduladas. El pueblo bullía de vida, animado por el clamor de los viajeros venidos de lejos. Los carros crujían bajo el peso de las pertenencias, las mulas rebuznaban impacientes y los niños corrían por las estrechas calles con sus risas sonando como música. Los padres se llamaban unos a otros, sus voces teñidas de urgencia, mientras buscaban refugio en las abarrotadas posadas. Belén, aunque pequeña, palpataba con una

energía caótica, un humilde escenario preparado para algo extraordinario. María y José siguieron adelante, con el corazón encogido por el cansancio, pero llenos de serena determinación, mientras la promesa de la ciudad -y sus desafíos- les atraían. José dijo con esperanzada determinación: *"Hay muchas viviendas. Sé que encontraremos un alma bondadosa que nos dará cobijo para pasar la noche. Comencemos. Debería lavarme la cara y estar más presentable, ¿no? Vamos, vamos"*. Guiando a la mula hasta una fuente pública, José se echó agua en la cara.

Una multitud cercana estalló en carcajadas. Un hombre se burló: *"Se lava en el agua destinada a nuestras bestias. Supongo que servirá para ellos"*. Una mujer añadió: *"¿Quizá les guste un poco de grano con el agua?"*. Otro hombre gritó: *"¡Al menos deja tragar al que tiene cuatro patas!"*

En medio de las risas, María secó tiernamente el rostro de José con un trozo de su

manto, y le dijo suavemente: *"Ven; busquemos alojamiento antes de que anochezca"*.

Iban de puerta en puerta por toda la ciudad, y cada intento era rechazado. Algunas puertas se les cerraron en las narices, y se cruzaron con muchos otros que compartían su situación, indeseados y sin cobijo. Al anochecer, cuando la luna sustituyó al sol, llegaron al extremo del pueblo, donde había una última posada. *"Seguro que tendrán piedad. Iré a buscaros una habitación"*, dijo José.

Se alejó, dejando a María descansando sobre el lomo de la mula a la salida de la posada. Pero momentos después, el posadero arrojó a José a la calle. *"Ya te he dicho que no tengo sitio. Es más, aunque la tuviera, no dejaría entrar aquí a gente como vosotros. Te dije que te fueras a la cueva, te conviene más. Fuera"*, bramó, cerrando la puerta de un portazo. María corrió a su lado y encontró a José de rodillas, con la cara hundida en sus manos temblorosas mientras lloraba. *"Mi tesoro, tengo el corazón destrozado por no*

poder encontrarte cobijo en una cálida morada para pasar la noche", se lamentó. María, con serena resolución, le respondió: "Que tus lágrimas de dolor se conviertan en lágrimas de alegría. Abracemos amorosamente la pobreza, que es el tesoro inestimable y precioso de mi Hijo santísimo. Ahora bien, ¿qué hay de esa cueva que ha mencionado el posadero? ¿No es una morada? Nos protegerá del frío creciente. Vayamos con gusto adonde el Señor nos conduzca".

Guiados por fuerzas invisibles, María y José se adentraron en un bosque sereno, donde el aire parecía zumbar con una energía tranquila y sagrada. Encima de ellos, los árboles se separaron como a propósito, revelando un camino iluminado por un suave y radiante resplandor. Seres celestiales, cuyas formas resplandecían como la luz de las estrellas, avanzaban con elegancia, iluminando el camino con una calidez etérea. Los ángeles los condujeron a una cueva aislada, cuya entrada resplandecía con una luz suave y sobrenatural que se extendía por el suelo del

bosque. En el interior, las huestes celestiales se movían con determinación, y su presencia llenaba el espacio de una sensación de reverencia y expectación. Estaban preparando la humilde cueva, transformándola en un santuario adecuado para la llegada de su reina. El aire parecía contener la respiración, como si la tierra y el cielo estuvieran preparados para el momento en que lo divino tocara lo ordinario de la forma más extraordinaria. Este lugar era considerado indigno por todos los demás habitantes de la ciudad. Nadie se rebajaría tanto como para utilizarlo con tal fin, excepto los maestros de la humildad y la pobreza: Cristo, nuestro Salvador, y su purísima Madre. Pues la sabiduría del Padre Eterno la ha reservado para ellos. Él la consagró en toda su desnudez, soledad y pobreza como el primer templo de luz, y como la casa del verdadero Sol de justicia, que debía surgir para los rectos de corazón de la resplandeciente aurora María, convirtiendo la noche del pecado en la luz del día de la gracia.

Y así, en aquella humilde cueva -un improbable santuario preparado por manos divinas-, los cansados viajeros encontraron refugio, marcando un momento crucial en el cumplimiento de la antigua profecía y el comienzo de un nuevo capítulo en la sagrada historia de la esperanza.

CAPÍTULO XV

EL NACIMIENTO DE CRISTO

María y José entraron en la cueva en silenciosa reverencia, cayendo de rodillas para dar gracias por las bendiciones que se les habían concedido. En el suave resplandor del fuego que José había encendido para calentarse, María, acompañada por la suave presencia de sus ángeles guardianes, que comprendían el milagro que pronto se iba a producir, comenzó a preparar el humilde entorno con sus propias manos. Presintiendo el inminente nacimiento, instó a José a descansar. "*La noche está muy avanzada y debes necesitar descansar. Duerme, José*", le dijo con ternura.

Obedeciendo a su ruego, José se dispuso a confeccionar un modesto lecho con las pocas ropas que habían traído para María. Incluso aprovechó un pequeño pesebre que los pastores dejaban para sus animales, y lo colocó cuidadosamente dentro de la cueva para proporcionar comodidad a su amada. Una vez terminada su tarea, dejó a María en aquel tranquilo rincón de la cueva y se retiró a un rincón resguardado cerca de la entrada. Allí se arrodilló en oración y, mientras lo hacía, un

espíritu divino descendió y lo sumió en un estado de sueño exaltado y bendito.

También María permaneció absorta en la oración. En la quietud del espacio sagrado, la voz de Dios resonaba a su alrededor: *"Se acerca el tiempo de la venida de nuestro Hijo. Renuevo en ti todo el conocimiento de la Divinidad y de la humanidad de este hijo nuestro: el Cordero de Dios que quitará los pecados del mundo. Feliz soy yo que te llamé y tú respondiste sí, porque tú, mi Amada, me complaces sin comparación."*

En respuesta, María inclinó la cabeza y susurró: *"Pido a Dios, mi Señor, nueva luz y gracia, para poder suscitar dignamente al Verbo hecho carne, a quien he de engendrar y alimentar"*. Entonces la voz continuó con suave autoridad: *"Levántate, María, porque eres la Madre de Dios"*. María permaneció embelesada en este estado de iluminación divina, hasta que sintió la presencia del niño dentro de su vientre. Los suaves movimientos indicaron el inminente nacimiento, un

movimiento que no le causó dolor, pero que la llenó de profundo asombro.

Fuera del radiante círculo de luz que la envolvía, los arcángeles Gabriel y Miguel habían tomado forma humana, esperando en silencio el momento de revelar su sagrada tarea. María se arrodilló en silencio, con las manos juntas junto al pecho y el rostro iluminado por una luz radiante y sobrenatural. Su corazón se llenó de asombro cuando una luz brillante y pura comenzó a brillar en su interior, una luz que parecía provenir de su propia alma. Cada vez era más brillante, tan intensa que superaba todo lo que el ojo humano podía soportar. Entonces, desde el resplandor brillante, los arcángeles Miguel y Gabriel se adelantaron, sus majestuosas formas irradiaban reverencia y gracia. Se arrodillaron ante ella, con movimientos fluidos y deliberados, y con las manos extendidas formaron una cuna de luz y aire. En ese momento sobrecogedor, el resplandor luminoso del vientre de María fluyó hacia la cuna que habían hecho. Y allí, en los brazos de los ángeles, la luz tomó forma,

transformándose en un niño recién nacido. El Niño Jesús, la Luz del Mundo, había nacido, y su presencia llenaba la humilde cueva de una paz y una gloria que trascendían todo entendimiento. En ese momento, los coros de ángeles entonaron los himnos más magníficos que jamás se hayan oído. De los brazos extendidos de los arcángeles, el recién nacido fue depositado tiernamente en los brazos de su madre. Mientras María y su hijo se miraban, un amor tan profundo y transformador pasó entre ellos que elevó sus propias almas. En la tranquila comunión de sus corazones, el niño habló: *"Madre, hazte semejante a Mí, porque en este día has hecho al género humano el don más grande. Te concedo una gracia excelsa, transformando tu existencia, para que participes de Mi semejanza como Dios y como Hombre."*

María, con una suave sonrisa y una devoción inquebrantable, respondió: *"Elévame, Señor, y correré en pos de Ti"*. Entonces el niño continuó: *"He aquí, amada mía, que eres hermosa"*. Y en la plenitud de

aquel momento sagrado, la voz de Dios intervino: *"María, recibe a tu Hijo Unigénito, imítalo y créalo; y recuerda que, cuando te lo exija, deberás sacrificarlo."*

Abrumada de amor, María acunó al niño y besó su tierno rostro con la ternura que sólo conoce el corazón de una madre. Sosteniéndolo en sus brazos, se convirtió en el primer altar sobre el que fue depositado. En aquel momento milagroso, los cielos parecieron abrirse, y gente de cerca y de lejos acudieron a presenciar la salvación de la humanidad en forma de esta nueva vida.

José, despertado de su bendito sueño por el estremecimiento de la alegría divina, se levantó y con lágrimas de adoración en los ojos, contempló al recién nacido. A la gentil petición de María, le entregó el envoltorio y los pañales que habían traído. Con gran cuidado, vistió a su hijo, colocó paja y heno sobre una piedra plana y lo acostó. Luego, con tierna autoridad, ordenó a los bueyes y a la mula que se acostaran a ambos lados de la cuna, para

mantener al niño caliente y protegerlo del frío de la noche.

Afuera, el cielo nocturno estaba lleno de estrellas brillantes, la estrella polar resplandecía sobre toda la tierra. Conmovida por la maravilla del momento, María habló en voz baja a sus compañeros celestiales: "*Debemos proclamar su nacimiento, amigos celestiales. Vayan, díganse a aquellos a quienes Dios les ordenó que se lo dijeran*". Con esta orden, el arcángel Miguel partió hacia los reinos sagrados, donde aguardaban los santos patriarcas - Enoc y Elías - y las venerables figuras de Joaquín y Ana, mientras otro ángel se dirigía a dar la noticia a Isabel y a su hijo Juan. Mientras tanto, Gabriel fue enviado a un campo para anunciar el maravilloso acontecimiento a los pastores, que pronto se vieron envueltos en la radiante luz del ángel.

"*Hombres rectos, no temáis*", proclamó Gabriel, haciendo resonar su voz en la noche tranquila. "*Porque os anuncio una gran alegría: hoy, en la ciudad de David, ha nacido*

el Redentor, Cristo Señor nuestro. Como señal de esta verdad, encontraréis al niño envuelto en pañales y colocado en un pesebre". En respuesta, un magnífico coro de ángeles prorrumpió en cánticos: "¡Gloria a Dios en las alturas y paz a su pueblo en la tierra!".

A medida que la noche iba dando paso al día, los visitantes empezaron a ir y venir de la humilde cueva. Al octavo día, María llamó a José: *"Aunque sabemos que fue concebido sin pecado, nació en este mundo como hombre. Y en este mundo, el hombre debe ser purificado por el rito de la circuncisión"*. José respondió: *"Iré y volveré con un sacerdote. Primero, debe conocerse su nombre. Cuando el santo ángel me informó de este gran acontecimiento, también me dijo que el Hijo sagrado debía llamarse Jesús"*. María asintió con la cabeza, añadiendo suavemente: *"Éste fue el mismo nombre que se me reveló cuando tomó carne en mi vientre."*

Mientras los dos santos padres conferenciaban, innumerables ángeles

descendieron de los cielos en forma humana, ataviados con brillantes vestiduras blancas intrincadamente bordadas de rojo. Llevaban palmas en las manos y sus cabezas estaban adornadas con coronas, emitiendo un esplendor que rivalizaba con el del propio sol. Al frente iban los arcángeles Miguel y Gabriel, que juntos presentaban un signo de exquisita belleza, un signo en el que estaba escrito el santo nombre de Jesús en letra resplandeciente. Miguel habló con suave autoridad: *"Señora mía, éste es el nombre de tu Hijo, escrito en la mente de Dios desde toda la eternidad. La Santísima Trinidad lo ha otorgado al Hijo Unigénito, nuestro Señor, como señal de salvación para toda la raza humana. Establécelo de inmediato en el trono de David"*. Gabriel añadió: *"Porque Él reinará sobre él, castigará a sus enemigos, triunfará sobre ellos y los convertirá en el estrado de sus pies, juzgándolos. Elevará a sus amigos a la gloria de su diestra. Pero todo esto será a costa de sufrimiento y sangre, que está destinado a derramar al recibir este nombre, pues marca el*

comienzo de Sus sufrimientos en obediencia a la voluntad de Su Padre eterno. Después de esto, ascenderá triunfante a la Jerusalén celestial y abrirá los portales del cielo".

Así, en la quietud sagrada de aquella cueva, entre la luz divina y el esplendor angélico, se celebró el humilde nacimiento del Salvador, un milagro que alteraría para siempre el destino de la humanidad.

CAPÍTULO DIECISÉIS PRESENTACIÓN

José, haciendo una genuflexión ante el niño acunado en los brazos de María, salió de la cueva en un estado de humilde adoración. Le seguimos mientras salía al fresco de la tarde y se dirigía al bullicioso pueblo. Pronto regresó acompañado de un sacerdote y, en una pequeña y modesta ceremonia, se realizó el rito de la circuncisión del niño. Durante todo el rito, María abrazó a su hijo, con los ojos llenos de serena determinación, mientras se desarrollaba el ritual sagrado.

El Hijo de María ofreció al Padre Eterno tres sacrificios de inestimable valor. En primer lugar, siendo inocente e Hijo del Dios verdadero, asumió la condición de pecador al someterse a un rito ideado como remedio para el pecado original, una ley que no le obligaba. En segundo lugar, soportó voluntariamente los dolores de la circuncisión, experimentándolos

como un hombre verdadero y perfecto. En tercer lugar, demostró el amor más ardiente al comenzar a derramar Su sangre por la raza humana, al tiempo que daba gracias al Padre Eterno por haberle concedido una naturaleza

humana capaz de sufrir para Su exaltación y gloria.

Cuando el sacerdote preguntó: "*¿Qué nombre le ponéis al niño?*", tanto María como José respondieron al unísono: "*Jesús es su nombre*". El sacerdote inscribió cuidadosamente el nombre en una tablilla y continuó: "*Estoy convencido de que este niño va a ser un gran profeta del Señor. Tened cuidado al criarlo*". Con este solemne encargo, y tras recibir los regalos de velas y otras modestas muestras de los bienquerientes, el sacerdote se marchó, dejando a la Sagrada Familia en su tranquila reverencia. A medida que el sol se ocultaba, pintando el cielo con profundas tonalidades anaranjadas y púrpuras, la silueta sombría de una caravana apareció en el horizonte, avanzando con paso firme hacia el este. Seguían la guía de una única y radiante estrella, una estrella que brillaba más que todas las demás y que se mantenía inamovible sobre el lugar donde había nacido el niño. Al día siguiente, tres reyes magos, cada uno de ellos gobernante de gran renombre, llegaron a la

cueva con su séquito de sirvientes. Los criados parloteaban y se maravillaban ante la extraña y sagrada escena que tenían delante, pero los reyes se comportaban con tranquila reverencia. Se adelantaron, con sus vestiduras a la espalda, y entraron en la cueva con solemne elegancia. Sin vacilar, se arrodillaron ante María, con la cabeza inclinada en señal de humildad. Uno a uno, tendieron la mano para besarla, en un gesto de profundo respeto. Pero María, con un movimiento suave pero firme, retiró su mano y en su lugar extendió la pequeña mano de su hijo recién nacido. En ese sencillo acto, no les ofrecía su propio honor, sino el don sagrado del Niño Jesús, al que habían viajado tan lejos para adorar. *"Mi espíritu se alegra en el Señor, y mi alma lo bendice y ensalza"*, dijo María en voz baja. *"Porque entre todas las naciones, Él te ha llamado y elegido para contemplar lo que muchos reyes y profetas han anhelado en vano ver"*. Los magos la felicitaron con palabras de admiración antes de partir, con los rostros llenos de asombro, en claro contraste con la confusión de sus criados, que no habían presenciado la escena milagrosa. Fueron a

alojarse a la ciudad, con el corazón conmovido por lo que habían presenciado.

Aquel mismo día, reunidos alrededor de una mesa en una modesta habitación de una posada, los tres reyes compartieron sus pensamientos. Uno reflexionó: "*¿Qué es este sentimiento? Un amor más profundo por un rey que nunca he conocido: ¿qué nos conmueve tan profundamente?*". Otro respondió: "*Su grandeza está velada bajo la pobreza y la humildad, un misterio más allá de la comprensión mortal*". Un tercero añadió: "*¡Oh, que todos pudieran compartir esta alegría tan libremente!*". El primer rey concluyó: "*Necesitan consuelo; enviemos a nuestros siervos de vuelta con regalos que alivien sus cargas.*"

Fuera, cerca de la cueva, los criados de los magos entregaron provisiones a José, que las aceptó con tranquila gratitud. Al día siguiente, los reyes magos volvieron para despedirse del nuevo Rey. Presentaron los tradicionales regalos de oro, incienso y mirra, e incluso ofrecieron gemas preciosas destinadas a una

princesa. Sin embargo, María, con suave firmeza, rechazó las gemas y, en su lugar, entregó a cada uno de ellos el regalo más valioso que podía ofrecer: un pequeño vestido que había adornado la tierna piel de su hijo.

"A cada uno de vosotros os doy esta prenda de vestir, un tesoro que ha tocado la piel del Niño Dios", dijo. El primer Rey se maravilló: *"Más precioso que el oro o la plata, este paño me atará al servicio de Su Reinado durante todos mis días."* El segundo Rey sugirió: *"Permítenos proporcionarte una propiedad que pueda alojarte más adecuadamente".* El tercer Rey replicó: *"O tal vez deberíamos construir una morada digna de tu sagrada familia".* María sonrió cálidamente y respondió: *"Gracias, hombres muy amables y generosos, pero nuestras necesidades son pocas y están cubiertas por nuestro Señor. Pretender más sería desafiar su sabiduría. Vuestras obras no pasarán desapercibidas".* José añadió: *"Es una lástima que no podáis quedaros más tiempo; pasado mañana debemos presentar al niño en el templo. Que su*

viaje de regreso sea seguro, y sus caminos ricamente recompensados".

Aquella noche, antes de la presentación del niño en el templo, María se arrodilló en ferviente oración. *"Señor mío -susurró-, mañana será un día de fiesta para el cielo y para la tierra. Tú me lo has dado como Dios, y yo te lo devuelvo como Dios y como hombre. Derrama Tus misericordias sobre la humanidad: perdona a los pecadores, consuela a los afligidos, ayuda a los necesitados, enriquece a los pobres, socorre a los débiles, ilumina a los ciegos y abraza a los descarriados. Te lo pido en nombre de Tu Unigénito, que por Tu voluntad es también mi Hijo".* Un halo de luz rodeó a la joven madre mientras pedía a Dios en nombre de toda la humanidad.

Al día siguiente, cuando la Sagrada Familia y las bandas de ángeles se acercaban a las puertas del templo, María se unió a la compañía de mujeres devotas mientras José caminaba con los hombres reunidos. Se acercaba a ellos Simeón, el sumo sacerdote, guiado por el

Espíritu Santo, junto con Ana, la venerada maestra de María. Avanzaron hacia la pareja y María entregó con delicadeza el niño a Simeón. Levantando al niño, Simeón alzó los ojos al cielo y proclamó: *"Ahora, Señor, Tú has preparado y puesto ante todos los mortales Tu luz divina para que brille sobre el mundo, concediendo guía y salvación a todos los que la buscan. Esta es la luz revelada incluso a los gentiles, para gloria de Tu pueblo elegido, Israel"*. Y continuó: *"He aquí que este Niño está destinado tanto a la caída como a la resurrección entre muchos en Israel, y su presencia es una señal que será recibida con contradicción. Además, una espada atravesará tu alma, María, para que los corazones de muchos queden al descubierto."*

En aquel momento, los ojos de María se llenaron de dolor al contemplar la vida de su hijo, desde su infancia hasta su madurez, el sufrimiento y la humillación que padecería y, finalmente, su muerte en la cruz. Lágrimas silenciosas recorrieron sus mejillas, pero cuando Simeón le devolvió al niño, una leve

sonrisa de aceptación adornó su rostro. En lo más profundo de su ser, el niño le hablaba en una comunión interior: *"Queridísima Madre, aunque debas sufrir mucho por mí, ánimate; mi amor -el amor de Dios por ti- es más grande que el universo mismo. Juntos, expiaremos los pecados de la humanidad, y juntos guiaremos a los que buscan refugio hacia los brazos abiertos de Nuestro Padre."*

Tras la ceremonia, Ana, la profetisa, se dirigió a la multitud congregada declarando: *"Contemplad a este Niño, porque Él es la Luz del Mundo, el Mesías prometido que ha venido a cumplir la promesa de salvación de Dios."*

Más tarde, en la quietud de la cueva, María habló en voz baja a José, que acunaba a Jesús en sus brazos. *"Quiero hacer una novena en el templo durante los próximos nueve días"*, le dijo. José, siempre pragmático, replicó: *"Después, deberíamos volver a nuestra casa de Nazaret". Me pregunto, mi santísima esposa, ¿voy a enseñarle mi oficio de carpintero? ¿Cómo pueden unas manos tan preciosas*

sostener una madera áspera y unas herramientas afiladas?".

María sonrió dulcemente y respondió: *"Aprenderá, amado mío. Conocerá la madera áspera, como tú".*

La escena se traslada al interior del templo, donde María, el niño y Ana están sumidos en la oración. De repente, una expresión de miedo cruza el rostro de María.

"¿Qué es lo que te preocupa?" preguntó Ana.

"No podemos completar este quinto día de nuestra novena", susurró María. *"Debemos partir inmediatamente".*

Ana la consoló: *"Vete, vuelve a tu morada. Prepararé provisiones para tu viaje. No necesito preguntar dónde o cuándo partes, pues el mensaje en tus ojos es claro y muy inquietante.*

Abrazada a su hijo, María salió del templo a toda prisa.

Fuera, en el camino, mientras María se apresuraba con el niño fuertemente sujeto, un

preocupado José la interceptó a mitad de camino. *"Debemos prepararnos para partir inmediatamente"*, le dijo. *"Se me ha aparecido un ángel con un mensaje aterrador: Herodes se ha enterado del nacimiento de Jesús y, temiendo por su propia realeza, ha ordenado sacrificar a todos los niños varones menores de dos años."* María respondió, con la voz teñida de dolor: *"Yo también he recibido este mensaje. ¡Cuántos inocentes perecerán! Temen al Hijo de Dios, sin saber que es también Hijo del hombre"*.

José insistió: *"Debemos huir a Egipto y permanecer allí hasta que sea seguro regresar. Partimos esta noche - será un largo viaje, mi amada. Dime, ¿qué puedo hacer para aliviar tu carga?"*

María, con tranquila determinación, dijo: *"Nuestro viaje no carecerá de consuelo, José, pues tú nos proporcionas mucho consuelo. Cualquier incomodidad que encontremos, la abrazaremos, pues compartimos el dolor de las madres que sufren mucho."*

Así, con el corazón apesadumbrado pero resuelto, se prepararon para emprender un viaje largo e incierto, confiando en la guía y la protección de la Divinidad.

CAPÍTULO DIECISIETE

VIAJE A EGIPTO

Bajo la tenue luz de una luna creciente en el cielo oscuro, apenas podían distinguirse las figuras de la Sagrada Familia mientras emprendían su largo viaje. María, que llevaba tiernamente al niño en brazos sobre una mula, y José, que encabezaba con firmeza la marcha, se escabulleron del refugio de la cueva. Sus siluetas se fundieron con la silenciosa noche mientras emprendían el arduo camino que les aguardaba.

Tras varios días de viaje, llegaron a las afueras de Gaza. Allí, entre las calles polvorientas y el cansancio del viaje, María vio a José tropezar de puro cansancio. La mula también se había cansado y se negaba obstinadamente a seguir adelante. Con dulzura, María se dirigió a él: "*José, necesitas descansar, y esta pobre bestia de carga no aguantará un día más sin la misma consideración. Detengámonos aquí, en Gaza,*

uno o dos días. Seremos bien recibidos en casa de Merta, la vieja amiga de mi prima Isabel. Está sola ahora que su marido la ha dejado viuda; atiende a los enfermos del pueblo, y yo podría ayudarla mientras tú descansas."

Su estancia temporal les condujo a la modesta vivienda de Merta, una anciana cuyas bondadosas manos habían cuidado durante mucho tiempo de los enfermos. En una de sus estrechas habitaciones, dos niños extremadamente enfermos yacían en un estrecho catre, con el rostro pálido y la respiración entrecortada. Merta consoló a los angustiados padres diciendo: *"No hay nada más que hacer. Mantenedlos cómodos con esta hierba: les aliviará la tos y les ayudará a respirar sin dolor"*.

Mientras Merta hablaba, María se arrodilló junto a la cama de los niños enfermos. Sacó un paño de la faja de su túnica y lo mojó en una jofaina cercana. Con tierno cuidado, limpió los labios y la frente de cada uno de los niños, luego tomó sus pequeñas manos y las apretó suavemente contra su mejilla mientras

murmuraba oraciones en silencio. Poco a poco, sus mejillas recuperaron el color y su respiración entrecortada se calmó. En medio de su alivio, el padre gritó desesperado: "*¡Ya no respiran!*", mientras la madre se lamentaba: "*Hijos míos, hijos míos*". María les tranquilizó suavemente: "*No, venid, mirad. No os han abandonado. Han respondido bien al remedio. Niños, abrid los ojos: mostrad a vuestros preocupados padres que os encontráis mejor*". Luego, haciendo una seña a Merta, añadió: "*Dejemos este momento feliz porque aún tenemos más que ver*". Merta, con una expresión mezcla de placer y confusión, respondió: "*Sí, más que ver*".

Guardando el frasco de medicina en el bolsillo de su delantal, Merta dijo: "*Tal vez no lo necesites después de todo. Ven, María, tengo a alguien que no puede mover sus miembros para caminar. Podrías untarle un poco de bálsamo*". Y con eso, la escena se desvaneció mientras el trabajo del día continuaba.

Pronto, María y Merta se encontraron en casa de otra paciente: una mujer de mediana

edad llamada Helen, tullida de nacimiento, con las piernas marchitas e inútiles. En una cabaña pequeña, desordenada y sucia, Helen yacía sobre una estera gastada. Merta le advirtió: *"Cuidado; no respire hondo aquí dentro, porque no sé qué enfermedad flota por ahí. Vengo una vez a la semana para ver que tenga ropa limpia, al menos"*.

Merta sacó de su mochila un fajo de prendas recién lavadas y se dispuso a ayudar a Helen. María se unió a ella. María sacó de su delantal un pequeño frasco, le quitó la tapa y vertió una cantidad medida de líquido en sus manos. Con suaves movimientos, acarició el rostro de la mujer y luego masajeó las piernas marchitas de Helen con el líquido. Milagrosamente, como tocados por la gracia divina, los miembros recuperaron lentamente su forma y su fuerza. Abrumada, Merta cayó de rodillas maravillada, exclamando: *"¿Quién eres, bendita mujer? Qué poderes te ha dado Dios"*. María respondió suavemente: *"Qué fe te ha concedido, para permitirte ver lo que está oculto. Quédate tranquila, querida Merta, pues*

mi familia está aquí sólo por un día. No estaría bien divulgar demasiado estas maravillas".

Merta prometió: *"Me quedaré y ayudaré a ésta a limpiar su choza. Ahora que puede andar, podrá ayudarme a cuidar de los demás. Tú debes volver con tu familia"*. Con sincera gratitud, María se excusó y, al marcharse, la mujer curada se arrodilló y besó repetidamente las manos de María.

Poco después, el viaje de María la llevó a la escalinata de un templo cercano. En el exterior, junto a un muro en ruinas, varios indigentes se reunieron para suplicar desesperadamente que les dieran de comer. Sin temer su situación, María se encontró rodeada de pobres y hambrientos. Un hombre le suplicó: *"Por favor, mi hijo lleva dos días sin comer, ¿tiene algo de sobra?"*. Una voz pequeña y llorosa se le unió: *"Comida, papá, comida"*. Una mujer cercana se lamentaba: *"Nuestros vecinos no son más que ratas que hurgan en los barriles de grano. Por favor, dales algo a los pequeños"*.

Uno de los hombres que observaban advirtió: "*¡Ten cuidado, podrían morderte la mano!*". El grupo se echó a reír, y una niña pequeña, sin inmutarse, se abalanzó para abrazar al hombre, pero una pierna temblorosa la apartó. María se arrodilló junto a la niña, la cogió en brazos y la consoló con ternura. Volvió a la niña hacia los hombres y les dijo con tono suave pero insistente: "*Mírenla a los ojos, vean el hambre que tiene. Poned vuestra mano sobre ella, sentid la fragilidad de su pequeño cuerpo. Si tu propio hijo estuviera así de hambriento y no pudieras alimentarlo, ¿no rogarías por la bondad de otro? La comida que apartas en cada comida es más de lo que esta niña ha visto en toda una semana. ¿Qué la aleja de tu mesa? Veo compasión en tus ojos. Ahora es el momento, amable señor, ahora es el momento*". Conmovido por sus palabras, un hombre ofreció unas monedas de su bolsa, y otro rodeó con su brazo a un padre indigente, instándole a que le siguiera. María dejó al niño en el suelo, se arrodilló ante los padres y les bendijo las manos en señal de gratitud.

Tras varios días de curación y humilde servicio, la Sagrada Familia se preparó para reanudar su viaje. En la modesta casa de Merta, María montó de nuevo en la mula y José le entregó al niño. *"Gracias de nuevo, Merta, por tu amabilidad"*, dijo José agradecido. *"Aunque estos últimos días he dormido casi siempre, agradezco que mi amada tuviera una compañera sabia y solícita."*

Merta sonrió afectuosamente: *"Oh, soy yo quien está más agradecido. Ahora, cuídate en el desierto. ¿A dónde te diriges, dijiste?"*. María respondió: *"No muy lejos, Merta, y José tenía razón, tu sabiduría ha sido una verdadera bendición en esta corta visita. Que Dios te acompañe"*. Merta respondió: *"Y contigo, mi bendita amiga"*, y con eso, se separaron.

La Sagrada Familia se adentró en la vasta e inflexible extensión del desierto de Bersabe, en Palestina. El frío de febrero se apoderaba del aire, y el desierto se extendía interminable ante ellos: un mar de arenas estériles que no ofrecía refugio ni consuelo. El viento aullaba como

una bestia salvaje, sus furiosas ráfagas azotaban el vacío, ahogando incluso las voces de José y María cuando intentaban hablar. La tormenta parecía viva, y sus susurros arrastraban el inquietante peso del vacío. Entonces, a través del caos arremolinado, surgió a lo lejos una pequeña estribación, una débil promesa de refugio. La voz de José atravesó la tempestad, urgente y decidida: "*¡Allí! ¡Allí! Encontraremos refugio*".

Los gritos del niño penetraban en el aire, frágiles pero insistentes, mientras María luchaba por proteger a su hijo de los implacables y punzantes vientos. Desmontó de la mula, cuyos cansados pasos vacilaban bajo la guía de José, y avanzó a pie. Un brazo sostenía al recién nacido, el otro se extendía hacia delante, con los dedos arañando la tormenta como si quisiera desviar su furia. Paso a paso, avanzaron hacia la ladera, y el rugido del viento se fue amortiguando a medida que se acercaban al refugio. Finalmente, llegaron a la falda de la colina y la furia de la

tempestad se suavizó hasta convertirse en un murmullo.

María se tiró al suelo, con el cuerpo tembloroso pero las manos firmes mientras calmaba a su hijo. "*Calla, mi pequeño*", susurró, su voz era un tierno bálsamo contra el caos. El llanto del bebé se calmó y fue sustituido por el suave sonido del pecho. Una leve sonrisa se dibujó en los labios de María mientras lo miraba. "*Qué hambre tenías, mi pobre corderito*", murmuró. Se volvió hacia José, con voz suave pero firme. "*Duerme, José. Yo vigilaré*".

José, agotadas sus fuerzas, asintió débilmente y se desplomó contra la ladera. Tenía la cabeza apoyada en su escaso fardo de pertenencias y respiraba lenta y pesadamente. María lo observó un momento y luego volvió a mirar a su hijo, que dormía plácidamente. Le dolía el corazón por el peso del viaje, pero también sentía una esperanza silenciosa e inquebrantable. El desierto se extendía sin fin a su alrededor, pero en aquel momento, al abrigo de la colina, reinaba una paz frágil

A medida que la Sagrada Familia se adentraba en su viaje a Egipto, recorría penosamente más de cien millas a través del despiadado desierto de Bersabe. Cada día se alargaba interminablemente, con el sol abrasador sobre sus cabezas y las noches ofreciendo poco respiro. María y José no se alimentaban más que con una escasa comida, ingerida a altas horas de la noche tras horas de el agotador viaje. Los elementos no se apiadaron de ellos y, una noche, una tormenta salvaje se abatió sobre ellos con una furia implacable. La lluvia caía a cántaros y el viento aullaba como un espíritu vengativo, desgarrando sus ya maltrechos espíritus.

María, aunque firme en su fe, no pudo proteger a su hijo de la ira de la tormenta sin invocar el poder divino. La lluvia empapaba sus ropas y se adhería a su piel como una segunda capa helada. Sus brazos temblaban mientras acunaba al niño, envuelto en pañales empapados. El niño temblaba violentamente, y sus gritos penetraban en la noche, agudos y desesperados al principio, y luego cada vez

más débiles, como si sus fuerzas fueran menguando. El corazón de María se estremeció de terror al sentir el frío que se filtraba en su frágil figura. Contempló su rostro pálido, sus propias lágrimas mezcladas con la lluvia, y un feroz desafío maternal surgió en su interior.

Levantando los ojos hacia el cielo embravecido, su voz se elevó por encima de la tormenta, cruda y dominante: *"¡Os lo ordeno, viento y lluvia! No aflijáis a mi hijo, el Unigénito de Dios. Si tenéis que desatar vuestra furia, volvedla contra mí, pues soy indigna a su lado"*. Sus palabras resonaron, una súplica desesperada envuelta en la autoridad del amor de una madre. La tormenta pareció vacilar, su furia se calmó momentáneamente, como si los mismos elementos se hubieran detenido para escuchar su grito. María abrazó más fuerte a su hijo, con el cuerpo tembloroso no por el frío, sino por el peso de su sacrificio. En aquel momento, era vulnerable e inquebrantable, un faro de devoción frente a la ira de la naturaleza. En respuesta a su súplica, un globo luminoso rodeó al niño en sus brazos.

Conmovido por el amor de su Madre, Jesús pidió al ejército de ángeles que les acompañaba que ampliara el globo de luz para rodear a María y a José. Este milagro sostuvo a la Sagrada Familia a través de muchas pruebas en su largo y traicionero viaje a Egipto.

Por fin, la Sagrada Familia llegó a Egipto, sus cansados pasos los llevaron a una tierra ensombrecida por las tinieblas. Muchos de sus habitantes estaban atrapados, sus almas atadas por las siniestras garras de Lucifer y sus malévolos ministros. Sin embargo, cuando María y José entraron en las ciudades, un poder silencioso pero profundo se agitó entre ellos. El niño Jesús, acunado en los brazos de su Madre, levantó sus pequeños ojos y manos hacia el cielo, con la mirada fija en su Padre Celestial. Aunque no pronunció palabra alguna, su súplica silenciosa resonó con urgencia divina: una llamada a la misericordia, a la liberación, a la salvación de los que estaban atrapados en la desesperación.

María, siempre en sintonía con la sagrada misión de su Hijo, se unió a Él en esta oración

tácita. Su corazón, lleno de compasión, latía al unísono con el Suyo mientras ofrecía su propia súplica. Juntos, sus gritos silenciosos se elevaron como un faro de luz, atravesando el velo de oscuridad que se cernía sobre la tierra. En ese momento, el aire mismo pareció temblar con el peso de su devoción, como si el cielo mismo se inclinara para escuchar su súplica. Las pequeñas manos del niño, alzadas con inocencia y poder, se convirtieron en un símbolo de esperanza, una promesa de que, incluso en los lugares más sombríos, la luz de la salvación no podía extinguirse. Los oscuros cielos egipcios pronto se llenaron de nubes de tormenta, relámpagos y espíritus malignos que eran expulsados de los cuerpos de los oprimidos. Los ídolos se hicieron añicos, los altares se derrumbaron y los templos cayeron en ruinas cuando el poder divino arrasó la tierra. El pueblo egipcio, asombrado por estos sucesos inexplicables, comenzó a reconstruir sus ciudades. En medio del caos, los extranjeros -la Sagrada Familia- se adelantaron para ayudar.

Mientras trabajaban junto a los lugareños, María empezó a hablar de las profecías de Isaías: "*¿No se predijo que vendría el Mesías, Rey de los judíos, ¿y que los templos de los ídolos serían destruidos? No hay más que un Dios verdadero, Creador de todos los misterios de la vida. Mira a tu hijo, ¿no te maravilla su perfección? Tan joven, pero lleno de razón y fuerza. Y tú, señora, cuando lavas la ropa en el río, ¿no te maravillas ante el caudal vivificador que sustenta a tu familia? Él, el único Creador del cielo y de la tierra, creó todo con belleza y propósito, por amor a todos vosotros*".

Multitudes se reunían para oírla hablar y presenciar los milagros: la limpieza de demonios de ídolos y cuerpos poseídos, la curación de graves enfermedades, todo ello ayudado por las fervientes oraciones de su Hijo. Por fin, su arduo viaje terminó cuando la familia se instaló en la ciudad de Heliópolis. Se instalaron en una humilde morada de tres habitaciones: una de ellas se convirtió en santuario para el Niño Jesús bajo el cuidado de

María, otra se reservó como dormitorio de José y la última sirvió como su modesto taller de carpintería

En aquellos tiempos difíciles, a José le escaseaba el trabajo y a menudo se enfrentaba al rechazo, mientras que María, dotada como costurera, recogía labores de costura de casa en casa. En su pequeño hogar, desde el amanecer hasta el anochecer, María trabajaba no sólo para cubrir sus necesidades diarias, sino que también atendía con ternura a Jesús y apoyaba a José. En los momentos de silencio en la habitación del niño, María se arrodillaba en oración, con una suave luz que irradiaba de su corazón y del de su Hijo, una comunión sagrada a la que pronto se unió una tercera luz desde lo alto, mientras el Dios de Todo hablaba con ellos.

Así, entre penurias y maravillas divinas, prosiguió el viaje de la Sagrada Familia, un testimonio de fe, resistencia y el poder transformador del amor que cambiaría para siempre el curso del destino humano.

CAPÍTULO DIECIOCHO EL NIÑO JESÚS

En una tranquila habitación de su modesta casa, el niño Jesús, de piel suave como el olivo, pelo oscuro y rizado y profundos ojos castaños, era acunado en los brazos de María. Habló a José por primera vez. Su voz, pequeña pero clara, llevaba el peso de un propósito celestial cuando se dirigió a su padre terrenal:

"Padre mío, he venido del cielo para ser la luz del mundo y rescatarlo de las tinieblas. He venido para ser un buen Pastor, para enseñarles el camino del cielo y abrirles sus puertas, que han estado cerradas por sus pecados. Deseo que seas hijo de la Luz, que tienes tan cerca".

Abrumado por las palabras divinas y la gentil autoridad de su hijo, José cayó de rodillas, su corazón se elevó con una humildad sin medida. Con tembloroso asombro, respondió: *"Que tú, mi Señor y Salvador, me hayas llamado tu humilde siervo conmueve mi*

corazón a tales alturas que las palabras se escapan de mi lengua para expresar mis sentimientos más verdaderos."

Más tarde, en el sereno santuario de la habitación del niño, Jesús buscó a su madre. María, arrodillada en silenciosa oración, sintió el suave tacto de Su pequeña mano al acariciarle suavemente el rostro. Con un tono tierno, pero decidido, le dijo:

"Madre mía, entra y permanece siempre conmigo, para que me imites en todas mis obras. Deseo que encarnes y exhibas la alta perfección que deseo en todas las almas. Te he elegido como vaso de toda perfección y te concedo los tesoros de mi diestra, tesoros que el resto de la humanidad ha perdido o de los que ha abusado."

Al oír estas palabras sagradas, María, llena de profundo amor y reverencia, besó suavemente la mano de su hijo, un gesto que sellaba el íntimo vínculo entre ambos y afirmaba su papel de vasija elegida de la gracia divina.

A orillas de un río suave y sinuoso, el sol de la tarde proyectaba un cálido resplandor dorado sobre las ondulantes aguas y la suave orilla de tierra. Allí, entre el murmullo del agua y el lejano parloteo de la aldea, un pequeño grupo de niños de distintas edades se reunía en juguetón abandono. Sus risas se mezclaban con el rítmico traqueteo de las madres, que se afanaban en lavar la ropa en el agua fresca y cristalina, moviendo las manos en una práctica danza que hablaba de tradición y cuidado.

Entre aquellos niños, Jesús, de tres años, destacaba por su discreta tranquilidad. En medio de su jolgorio, mientras los chapoteos y los gritos de alegría llenaban el aire, de repente hizo una pausa en su juego. Con la serena compostura de quien ha superado con creces su tierna edad, se acercó a una roca lisa, calentada por el sol, junto a la orilla del agua, y se sentó. Uno a uno, los demás niños abandonaron sus juegos y se agruparon a su alrededor, formando un círculo a sus pies. Sus ojos brillaban de curiosidad y admiración mientras escuchaban

atentamente las palabras suaves y amables que brotaban de su pequeño maestro.

Jesús habló con palabras sencillas, pero con una seriedad que contradecía su edad: un mensaje de esperanza, amor y asombro que resonó profundamente en los corazones de su joven audiencia. Describió con un lenguaje sencillo pero profundo la belleza del mundo que les rodeaba, el poder de la bondad y el secreto de compartir la alegría incluso en los gestos más pequeños. Sus palabras, tiernas y sinceras, tejieron un tapiz de comprensión que llegó a todos los oídos ávidos, capturando la imaginación de sus amigos e inspirándoles a soñar con un mañana más brillante.

A poca distancia, María observaba la escena. Apoyada en un árbol cercano, sus ojos estaban llenos de amor y una sonrisa de complicidad adornaba su rostro. En aquel momento de silencio, sintió una mezcla indescriptible de alegría y admiración, un profundo orgullo maternal por la dulce sabiduría que desprendía su hijo. Al observar la sencillez y pureza de su interacción con los

demás niños, el corazón de María se llenó de gratitud. Reconoció en Él la chispa de luz divina que prometía iluminar algún día los rincones más oscuros del mundo.

El suave murmullo del río y el suave susurro de las hojas en lo alto proporcionaban un sereno telón de fondo a esta íntima escena de asombro infantil. En aquel espacio tranquilo, el tiempo parecía ralentizarse, y cada detalle -el brillo en los ojos de los niños, la delicada cadencia de las palabras de Jesús y la sonrisa compasiva en el rostro de María- contribuía a crear un momento de perfecta armonía. Era una reunión sencilla a orillas del río, pero llevaba el peso de la promesa y la esperanza, insinuando el profundo destino que aguardaba al Niño de Dios.

Esta escena se repetiría muchas veces a lo largo de los años siguientes, cuando María llevaba la ropa de la familia a lavar al río, al igual que los continuos rituales de oración en su casa.

En la tranquilidad de su casa, el aire estaba cargado de dolor y de sagrada expectación. En

una pequeña habitación iluminada por el sol, Jesús, que ahora tenía cinco años, yacía en el suelo en una postura que evocaba el simbolismo de la Cruz. Su pequeño cuerpo estaba pálido, y de su frente caían lentamente gotas de sangre - una visión que llenó la habitación de un profundo e inefable dolor. A su lado, María, radiante incluso en su dolor, se encontraba en un estado de éxtasis orante. Abrumada por la visión del dolor de su hijo, cayó de rodillas y limpió suavemente las manchas rojas de su frente. Las lágrimas corrían silenciosas por sus mejillas mientras contenía el dolor desgarrador de su corazón, su amor por Él era un tierno bálsamo contra el dolor que surgía.

Al año siguiente, Jesús, de seis años, se reunió con José en su taller. Con una mirada de tranquila determinación, Jesús aferraba una pequeña herramienta y José, siempre paciente y cariñoso, guiaba sus manos mientras trabajaban juntos en un trozo de madera. El sonido rítmico de su trabajo se mezclaba con suaves palabras de instrucción y aliento,

creando un momento de íntima unión entre padre e hijo, una lección silenciosa de artesanía, cuidado y belleza de la creación.

En otra parte de la humilde vivienda, María se afanaba en la cocina. Con elegante atención, preparaba un plato para la comida del mediodía. Cada uno de sus gestos estaba impregnado de un profundo sentido del deber y del afecto, una presencia constante y cariñosa que hablaba del amor y el compromiso que unían a la familia.

Al caer la tarde, la familia salió al fresco crepúsculo. Salieron a la animada calle y caminaron juntos hacia el templo, mezclando sus risas con los sonidos de la vida cotidiana. La alegría de estar juntos era palpable, un bienvenido respiro de las luchas de cada día, mientras paseaban con el corazón ligero y esperanzado.

Dentro de la pequeña y sencilla habitación de Jesús, ahora que ya había cumplido los siete años, se transmitió un mensaje divino. María y

el pequeño Jesús escucharon atentamente la voz suave e invisible que les comunicaba que había llegado el momento de que la familia regresara a Nazaret. Había una solemne resolución en el aire mientras se preparaban para la siguiente etapa de su viaje, un regreso a casa que resonaba con destino y promesa.

Esa noche, en la tranquila soledad de la habitación de José, él también recibió el mensaje sagrado. En una visión que se desarrolló ante sus ojos, vio a su familia recogiendo sus pocas posesiones y montando en mulas para partir una vez más, aventurándose de nuevo en el desierto. La visión, impregnada de propósito divino, pronto se hizo realidad, y la Sagrada Familia se encontró llegando a su casa de Nazaret. Allí fueron recibidos calurosamente por una querida prima, Marta, que se había hecho cargo de la vieja casa que había pertenecido a los padres de María.

CAPÍTULO DIECINUEVE EL REGRESO A NAZARET

En el interior de la casa restaurada, las ventanas se abrieron de par en par y entraron copiosos chorros de luz que llenaron la vivienda de calidez y una sensación de bienvenida. Marta los saludó con sincera alegría. *"Bienvenidos a casa, queridos primos, y mirad, vuestro hijo, José, me ha dicho Isabel que se llama Jesús. Qué cara tan dulce, y si se parece en algo a su padre, ¡también tiene un temperamento dulce!"*.

María respondió agradecida: *"Muchas gracias a ti, Marta, por cuidar tan bien de la antigua casa de mis padres"*.

José añadió suavemente: *"Sí, te agradecemos profundamente"*.

En una conmovedora muestra de generosidad juvenil, el joven Jesús desenvolvió cuidadosamente un pequeño fardo que llevaba consigo. De él sacó dos pájaros de madera delicadamente tallados. Con una tímida sonrisa

y las manos temblorosas, se los ofreció a Marta. *"Esto es para ti, gracias por cuidar de la casa de mis padres"*, le dijo. Marta, maravillada, exclamó: *"¡Mira esto! José, te has vuelto muy hábil. Vaya, son palomas"*. José, con un brillo en los ojos, replicó: *"No las han tallado estas manos, sino éstas"*. En ese momento, José se puso detrás de Jesús y lo rodeó con sus brazos, tomando las pequeñas manos del niño entre las suyas y extendiéndolas hacia Marta. Conmoverlo sin medida por aquel gesto de amor, Jesús se recostó contra José, con los ojos brillantes por el vínculo puro y tácito de la familia y la fe.

En el suave resplandor del atardecer, José y el joven Jesús se dispusieron a restaurar el orden en el cobertizo de madera que había detrás de su modesta casa. Juntos abrieron las chirriantes puertas y miraron dentro la mezcla de viejas herramientas desgastadas y utensilios más nuevos traídos de Egipto.

Con cuidado paciente, enderezaron los utensilios dispersos y reunieron lo que necesitaban para su siguiente tarea: un catre

para que Jesús durmiera. Trabajando codo con codo, padre e hijo fabricaron el catre con una precisión sencilla y amorosa. Cuando terminaron, intentaron llevarlo al interior de la casa. En su risa compartida, el catre era voluminoso y torpe - se atascó en la puerta, y mientras luchaban por maniobrarlo, la risa suave de María se unió a la suya. Cuando por fin estuvo dentro, la Virgen intentó preparar una habitación para Jesús".

Dentro de la pequeña habitación de Jesús, María se dedicó a arreglar el mobiliario con silenciosa devoción. Colocó una mesita, un taburete y ropa de cama bien doblada sobre el catre recién construido. Cuando salió brevemente y regresó, descubrió con una risa triste que todo, excepto el catre, se había quedado accidentalmente fuera de la puerta. El Rey de Reyes no tardó en practicar la humildad y la incomodidad que sienten tantos hijos de Dios.

Más tarde, en una mañana luminosa, José y Jesús salieron juntos por las bulliciosas calles de su pueblo. Empujando un robusto carro

cargado con una yunta y una jofaina, se dirigieron a la casa de un amable hombre que le había prestado una mula a José ocho años antes. El hombre se sentó en su chirriante escalera y les saludó con bromas de buen tono. *"¡Vaya, mira! José, por fin estás pagando por la vieja mula. Apuesto a que murió antes de lo que se tardó en hacer estas bellas piezas de carpintería"*, bromeó. Con una cálida sonrisa, José respondió: *"Al contrario, mi compasivo amigo, la bestia duró casi cuatro años"*. El hombre rió entre dientes y preguntó por el muchacho que tenía a su lado. *"¿Y quién puede ser este buen muchacho?"*.

Jesús, con la ferviente cortesía de un niño que ya portaba una pizca de sabiduría, extendió la mano y dijo: *"Me llamo Jesús; soy el hijo de este carpintero tan bueno. Gracias, señor, por habernos dejado montar en su mula a mi madre y a mí. Viajamos muchas, muchas leguas, e incluso ayudé a mi padre a hacer esta jofaina. Deja que te la llene"*. Obedientemente, el muchacho se dirigió a un pozo cercano, bombeando agua a la pila.

El bondadoso hombre, observando a Jesús en su trabajo, suspiró: *"Es usted un hombre afortunado con un hijo así. Mi propio hijo está muy enfermo, cada día empeora y nada parece curarlo"*. Haciendo una pausa en su tarea, Jesús levantó la cabeza y, con una mirada cómplice, puso la mano bajo el brocal del pozo para dejar que el agua fresca fluyera sobre ella, llenando la jofaina sin cesar. Llevó con cuidado la jofaina a la puerta del hombre y le dijo: *"Deja que te la lleve dentro. El agua está fría y es buena para beber"*. El hombre respondió con una nota de humor amable: *"Si quieres, mi mujer está cuidando a mi hijo. Serás un espectáculo para sus tristes ojos."*

Dentro de la casa, un adolescente yacía débilmente en un catre mientras su madre velaba junto a su cama. Jesús dejó la palangana, vio un vaso de madera sobre la mesa y lo llenó de agua. Se arrodilló junto al muchacho y le acercó el vaso a los labios. Después de unos sorbos, el muchacho agarró la mano de Jesús, abrió los ojos y sonrió, un frágil signo de esperanza, mientras el color volvía lentamente

a su rostro pálido. Con ternura, Jesús besó la mano del joven antes de marcharse, y mientras el hombre gritaba tras él: "*¿Estaba mi mujer inclinando tu oído? ¿Te ha hablado de nuestro Juan? Le decía a tu padre que no tardaría en terminar su sufrimiento*". Jesús se limitó a responder: "*Pues parecía estar bien cuando le ofrecí un poco de agua. Bebió casi un vaso entero*". El hombre, todavía un poco confuso, se apresuró a entrar mientras Jesús se reunía con su padre.

En casa, mientras los años tejían su suave tapiz de crecimiento y aprendizaje, Jesús, que ahora tenía diez años, se sentaba pacientemente mientras María le colocaba con amor un nuevo par de cobertores de tela para los pies. Se los ponía, se los quitaba y se los volvía a poner con cuidado, asegurándose de que su amado hijo no anduviera descalzo por el suelo duro y polvoriento. "*Hijo mío y Señor mío*", reprendió María en voz baja, pero con afecto, "*tu Madre no tiene corazón para permitir que andes descalzo por el suelo a tan tierna edad; permíteme, amor mío, que te proporcione*

algún tipo de cobertura para protegerlos". Con la serena sabiduría de la juventud, Jesús contestó: *"Madre, permitiré una ligera y ordinaria cobertura para mis pies hasta que llegue el tiempo de mi predicación pública, para esto debo ir descalzo."* Entonces, con una tímida sonrisa y un cariñoso beso en su mejilla, aceptó el calzado, pequeño símbolo tanto de protección como del humilde camino que estaba destinado a recorrer.

CAPÍTULO VEINTE PREDICACIÓN EN EL TEMPLO

Poco después, la familia se unió a una animada procesión en el camino. Jesús acompañaba a su familia y a muchos amigos, cargados de bultos y tirando de carretas, en su viaje a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. En medio de la charla festiva y la energía bulliciosa de la multitud, Jesús preguntó: *"Padre, ¿me permitirán estar con los hombres este año?"*. José respondió con una sonrisa cómplice: *"Yo diría que es una buena posibilidad. ¿Qué dice tu buena Madre?"*. Con un brillo travieso en los ojos, Jesús contestó: *"Oh, ella siempre dice que lo que tú digas es lo mejor"*.

Por detrás, María, que caminaba con un grupo de mujeres, se detuvo y se unió brevemente a su familia. *"Vosotros dos camináis más rápido que todas las mujeres juntas"*, se burló suavemente, *"y por esa razón, ¿no deberíamos elegir un lugar para encontrarnos después de que termine la fiesta,*

en caso de que no dejemos la ciudad juntos? Por supuesto, mi queridísimo Hijo, estarás con tu padre o conmigo, ¿sí?". José asintió: "¡Buena idea! Hay un gran árbol a un día de camino fuera de la ciudad, un grupo de piedras a su derecha. Lo señalaré cuando lleguemos a él. Allí nos encontraremos.

Mientras seguían su camino, al día siguiente, María, que caminaba entre las demás mujeres, divisó el punto de encuentro designado y saludó a José con la mano. Mientras tanto, Jesús, que paseaba con un grupo de otros niños, se volvió y señaló con entusiasmo el árbol y la piedra, una afirmación silenciosa de los planes de la familia y de la alegría de los viajes compartidos.

La ciudad de Jerusalén se extendía ante ellos, un impresionante panorama de antigua grandeza y devoción sagrada. La luz dorada del sol poniente bañaba sus altas murallas y estrechos callejones, proyectando sombras largas y reverentes sobre calles llenas de vida. Cada piedra parecía susurrar historias de

profetas y reyes, y cada puerta zumbaba con el eco de fervientes plegarias.

A medida que anochecía, la ciudad palpitaba de vida. Las majestuosas fachadas de los templos resplandecían bajo el crepúsculo, con sus altísimas columnas besadas por los últimos rescoldos de la luz diurna. Algunos templos estaban atestados de hombres solemnes y barbudos, cuyas voces se elevaban y descendían en rítmicos cánticos, mientras que otros albergaban grupos de mujeres veladas, cuyas plegarias susurradas se entrelazaban como una suave melodía en el aire sagrado.

Esa misma tarde, la ciudad se transformó en un festín sensorial. El cálido aroma a levadura del pan ácimo recién horneado se mezclaba con el rico y terroso aroma de las especias y los aceites perfumados y se extendía por los bulliciosos patios. Las familias se reunían bajo el cielo abierto y sus risas y canciones se esparcían por las calles al comenzar la gran fiesta, una celebración de la fe y la libertad que se prolongó durante siete

noches de reverencia, narración de historias y alegre abandono.

Desde las humildes aldeas de Nazaret hasta los rincones más remotos de Judea, los peregrinos habían acudido, con los corazones encendidos por el espíritu de devoción y festividad, bailando bajo las estrellas mientras la fiesta sagrada los unía en un vínculo inquebrantable de fe y tradición.

El último día de la fiesta, cuando despuntó la primera luz de la mañana y las familias emprendieron el regreso a casa, las calles, antes abarrotadas, se fueron vaciando poco a poco. En medio de la multitud, los ojos de José recorrieron el familiar grupo de piedras y el gran árbol que había sido el punto de encuentro acordado. Buscó ansiosamente a María y a su hijo, Jesús. De repente, la mirada preocupada de María se cruzó con la suya, pero estaba sola y Jesús no estaba a la vista. En un arrebato de preocupación, se movieron entre la multitud restante, preguntando a cada transeúnte si habían visto a su hijo.

"¿Has visto a Jesús?" preguntó María a una mujer cercana con suave urgencia.

"Pues sí, es muy guapo, María. ¿Disfrutó del banquete?", respondió la mujer con calidez.

"Sí, estoy seguro de que lo hizo. Quiero decir, desde que nos fuimos, ¿lo habéis visto vosotros o vuestras familias?". María presionó.

La mujer negó con la cabeza: "No, desde el otro día".

José pasó de un grupo a otro, con los ojos fijos en la multitud y luego en el árbol familiar, con la esperanza desesperada de que el niño apareciera de repente. Por fin vio a María, de pie junto al árbol, con el rostro marcado por la preocupación. Corriendo a su lado, exclamó: "No está por ninguna parte. Creía que estaba contigo. Perdóname, de verdad creía que estaba contigo".

María respondió en voz baja: "Y yo que pensaba que estaba contigo. Debemos volver a Jerusalén enseguida". Con el corazón oprimido, pero decididos, los dos se abrieron

paso a toda prisa entre la multitud que se alejaba hacia la ciudad.

Mientras tanto, en Jerusalén, se desarrollaba una escena sorprendente en las calles atestadas de gente. Jesús, ya un niño de doce años fue visto pidiendo limosna. Se acercó a una mujer compasiva que, conmovida por su aspecto humilde, le ofreció una pequeña porción de lo que tenía. Con cuidado, guardó el modesto regalo en su mochila y siguió adelante, pidiendo ayuda a varios otros. Sin embargo, ni comió ni se adornó con nada de lo que le ofrecieron. Al atardecer, el muchacho se dirigió hacia la parte de la ciudad donde se reunían los sintecho. Allí, con tranquila dignidad, vació las limosnas que había recogido y las repartió generosamente entre los necesitados.

Más tarde, cuando el crepúsculo se convertía en una noche sombría, José y María regresaron a la ciudad, cada uno atenazado por la ansiedad. Decidieron separarse, desesperados por encontrar a su hijo desaparecido. En un momento de silenciosa

desesperación, María cayó de rodillas en un rincón apartado y levantó el rostro al cielo. *"¿Por qué está oculto a mi corazón? Hasta este momento, siempre le he visto, incluso cuando no estaba a mi vista. Compañeros celestiales conducidme hasta él. Muéstrenme el camino, para que pueda correr hacia él y ser aliviada de esta pena"*, rezó fervientemente. Aunque aquella noche no tuvo ninguna visión, el dolor de sus ojos era tan claro como las estrellas. Con un suspiro tembloroso, se levantó de sus rodillas y comenzó a moverse rápidamente en la dirección que le indicaba su intuición.

Al amanecer de la mañana siguiente, cuando los primeros rayos del sol empezaban a ahuyentar la oscuridad, José y María reanudaron su frenética búsqueda. En las calles atestadas de gente, María detuvo a una mujer y le describió a su hijo desaparecido, ella respondió rápidamente. *"Sí, un niño con esas pintas se me acercó ayer pidiendo limosna, añadiendo suavemente. Le di un poco, un niño tan bondadoso en su necesidad me llega al corazón"*.

Mientras José y María continuaban su búsqueda, la gente confirmaba que muchos habían visto a Jesús. Una vez más, lo vieron pidiendo limosna a la gente, recogiendo lo poco que recibía y, con serena determinación, dándolo. Por la tarde, se le vio en el interior de un modesto hospital para indigentes, donde se movía entre los afligidos, imponiendo sus pequeñas manos sobre los que sufrían, ofreciendo consuelo y, en sutiles milagros, provocando curaciones y suaves recuperaciones.

Durante tres largos días, José y María recorrieron la ciudad sin descanso, sin comer ni dormir. María, angustiada, llegó a pensar que Jesús se había refugiado en la cueva de la Natividad, pero los ángeles le aseguraron que no estaba lejos. Incluso se preguntó si estaría vagando con Juan por el desierto, pero una vez más los mensajeros celestiales negaron esta idea. A pesar de todo, la santísima Reina sufrió como cualquier madre: sus lágrimas fluían libremente, pero nunca permitió que la ira o la amargura oscurecieran su espíritu.

Al tercer día, en los amplios y resonantes salones de un gran templo, se desarrolló una escena asombrosa. Jesús se encontraba entre los sabios que debatían las profecías del Mesías venidero. Con tranquila confianza, dio un paso al frente y se unió a su círculo. Uno a uno, los sabios, junto con muchos padres reunidos para ayudar en la búsqueda, volvieron sus atentos rostros hacia él. Asombrados, se sentaron a su alrededor, escuchando atentamente las ideas y los suaves argumentos de este joven sabio. María y José, habiendo localizado por fin la reunión, entraron en el templo y observaron su discusión final con los ancianos. En medio de la asamblea, María se adelantó, con voz llena de dolor y amor, y dijo: *"Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando con el corazón encogido"*.

Jesús, tranquilo pero firme, respondió: *"¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía estar haciendo la obra de Mi Padre?"*.

María habló en voz baja, con el corazón cargado de emoción. *"Déjame expresar mi pena, hijo mío, para que mi corazón no se*

rompa por el dolor mientras aún tenga un propósito en servirte".

Jesús miró a su madre con profundo amor, ofreciéndole consuelo con su presencia. Hasta que llegó el momento de su gran misión, permaneció a su lado, guiándola y acompañándola.

Con sus corazones reunidos, la Sagrada Familia partió hacia Nazaret. El joven Jesús, lleno de humildad y obediencia, honró a sus padres de una manera que hasta los ángeles se maravillaron. María, bendita sin medida, era tan pura y virtuosa que el Hijo de Dios se puso voluntariamente bajo su cuidado. Con la guía de José, lo crió como si fuera suyo, guiándolo con sabiduría y amor. Esforzándose siempre por reflejar Su bondad, su profunda santidad tocó el corazón de Cristo, uniéndolos en un amor inquebrantable.

Así, en medio del antiguo esplendor de Jerusalén, donde la fe y la fiesta llenaban el aire, la Sagrada Familia experimentó tanto la alegría como la tristeza, un viaje marcado por la esperanza, la pérdida y la sabiduría divina.

Su historia, grabada en los muros sagrados del templo, perduraría en los corazones de todos los que un día la escucharan.

CAPÍTULO VEINTIUNO JESÚS DE ADOLESCENTE A HOMBRE

En la humilde ciudad de Nazaret, el tiempo transcurría a ritmos suaves e inconfundibles, marcados por el crecimiento de Jesús y la tranquila transformación de su familia. En aquellos primeros años, el taller resonaba con el sonido de sierras y martillos, mientras Jesús y José trabajaban codo con codo en diversos proyectos de carpintería. Bajo la atenta dirección de José, el niño aprendió el arte de dar forma a la madera, y sus pequeñas manos se volvieron seguras y firmes mientras trabajaba con su padre en la fabricación de sencillos objetos domésticos. Había días en que Jesús transportaba grandes y pesados recipientes de agua desde las fuentes públicas hasta su modesta casa, una tarea que no sólo le fortalecía, sino que también le inculcaba la disciplina del servicio y la dignidad del trabajo duro.

Al atardecer, María y Jesús solían pasear por la orilla del río cercano. En el suave resplandor de la puesta de sol, el agua brillaba como oro líquido, y la pareja hablaba en susurros tranquilos - una comunión silenciosa e íntima que parecía pasar entre ellos tanto como a través del suave juego de la luz. En casa, la familia se reunía para comer, y la modesta mesa era un lugar donde el amor y la conversación se entremezclaban con la risa y la gratitud silenciosa. En los momentos más tranquilos, cuando las palabras escaseaban, un sutil resplandor pasaba entre María y su hijo: una luz suave y brillante que hablaba de comunión divina, una transmisión silenciosa de esperanza y comprensión.

En la quietud de sus espacios privados, tanto Jesús como María buscaban consuelo en la oración. En su habitación, el joven Jesús yacía a veces postrado en el suelo, con el cuerpo dispuesto en una postura que recordaba a la Cruz. En una devoción paralela, María también se arrodillaba en su propia habitación, con sus silenciosas súplicas llenas de amor

maternal y de una fe permanente en el misterio de la vida.

Con el paso de los años, Jesús se convirtió en un hombre joven, sus rasgos que antes eran infantiles se afilaron en la tranquila fuerza de la edad adulta. Su piel aceitunada, bronceada por el sol de Judea, llevaba la marca de los días de trabajo, mientras que su cabello oscuro y ondulado enmarcaba un rostro a la vez amable y resuelto. Sus ojos, profundos y sabios, reflejaban una tranquila intensidad y una sabiduría muy superior a su edad.

Cada día, sus manos, callosas pero firmes, daban forma a la madera con destreza y determinación, moldeadas por el oficio de su padre terrenal. La fuerza de su cuerpo no era mera potencia, sino resistencia, el resultado natural de un trabajo que exigía paciencia y precisión. Aunque se movía con la tranquila confianza de un artesano, había algo en él que no se podía expresar, pero que era innegable: una presencia que atraía a los demás, una serena seguridad que dejaba entrever un propósito mayor.

Con cada estación que pasaba, el peso de la sabiduría divina se asentaba sobre él, emergiendo no en grandes gestos sino en la suave gracia de sus acciones y la profundidad de sus pensamientos. Trabajaba, aprendía y reflexionaba, y su espíritu se fortalecía cada vez más a medida que se preparaba para el camino que tenía por delante.

José, mientras tanto, empezó a mostrar los inevitables signos de la edad. Antes vigoroso e incansable, ahora se esforzaba en tareas que durante mucho tiempo habían sido naturales para él. Una tarde, mientras intentaba levantar un pesado trozo de madera, sus manos temblaban de cansancio. Al ver que su padre vacilaba, Jesús intervino de inmediato, aliviando la carga al quitar el peso de los debilitados brazos de José y guiándole hasta un taburete cercano. Aunque José todavía se unía ocasionalmente a su hijo en el trabajo de carpintería que había definido su vida, más a menudo se sentaba y miraba, sus ojos brillando de orgullo al ver en Jesús la continuación de un oficio sagrado y un legado de amor.

El tiempo continuó su marcha constante hasta que Jesús alcanzó la edad de veinticinco años, un joven que ahora llevaba la marca de la madurez, tanto en su presencia física como en las profundidades reflexivas de su espíritu. Por el contrario, José, el firme pilar de la familia, estaba a punto de morir; su estructura, antes robusta, era frágil y menguada, pues los años habían dejado en él su huella silenciosa. María, de cuarenta y un años, seguía siendo el corazón radiante de la familia. Desde su florecimiento juvenil a la edad de treinta y tres años, se había comportado con una belleza y una gracia perdurables que parecían casi eternas, un testimonio luminoso de la fuerza y el amor de una madre.

Así, en la tranquila cadencia de la vida cotidiana en Nazaret, desde el zumbido del taller y el suave murmullo del río hasta las sentidas oraciones compartidas en soledad, el paso del tiempo tejió un tapiz de crecimiento, perseverancia y tranquila transformación. Los días de la Sagrada Familia, llenos de trabajo, amor y pérdida, dieron testimonio de un legado

que un día resonaría más allá de las estrechas calles de su pequeña ciudad, anunciando la promesa de la redención y el poder duradero de la fe.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LA MUERTE DE JOSÉ

En la tranquila quietud de la alcoba de José, mientras el crepúsculo se convertía en noche solemne, María y su hijo Jesús permanecieron juntos en un momento cargado de presciencia y tierna tristeza. Los ojos de María, llenos de dolor y de firme fe, se posaron en su amado esposo y padre terrenal, José, cuya vida se acercaba a su hora final. Con voz temblorosa de amor y resignación, se dirigió a Jesús en voz baja:

"Veo que se acerca el momento del fallecimiento de José, tal como Tú lo has planeado para Tu siervo. Que su muerte te sea tan preciosa como su vida, pues fue mi esposo y el padre terrenal que Tú elegiste honrar."

Jesús, en los momentos tranquilos de la pérdida inminente, respondió con suave seguridad: *"Yo le asistiré y le asignaré un lugar entre los príncipes de mi pueblo, tan exaltado que llegará a ser la admiración de los ángeles"*

y hará que todos los hombres prorrumpán en las más altas alabanzas." Sus palabras, tranquilas pero llenas de promesa divina, parecían tender un puente entre la pena mortal y la esperanza celestial.

Durante varios largos y conmovedores días, María y Jesús permanecieron a su lado, cuidándole con ternura. La recámara, tenuemente iluminada por una única vela parpadeante, fue testigo silencioso de las oraciones susurradas y del suave murmullo de la despedida. José, frágil pero digno, sacó fuerzas para pronunciar sus últimas palabras.

"Bendita Tú eres entre todas las mujeres y la elegida de todas las criaturas. Que ángeles y hombres de todas las generaciones vengan a alabar y exaltar Tu dignidad. Espero contemplar Tu glorioso semblante en la patria celestial".

María, con lágrimas en los ojos, le cogió la mano con ternura y se la besó como para sellar el vínculo de por vida. Luego, retrocediendo con dolor y decisión, dejó que Jesús se acercara. Con una profunda mezcla de amor y

deber filial, Jesús estrechó entre sus brazos a su debilitado padre. Cuando José reclinó la cabeza, sus miradas se cruzaron, y una silenciosa conversación de gratitud, esperanza y despedida pasó entre ellos.

La voz de José era débil, cada palabra llena de profunda reverencia. *"Perdona y bendice a Tu siervo, obra de Tus manos. Te alabo y te doy gracias eternamente por haberme elegido para ser el esposo de Tu Madre. Que Tu grandeza y gloria sean mi eterna gratitud"*.

Su voz, impregnada de un éxtasis silencioso, parecía resonar en la pequeña habitación mientras se entregaba a lo inevitable.

Conmovido más allá de toda medida, Jesús habló con una claridad que resonaba tanto de amor mortal como de autoridad divina: *"Padre mío, descansa en paz y en la gracia de nuestro Padre eterno y mío; y a los Profetas y Santos que te esperan en el limbo, llévalos la alegre noticia de la proximidad de su redención."* Al oír estas palabras sagradas, todo el ser de José se vio de repente envuelto en una luz magnífica

y radiante. Su rostro, antes marcado con las líneas del trabajo terrenal y del tierno amor, brillaba ahora con un éxtasis que trascendía el dolor mortal. En aquel esplendor cegador, el espíritu de José partió, dejando tras de sí un silencio tan profundo como hermoso. Jesús, con suave cuidado, cerró los ojos de su padre y apretó un suave beso en sus labios, mientras las lágrimas - silenciosas e incesantes, fluían libremente tanto de los ojos de María como de los suyos.

Así transcurrió la vida terrenal de José y, en los años siguientes, un cambio profundo y transformador se asentó sobre Nazaret. Durante los seis años restantes, María y Jesús siguieron un ritmo tranquilo de vida cotidiana, cada día una oración, cada momento un acto de recuerdo. Su hogar, aunque tocado por el dolor de la pérdida, brillaba con la luz perdurable de la fe y la sutil seguridad de la promesa divina.

Más tarde, en un humilde aposento, Jesús se arrodilló ante María para orar. Con los brazos extendidos en señal de la Cruz, alzó la voz en una sentida súplica:

"¡Oh bendita Cruz! ¿Cuándo tus brazos estrecharán los míos? ¿Cuándo descansaré sobre ti, mis manos clavadas, abiertas para abrazar a todos los pecadores? Venid, hijos de Adán, que a todos os llamo. Yo soy el camino, la verdad y la vida, y no rechazaré a nadie que me busque. Padre mío eterno, éstas son las obras de tus manos; no las rechaces. Me ofreceré como sacrificio en la Cruz para devolverles la justicia y la libertad. Si están dispuestos, los conduciré a Tu reino celestial, donde Tu nombre será glorificado".

Mientras Jesús rezaba, María lo observaba con un corazón a la vez orgulloso y dolorido. En su rostro comenzaron a formarse de nuevo gotas de sangre, recuerdo del sacrificio y del dolor. Esta vez, María no enjugó sus lágrimas. En lugar de ello, con el dolor crudo del corazón de una madre, habló con voz suave y suplicante:

"Oh hijos de los hombres, ¿no veis cuán profundamente valora el Señor Su imagen en vosotros? ¡Ojalá pudiera unir vuestros corazones al mío, para que le amarais y le

obedecierais! Bienaventurados los que permanecen fieles a su Padre, honrados por Su diestra. Oh, Dios Eterno, ¿cómo pueden los mortales apartarse de un amor tan perfecto? ¡Ojalá pudiera dar mi vida para salvarlos de su ceguera! Deja que vuelquen su crueldad sobre mí, que me insulten y me aflijan como quieran; pero dale a mi amado Señor lo que es suyo por derecho".

Y así, en la tranquila santidad de su pequeña habitación en Nazaret, el legado de José fue llorado y exaltado. Su partida terrenal no fue un final, sino el preludio de un nuevo capítulo, un capítulo en el que su recuerdo, como una suave estrella guía, iluminaría para siempre el camino de la fe de su amada familia. María, radiante de dolor y de gracia, y Jesús, ya un hombre plenamente consciente de su destino, continuaron honrando el legado de José con cada acto de amor, cada palabra de oración y cada humilde labor en los días que se extendían hacia la eternidad.

CAPÍTULO VEINTITRÉS SU VIDA PÚBLICA SE ACERCA

En la tranquila soledad del cobertizo de madera, Jesús se sentó solo ante un banco de trabajo desgastado por años de trabajo honesto. En el interior se respiraba el aroma familiar de la madera recién cortada y el sabor a metal de sus herramientas bien usadas. Las motas de polvo bailaban bajo los rayos de sol que se filtraban por una pequeña ventana. Sus manos, firmes y decididas, trazaban suaves patrones en la veta de un trozo de cedro mientras tallaba intrincados diseños en la madera, una conversación silenciosa con el oficio y con su propio destino emergente.

En ese momento, el pesado silencio del trabajo concentrado fue roto por el suave crujido de la puerta del cobertizo. María entró, con el rostro radiante de amor maternal y de tranquilo orgullo. En sus brazos llevaba una única pieza de fruta perfectamente madura, una manzana vibrante que brillaba como una gema en la tenue luz. Con una tierna sonrisa, se

acercó a su hijo y colocó la fruta con delicadeza sobre el desgastado banco de trabajo que tenía a su lado. "*Come, hijo mío*", susurró, con una voz tan cálida y suave como la luz del sol. Por un momento, el ritmo constante de su talla se detuvo mientras miraba a los ojos de su madre, un silencioso intercambio de amor entre ellos antes de que él extendiera la mano y aceptara la ofrenda.

La escena se desvanece lentamente en los tonos dorados del atardecer, y una nueva imagen se despliega a lo largo de las orillas de un río que fluye tranquilamente. Jesús, que ahora salía de la leñera y dejaba atrás el familiar olor a aserrín, caminaba solo por la orilla del agua. Sus pasos seguían un camino suave y serpenteante junto a la brillante corriente. Sumido en sus pensamientos, caminaba lentamente, midiendo cada paso como si reflexionara sobre los misterios de la vida. Finalmente, llegó a un venerable y viejo árbol que se erguía en silenciosa soledad. Apoyó su peso en la áspera corteza y se permitió un momento de reflexión. El suave

murmullo del agua y el susurro de las hojas sobre su cabeza crearon una pacífica sinfonía, y en esa tranquila pausa, sus ojos se cerraron mientras profundizaba en su mundo interior, una meditación sobre la esperanza, el deber y el destino que le aguardaba.

Más tarde, en el acogedor abrazo de su humilde hogar, María y Jesús se reunieron en torno a una sencilla mesa de madera. La habitación estaba suavemente iluminada por el suave resplandor de las lámparas de aceite, cuya luz bailaba sobre las desgastadas superficies y proyectaba largas y reconfortantes sombras. Se había preparado con esmero una modesta comida, un humilde surtido de pan, verduras frescas y un pequeño plato de lentejas estofadas. Mientras compartían la comida, había una tranquila intimidad en su conversación. María escuchaba con tierna atención mientras su hijo relataba los pensamientos que habían cruzado su mente junto al río; sus palabras, llenas de asombro y del sutil peso del propósito divino, se mezclaban con los suaves murmullos de aliento

y reflexión de ella. Entre mordiscos y sonrisas compartidas, pasó entre ellos una conexión silenciosa y luminosa, una comunión tácita que hablaba de amor, aprendizaje y el desarrollo de un plan superior.

La narración de sus días continuó expandiéndose más allá de los confines de su hogar. En una habitación modesta y abarrotada de una pequeña clínica de pueblo, María y Jesús se vieron juntos una vez más, esta vez al servicio de los demás. Se movían en silencio entre los enfermos, ofreciéndoles suaves cuidados y palabras compasivas. María, con su toque sanador y su cálida presencia, aliviaba a los afligidos, y Jesús, con sus ojos brillantes de empatía y su serena autoridad, ayudaba a curar y vendar heridas y a consolar a los enfermos. Sus esfuerzos combinados llenaron el humilde espacio de esperanza, mientras vecinos y extraños encontraban consuelo en su bondad. El suave murmullo de sus oraciones y las tiernas atenciones que ofrecían eran testimonio del perdurable espíritu de amor y servicio que siempre había definido sus vidas.

Así, desde el solitario trabajo de tallar en la leñera hasta los reflexivos paseos junto al río, y desde compartir una sencilla comida hasta atender a los enfermos de la aldea, el paso del tiempo en Nazaret estuvo marcado por momentos de sosegada gracia y profundo significado.

CAPÍTULO VEINTICUATRO EL SACRIFICIO DE UNA MADRE

En la tranquila soledad de su habitación privada, María se arrodilló en oración seria, su rostro iluminado por el suave resplandor de una sola vela. La habitación estaba en silencio, el único sonido era el latido constante de su corazón y el suave susurro de sus vestidos. De repente, en medio de su devoción, una voz tan clara y dominante como el amanecer llenó el aire:

"María, Hija mía y Esposa mía, ofrécame en sacrificio a tu Hijo unigénito".

En ese momento, los ojos de María se abrieron de golpe, con un dolor intenso, no sólo carnal, sino también profundo, desgarrador. En un instante, se inundó de recuerdos y visiones: vio, como ante sus propios ojos, la solemne presentación de su recién nacido en el templo, la visión del sacerdote Simeón levantando a su precioso hijo, y la inquietante visión de su hijo

en la Cruz. Estas imágenes, a la vez bellas y angustiosas, convergían en su corazón.

Con voz temblorosa y ojos llenos de lágrimas, María respondió: "*¿Qué puedo ofrecerte, Altísimo, que no sea ya tuyo? Reconozco, Rey mío, que Tú lo formaste en mi seno y me concediste el honor de traerlo al mundo, de amamantarlo y protegerlo de las inclemencias de la vida. De Él he recibido bendiciones inconmensurables: Él es la fuerza de mi fuerza, la esencia de mi alma, la alegría misma de mi existencia.*

Entregar a mi Hijo para satisfacer las exigencias de sus crueles enemigos es el mayor sacrificio, un dolor indescriptible. Sin embargo, que no sea mi voluntad, sino la Tuya. Que la humanidad sea redimida, que Tu amor sin límites sea revelado, y que Tu nombre sea glorificado entre toda la creación. Ante todo, lo pongo en Tus manos, para que pague la deuda no suya, sino de los hijos de Adán, y para que en Su muerte cumpla todo lo que los santos profetas, inspirados por Ti, han predicho."

Siguió un profundo silencio, como si el aire mismo esperara la respuesta de Dios. Entonces volvió la voz, suave pero poderosa:

"Tu sacrificio es el más grande y aceptable que se ha dado y recibido desde la creación; y ninguno, excepto el de Nuestro Hijo, será jamás conocido hasta el fin de los tiempos. Por esto, amada mía, serás recompensada".

En aquel mismo instante, como en respuesta al anuncio divino, un vasto globo de luz resplandeciente apareció ante la desconsolada María. El resplandor creció, envolviéndola en su calidez y claridad, y en él se desplegó una visión, un atisbo de un futuro tan lejano y, sin embargo, tan cierto. Ante sus ojos, vio una Tierra renovada, reclamada y transformada por mandato de Dios: las aguas cristalinas fluían libremente, y la tierra estaba deshabitada por el dolor. Los animales vagaban en alegre abundancia y los pájaros volaban en cielos azules y despejados. A medida que la visión se acercaba, María percibió miles y miles de niños -de todas las formas, tamaños y colores- vestidos con túnicas claras y pálidas de

diversas tonalidades. Entre ellos se movían adultos, jóvenes y ancianos, todos unidos en su felicidad. Las suaves risas de los niños llenaban el aire mientras rodeaban a una figura vestida de blanco brillante, cuya sola presencia emitía una luz resplandeciente y trascendente. Formando un gran círculo de vida y unidad, ejemplificaban la paz y el amor. Entonces, como reconociendo su mirada, la figura central levantó la cabeza, miró directamente a María y sonrió, una sonrisa que era inconfundiblemente la sonrisa amable y amorosa de su precioso hijo, Jesús.

La visión, aunque breve, tocó profundamente el corazón de María, aliviando su dolor abrumador con una medida de paz divina. Su postura herida se enderezó ligeramente y cerró los ojos durante un largo y silencioso instante, absorbiendo la promesa de redención y la futura alegría que le aguardaba.

Más tarde, el día se había vuelto sombrío al acercarse la hora de la despedida. A la tenue luz del atardecer, Jesús, ahora un hombre de gentil resolución, estaba de pie ante María. Sus ojos,

llenos de serena determinación y compasión, se encontraron con los de ella. Habló suavemente:

"Nuestro tiempo de descanso ha terminado. Debo dejar tu presencia amorosa y comenzar la obra de la redención del hombre, la misión que tú pusiste en marcha. Aunque ahora recorro este camino solo, siempre contaré contigo como compañera y ayudante en la preparación de mi Pasión y Muerte en la Cruz. Mi bendición, mi amor y mi protección permanecerán contigo hasta mi regreso".

Con estas solemnes palabras, Jesús se adelantó y abrazó a su madre. María, abrumada por el dolor y el orgullo, cayó de rodillas ante Él. Su voz, temblorosa pero decidida, rompió el silencio:

"Señor mío, Tú eres verdaderamente mi Hijo. Consideraría mi propia vida como nada si pudiera salvar la Tuya; la entregaría una y otra vez por Ti. Sin embargo, ofrezco voluntariamente a mi Hijo como sacrificio para el cumplimiento de Tu voluntad. Con un corazón a la vez alegre y dolorido, te pido que

me permitas participar en Tu obra y en la carga de Tu Cruz."

En aquel conmovedor momento, María le presentó una bolsa que había preparado con mucho cariño. Pero Jesús, en un gesto tierno pero decidido, sacudió la cabeza y no la cogió. Tenía por delante su camino y, aunque apreciaba la presencia de su madre, sabía que había llegado el momento de partir. Con un último abrazo, Jesús salió de la casa. Cuando la puerta se cerró suavemente tras Él, María se apoyó en ella, su rostro era un retrato de dolor sincero, las lágrimas corrían silenciosamente por sus mejillas.

En la tranquila santidad de la habitación de María, donde el dolor divino se encontró con el humano, se ofreció el sacrificio de una madre con tanto dolor como fe inquebrantable.

CAPÍTULO VEINTICINCO EL BAUTISMO DE JESÚS

A lo largo de las resplandecientes orillas del río Jordán, la luz de la madrugada bailaba sobre las suaves ondas mientras Juan el Bautista celebraba el sagrado rito del bautismo. Vestido con un áspero manto y exudando una gracia ferviente y salvaje, Juan sumergió las manos en el agua fresca y corriente y ungió cuidadosamente a Jesús con una solemne bendición. El sonido del agua se mezcló con suaves murmullos de oración, y cuando el ritual alcanzó su profundo clímax, ocurrió algo milagroso.

En aquel momento silencioso y sagrado, un rayo de luz brillante descendió de los cielos. El rayo radiante tomó la graciosa forma de una paloma, que planeaba serenamente sobre la cabeza de Jesús, símbolo divino de la paz y del Espíritu Santo. La presencia luminosa de la paloma bañó la escena de un esplendor etéreo, signo inequívoco del favor de Dios y del cumplimiento de una antigua profecía. Todos

los espectadores debieron de sentir sobrecogimiento en aquel momento, pues la naturaleza misma parecía dar testimonio de la santidad del acontecimiento.

A kilómetros de distancia, en las calles de Nazaret, bañadas por el sol, María se encontraba sumida en un ensueño. En aquel mismo instante, su mente se vio agraciada con la vívida imagen de aquel acontecimiento divino, el rayo de luz, la graciosa paloma descendiendo sobre su Hijo. En su corazón, la alegría brotó como una flor. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, suavizando cada rasgo con un radiante orgullo maternal. Un suspiro profundo y satisfecho escapó de sus labios, como si el peso del mundo se hubiera disipado con la certeza de la presencia de Dios. Caminaba por el polvoriento sendero con paso ligero y animado, con una jarra de agua de la fuente del pueblo entre los brazos, un recuerdo sencillo pero preciado de la gracia esencial de la vida.

En ese instante, el mundo de Nazaret pareció transformarse: la belleza sagrada del

bautismo en el río Jordán y la respuesta tierna y gozosa de una madre se entrelazaron en un momento único e intemporal. La visión interior de María, llena de esperanza y afirmación divina, resonó con el lenguaje sencillo y tácito del amor y la fe. Fue como si, en ese momento, el mismo cielo le sonriera y bendijera su camino, asegurándole que la luz de Dios la guiaría siempre a ella y a su Hijo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LA TENTACIÓN DE JESÚS

Bajo el sol abrasador, en la interminable y desolada extensión del desierto, Jesús caminaba solo, con su silueta descarnada sobre las arenas doradas. Cada paso se clavaba en la tierra con serena determinación, el peso de su misión descansaba sobre sus hombros. El desierto se extendía infinitamente en todas direcciones, su silencio inmenso e inflexible, envolviéndole como un velo solemne. Sólo el débil crujido de los granos bajo sus pies y el suspiro del viento perturbaban la quietud.

El implacable sol proyectaba un feroz resplandor sobre su rostro, destacando la serena fuerza de sus ojos: un fuego no de sufrimiento, sino de propósito inquebrantable. Aunque el hambre roía su cuerpo, su espíritu permanecía inquebrantable. Aquí, en la soledad del desierto, donde la tierra se encontraba con el cielo en una extensión cruda e ininterrumpida,

se preparó para la prueba que se avecinaba, abrazando tanto el silencio como la lucha con una fe que no vacilaría.

Mientras tanto, en el fresco santuario del oratorio de María, una pequeña y humilde habitación llena del aroma del incienso y del silencioso murmullo de la oración, entró con la misma reverencia y solemnidad que siempre habían marcado su devoción. Al atravesar el desgastado suelo de piedra, sus ojos se encontraron con los de su Hijo, y juntos adoptaron la postura de la oración, moviéndose en armoniosa unidad, como guiados por un único espíritu divino. Fuera, el cielo del desierto era testigo del paso del tiempo: el sol salía y se ponía treinta y cinco veces, cada ciclo un testimonio silencioso de su vigilia compartida.

Entonces, en un repentino y chocante contraste con la serena disciplina de su ayuno, los cielos se oscurecieron con una presencia ominosa. Desde lo alto, Lucifer apareció ante Cristo en forma de hombre, una figura oscura y seductora que traía consigo la promesa de

delicias terrenales. Con una sonrisa burlona, Lucifer se mofó: "*Si Tú eres el Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan*". Su voz destilaba desprecio mientras ofrecía comida y bebida, tentando a Jesús a abandonar su hambre espiritual.

Jesús, inquebrantable en su resolución, respondió con calma: "*No sólo de pan vive el hombre...*". Sus palabras se interrumpieron y, en el silencio del oratorio de María, su suave voz completó el pensamiento con una reverencia que resonó en el espacio sagrado: "*...sino en toda palabra que sale de la boca de Dios*". En ese momento, Madre e Hijo reafirmaron su compromiso con la verdad divina, y sus voces unidas se opusieron a la oscuridad.

Con el paso del tiempo, María tuvo una poderosa visión: un atisbo de la próxima batalla entre su Hijo y las fuerzas del mal. En ella, vio a Jesús dejándose llevar por Lucifer y sus demonios hasta Jerusalén. Allí, lo colocaron en el punto más alto del templo, preparando el

escenario para una gran confrontación espiritual.

En medio de la confusión, las voces de Jesús y María se alzaron unidas: *"Padre, me enfrento al enemigo para quebrantar su poder y humillar su orgullo, por el bien de las almas que amo"*. Sus palabras, llenas de fuerza y de amor, resonaron como un himno sagrado, anunciando la batalla que estaba a punto de desencadenarse.

En la dura luz del desierto, tan rápidamente como había sido llevado al templo, Jesús fue transportado por Lucifer y sus demonios a la cima de un alto monte. La lucha era palpable: las fuerzas de las tinieblas luchaban por afirmar su dominio, pero en medio del tumulto, Lucifer siseó: *"Todas estas tierras te daré, si te postras y me adoras"*. En ese momento, la voz firme de María se alzó, clara e inflexible: *"No podéis dar lo que sólo Dios ha creado"*. El sonido de su proclamación sobresaltó a Lucifer, atravesando el clamor de las fuerzas malévolas.

Con autoridad y claridad, Jesús declaró entonces: *"Vete, Satanás, porque escrito"*

está...". A la vez, al unísono perfecto, María y Jesús proclamaron: "*¡Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a Él servirás!*". Sus voces, decididas y triunfantes, reverberaron por toda la árida cima de la montaña. En ese instante, el poder de su fe resultó irresistible. Lucifer y sus demonios fueron arrojados a los más profundos abismos del Infierno, sus oscuras formas aplastadas y enterradas en las inflexibles cavernas, inmóviles durante tres largos y silenciosos días.

Cuando el polvo de la batalla se asentó, la escena se desvaneció en la cálida y pacífica luz del oratorio de María. Allí, en la calma posterior a la victoria, María comenzó a componer himnos de alabanza y gloria, su pluma bailando sobre el pergamino mientras registraba el triunfo de su Hijo sobre las fuerzas de la oscuridad. En un santuario cercano, Jesús se unió a una multitud de ángeles para entonar cánticos triunfales, melodías de esperanza y liberación que ascendían a los cielos, haciéndose eco de la promesa eterna que sólo lo divino podía otorgar.

Así, en la dura soledad del desierto y en la intimidad sagrada de la oración, se libró y se ganó la batalla entre la luz y las tinieblas. En la unidad de sus corazones y la fuerza de su fe, María y Jesús demostraron que ninguna fuerza podía prevalecer contra el amor perdurable de Dios, una verdad que resonaría por toda la eternidad.

CAPÍTULO VEINTISIETE

LOS DISCÍPULOS DE CRISTO

La reunión de los discípulos comenzó una mañana luminosa junto al río Jordán, donde Jesús regresó y fue recibido por Juan el Bautista. De pie a la orilla del agua, Juan estaba ocupado bautizando a una multitud de almas fieles cuando sus ojos se alzaron y, allá a lo lejos, vio a Jesús que se acercaba. Con asombro y fervor, Juan proclamó: "*He aquí el Cordero de Dios; he aquí al que quita los pecados del mundo*". Cuando Jesús se acercó y pasó de largo, un pequeño grupo de hombres, atraídos por el magnetismo de su presencia, comenzó a seguirle, caminando en formación silenciosa y decidida detrás y al lado de su nuevo Maestro.

Comenzó con Juan, su hermano Santiago y Andrés, seguidos por Simón Pedro y Felipe, y luego Natanael, entre otros. Estos primeros seguidores, llenos de un profundo anhelo, imploraron al Señor el honor de conocer a Su Madre. En su corazón, la Santísima Virgen, consciente ya de este encuentro predestinado,

comenzó a preparar su casa para la llegada de los huéspedes, disponiendo espacios y recogiendo lo poco que tenía para ofrecer en hospitalidad.

En el humilde interior de su casa, María se afanaba en los preparativos. Preparó con ternura la comida y dispuso sencillos catres para los huéspedes que pronto llegarían. Cuando por fin se acercó el grupo, María abrió la puerta con una amable sonrisa y una tranquila dignidad. Cuando los hombres entraron, con la voz baja por la reverencia, María cayó de rodillas ante Jesús y le besó la mano, en un gesto de profunda humildad y amor. Jesús, a su vez, la tomó de la mano y la ayudó a levantarse, como para recordarle que, incluso en su propio servicio, Ella era Su constante compañía y fortaleza. Porque cuando la humilde y bendita Reina servía a su Hijo, demostraba la mayor reverencia, enseñando a los Apóstoles reunidos la Majestad de su Maestro y Redentor, e instruyéndoles en las grandes doctrinas de la fe cristiana.

CAPÍTULO VEINTIOCHO LOS MILAGROS PÚBLICOS DE CRISTO

Los milagros públicos tan destinados, serían la perdición de nuestro amado Cristo. Esto es lo que llamó la atención de los que pedirían su muerte

Las bodas de Caná fueron una ocasión de alegría, una celebración de amor y unidad, a la que asistieron familiares, amigos y la gente del pueblo. Entre los invitados estaban Jesús, su madre María y sus discípulos.

Durante los festejos, surgió un problema que amenazaba con avergonzar a los anfitriones: se había acabado el vino. Al darse cuenta del apuro, María se acercó a Jesús con una petición callada pero urgente, diciendo: "*No tienen más vino*". Jesús respondió: "*Mujer, ¿por qué me interpeles? Todavía no ha llegado mi hora*". Sin embargo, María, con una fe inquebrantable en su Hijo, se volvió hacia los

servientes y les ordenó: *"Haced lo que Él os diga."*

Jesús ordenó entonces a los sirvientes que llenaran de agua seis tinajas de piedra, cada una con capacidad de veinte a treinta galones. Una vez hecho esto, les dijo: *"Sacad ahora un poco y llevadlo al dueño del banquete"*. Los sirvientes obedecieron, y cuando el dueño del banquete probó lo que habían sacado, quedó asombrado. El agua se había convertido en el mejor vino.

Ajeno al milagro que acababa de producirse, el maestro del banquete llamó al novio y le comentó: *"Todos sacan primero el vino selecto y luego el más barato cuando los invitados ya han bebido demasiado, pero tú has guardado el mejor hasta ahora."*

Las bodas de Caná son un testamento de la abundante gracia y provisión de Cristo, demostrando que Él transforma lo ordinario en extraordinario a través de su divina presencia.

Un día, mientras Jesús se alejaba de la ciudad, una gran multitud siguió a Jesús

cuando salía de la ciudad. Le habían visto curar enfermos y escuchar sus palabras de verdad y gracia, y querían oír más. Su sed de enseñanzas les llevó a un lugar apartado, cerca del mar de Galilea. Al ponerse el sol, más de cinco mil hombres, mujeres y niños se dieron cuenta de que no tenían nada que comer.

Al ver esto, Jesús, lleno de compasión, se volvió a su discípulo Felipe y le preguntó: "*¿Dónde podemos comprar pan para esta gente?*". Felipe, mirando a la inmensa multitud, se sintió abrumado. "*Ni siquiera el salario de ocho meses bastaría para que cada uno tuviera un poco*", respondió. Entonces Andrés, otro discípulo, tomó la palabra vacilante. "*Aquí hay un muchacho con cinco panes de cebada y dos pececillos, pero ¿qué es eso para tantos?*".

Jesús sonrió y dijo: "*Que se siente la gente*". Los discípulos acomodaron a la multitud en la ladera cubierta de hierba. Entonces, Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo y dio gracias. Partió el pan y los peces y se los dio a sus discípulos para que los repartieran.

Al pasar la comida de una persona a otra, se produjo un milagro: el pan y el pescado nunca se acababan. No importaba cuántas manos se extendieran, siempre había más para dar. La gente comió hasta saciarse. Cuando todos hubieron terminado, Jesús dijo a sus discípulos: *"Recoged las sobras para que no se desperdicie nada"*. Recogieron doce cestos con las sobras de pan y pescado.

La multitud estaba asombrada y murmuraba entre sí: *"¡Seguramente éste es el Profeta que se había prometido que vendría!"*.

Este milagro fue algo más que alimentar a los hambrientos: fue un signo del poder de Jesús para proveer, multiplicar y sostener. Tomó una pequeña ofrenda y la convirtió en un festín abundante, del mismo modo que más tarde se ofrecería a sí mismo como Pan de Vida para todos los que creen en Él. La alimentación de los cinco mil mostró la generosidad sin límites de Dios, que alimenta tanto el cuerpo como el alma.

La ciudad de Betania yacía tranquila bajo el sol de la tarde, sin que sus habitantes supieran

que estaba a punto de producirse un gran milagro. Lázaro, el hermano de María y Marta, llevaba cuatro días muerto, encerrado en una tumba por una pesada piedra. Las hermanas habían avisado a Jesús, con la esperanza de que llegara a tiempo para salvarlo, pero Jesús había esperado dos días más antes de emprender su viaje.

Sus discípulos estaban confusos por el retraso. *"Señor, si está enfermo, ¿no deberíamos ir a verle?"*, le preguntaron.

Jesús respondió: *"Esta enfermedad no acabará en muerte, sino que glorificará a Dios. Lázaro se ha dormido y debo despertarlo"*.

Los discípulos, que seguían sin comprender, dudaron hasta que Jesús les dijo claramente: *"Lázaro ha muerto. Y por vosotros, me alegro de no haber estado allí, para que creáis. Vamos a verle"*.

Cuando llegaron a Betania, el pueblo estaba de luto. Amigos y familiares se habían reunido para consolar a María y Marta, que estaban desconsoladas. Cuando Marta se enteró de que

Jesús había llegado, corrió a su encuentro con lágrimas en los ojos.

"Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero incluso ahora, sé que Dios te concederá lo que pidas".

Jesús la miró con profunda compasión. *"Tu hermano resucitará".*

Marta, pensando que se refería a la resurrección al final de los tiempos, asintió. *"Sé que resucitará en la resurrección".*

Jesús pronunció entonces las palabras que resonarían a través del tiempo: *"Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en Mí vivirá, aunque muera. ¿Creéis en esto?"*

A través de su dolor, Marta declaró: *"Sí, Señor, creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios".*

María se acercó pronto a Jesús, cayendo a sus pies. Su voz temblaba de dolor. *"Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto".*

Al ver el dolor de María y de los que la rodeaban, Jesús lloró.

Se dirigió a la tumba de Lázaro, donde el peso del momento flotaba en el aire. "*Quitad la piedra*", ordenó.

Marta vaciló. "*Señor, lleva muerto cuatro días. El olor será fuerte*".

Jesús le recordó suavemente: "*¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?*".

Al oír su palabra, la piedra rodó. La multitud se quedó en silencio, con el corazón palpitando de expectación. Jesús levantó los ojos al cielo.

"Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Digo esto para que los que están aquí crean que Tú me enviaste".

Entonces, con voz de autoridad divina, gritó: "*¡Lázaro, sal!*"

Un silencio se apoderó de la multitud. Entonces, de la oscuridad de la tumba, apareció Lázaro, todavía envuelto en los lienzos funerarios, y vivo.

Jadeos y gritos de asombro recorren la multitud. Algunos caen de rodillas, otros susurran asombrados.

Jesús se volvió hacia ellos y les dijo: "*Desatadle y soltadle*".

María y Marta se apresuraron a abrazar a su hermano con lágrimas en los ojos. Los murmullos de asombro se convirtieron en gritos de alabanza, pues habían presenciado un milagro sin igual.

Pero no todos se alegraron. La noticia de lo sucedido se extendió rápidamente entre los fariseos y los líderes religiosos. Su asombro se convirtió en temor y, a partir de ese momento, conspiraron para quitarle la vida a Jesús, sin saber que Él tenía poder incluso sobre la misma muerte.

CAPÍTULO VEINTINUEVE EL MINISTERIO EN CRECIMIENTO

A medida que Jesús continuaba sus enseñanzas, las multitudes crecían. Muchos le seguían no sólo por sus milagros, sino por la verdad y la gracia de sus palabras. Entre ellos había mujeres que habían sido curadas de enfermedades y liberadas de la posesión demoníaca, que reverenciaban a Jesús y a su Madre.

Una noche, María fue vista llevando pesadas vasijas al pozo del pueblo, ayudada por Pedro y Juan. Más tarde, mientras compartían una sencilla comida, María habló en voz baja, con palabras llenas de sabiduría. Los discípulos escucharon atentamente, apreciando su guía. Todos menos uno pidió consejo a Nuestra Reina y a Su Hijo.

Sí, uno de ellos luchó. Aunque Judas siguió a Jesús, su orgullo se resistió a la gracia. A pesar de la bondad especial de María y de su

Hijo, refunfuñó y trató de colocarse por encima de los demás.

Una noche, María caminaba junto a Judas, tomando suavemente sus manos entre las suyas y dándole un tierno beso. Su voz era suave y llena de amor. *"Piensa bien en tus intenciones, querido mío. Vacilarás, pero mi Hijo siempre te ofrecerá misericordia, si estás dispuesto a aceptarla"*.

Pero el corazón de Judas se endureció. Más tarde, frustrado, pidió consuelo a Jesús, arrodillándose ante Él.

Jesús le miró con dolorosa comprensión. *"¿Sabes realmente lo que buscas? No persigas honores que pueden llevarte a la perdición"*.

Judas insistió: *"Maestro, deseo servirte, pues soy más apto que los demás"*.

Y con ello, su destino quedó sellado, pues mientras muchos abrazaban la luz, su corazón se inclinaba hacia la traición.

CAPÍTULO TREINTA LA TRANSFIGURACIÓN

Antes de su Pasión, Jesús llevó a Pedro, Santiago y Juan a un monte alto. Cuando llegaron a la cima, el aire se aquietó. Ante sus ojos aparecieron dos grandes figuras: Moisés y Elías.

Entonces ocurrió algo aún más extraordinario. María misma fue llevada por los ángeles a la cima de la montaña, atraída por la llamada del cielo.

En una visión sobrecogedora, María vio a su Hijo transformarse ante sus ojos. Su rostro resplandecía como el sol, sus vestiduras se volvieron blancas y todo su ser irradiaba gloria divina. Fue una visión de su verdadera naturaleza, una revelación de que no sólo era hombre, sino Dios mismo.

Los discípulos cayeron al suelo asombrados, incapaces de contemplar el resplandor que tenían ante ellos. Y cuando el

momento se desvaneció, una voz del cielo declaró:

"Este es Mi Hijo amado. Escuchadle".

María miraba, con el corazón henchido de alegría y de dolor. Sabía que esta visión de su gloria divina era un presagio, pues antes de su victoria final, Él recorrería primero el camino del sufrimiento.

Se acercaba la hora. Los días de tranquilas enseñanzas y pequeños milagros se desvanecían. Pronto, el mundo sería testigo del mayor sacrificio de todos.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO LA ÚLTIMA CENA

La visión se desvaneció en el tierno resplandor del amanecer, y la escena se trasladó de nuevo al humilde interior de una casa de Nazaret un jueves por la mañana, el día de la Última Cena. Jesús y María estaban sentados a solas, envueltos en una solemne intimidad que era a la vez gozosa y desgarradora. Cuando María, embargada por la emoción, comenzó a caer de rodillas ante su Hijo, Jesús la detuvo suavemente, levantándola para ponerla de pie. Con voz suave y tierna, le dijo: *"Madre, ha llegado la hora señalada por mi Padre. Me envió a sufrir para salvar a los hijos perdidos de Adán. Ahora, debes ofrecermelo voluntariamente, pues esto es lo que te pido. Dame tu bendición para entrar en mi sufrimiento y muerte"*.

El dolor de María era palpable; las lágrimas corrían por su rostro y su postura denotaba un profundo y doloroso deseo de postrarse a los pies de su Hijo. Sin embargo, su apoyo firme y

compasivo la mantuvo erguida. Con voz temblorosa de dolor y de amor, respondió: *"Señor, Dios mío y Creador de todo, aunque Tú eres el Hijo de mis entrañas, yo soy tu humilde sierva. El mayor sacrificio que soporto es no poder morir contigo. Mi único consuelo es saber que Tu sufrimiento traerá la salvación a la humanidad. Sólo te pido una cosa: que sea Tu discípulo y compañera, compartiendo Tu Pasión y Tu Cruz, para que el Padre eterno acepte el sacrificio de Tu Madre junto al Tuyo"*.

Por tanto, por su petición y el beneplácito de Nuestro Señor, la Reina del Cielo se convirtió en Corredentora en la salvación de la humanidad. Y con esas sagradas palabras, el momento quedó sellado.

En una modesta habitación de Jerusalén, Jesús se sentó en el centro de sus Apóstoles. Colocó ante sí un cáliz y un plato. Luego pidió el pan ácimo y el vino, vertiendo el vino en el cáliz con solemne reverencia.

Cristo tomó en sus venerables manos el pan y el cáliz. Pidió internamente el permiso y la

cooperación del Padre Eterno, para hacerse presente en ambos bajo la forma de su cuerpo y de su sangre.

Mientras se desarrollaba esta sagrada ceremonia, los espíritus de Enoc y Elías aparecieron a la izquierda de Cristo, y su presencia fue un testimonio de la importancia divina del momento. Detrás de Jesús estaba el ángel Gabriel, con su figura radiante de luz celestial. A la derecha de su Hijo, María estaba presente, rodeada de sus ángeles, su rostro era una mezcla de dolor y profunda comprensión.

Jesús levantó los brazos, sosteniendo en alto el pan y el cáliz, con los ojos alzados hacia el cielo con expresión de majestad divina. Una luz radiante rodeó el pan y el cáliz, transformándolos por el poder de su bendición. Bajó los dones y se arrodilló profundamente, dando gracias a Dios por su favor.

María y los demás Patriarcas comprendieron que en el pan estaba Su cuerpo y en el vino Su sangre. Debido a la unión de Su alma con Su cuerpo y sangre, el Cristo vivo estaba verdaderamente presente. En aquel

momento, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo estaban unidos, y la Sagrada Eucaristía contenía la perfecta humanidad del Señor junto con la presencia de las tres Personas divinas de la Divinidad.

Jesús partió un trozo de pan, lo comió y bebió del cáliz. Rompió otro trozo y se lo dio a Gabriel, que se lo entregó a la Virgen. María lo recibió con reverencia, y fue depositado en su pecho, sobre su corazón, donde permanecería hasta la Resurrección. A continuación, Jesús dio la comunión a Enoc y Elías, que se inclinaron ante Él antes de evaporarse en la nada, con los rostros llenos de asombro y gratitud. Mientras se daba la comunión a los apóstoles y demás discípulos, Jesús pronunció las palabras sagradas:

"Tomad y comed; esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía".

Luego, tomando el cáliz, dijo,

"Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre, la sangre de la alianza nueva y eterna,

que será derramada por muchos para el perdón de los pecados".

Uno a uno, los apóstoles y discípulos recibieron la Sagrada Eucaristía, con el corazón lleno de reverencia y asombro. El peso del momento se apoderó de ellos al participar en el primer sacrificio de la nueva alianza, aunque todavía no comprendían plenamente su significado.

Cuando la tarde llegaba a su fin, Jesús y sus seguidores se levantaron y comenzaron su solemne caminata hacia el Huerto de Getsemaní, donde la noche de dolor estaba a punto de comenzar.

En el Huerto de Getsemaní, Judas se despidió de los apóstoles y se reunió con Lucifer. Aunque Lucifer apareció inicialmente en su verdadera forma, se transformó en un hombre conocido de Judas, su voz llena de una extraña inquietud. "*Judas*", dijo, su tono casi suplicante, "*te repito que creo que sus actos no son tan malvados como dicen. No puedes desear tanto la moneda ahora, ¿verdad?*".

El rostro de Judas se endureció, su voz amarga. *"Dices esto ahora, tú que me has acosado todo el tiempo. ¿Ahora, la muerte no es adecuada para Él?"*

La expresión de Lucifer se volvió ansiosa. *"Él podría liberarse cuando está encadenado. Tú y yo hemos visto sus milagros. ¿Qué pasará entonces, con ustedes que lo encadenaron?"*

Judas lo apartó de un empujón, con su resolución inquebrantable. *"¿Y tú no?"*, replicó, continuando hacia la casa del sacerdote. Lucifer, ahora revelado en su verdadera forma, desapareció ante sus ojos, su miedo era palpable.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS EL DOLOR DE MARÍA

En el cenáculo se reunieron María y las santas mujeres que habían seguido a Jesús durante casi tres años, entre ellas María Magdalena, Marta y su hermana María. En el momento en que Cristo fue entregado, María les reveló su angustia. *"Mi alma está triste -dijo con voz temblorosa-, porque mi amado Hijo está a punto de sufrir y morir, y no me está permitido sufrir y morir por sus tormentos. Rezad, amigos míos, para que no os venza la tentación"*.

María los abandonó durante breves intervalos, retirándose a sus aposentos privados. Allí lloró a solas, con un sufrimiento tan profundo que se le formaron gotas de sangre en la frente. El arcángel Gabriel se le apareció y su presencia la reconfortó. *"Anímate, Reina mía"*, le dijo con dulzura. *"Tu leal servidor Miguel está con tu amado Hijo mientras reza a solas en el jardín"*.

María asintió, con la voz llena de dolor. *"Ya lo veo, Gabriel. Como veré que pronto mi amado será entregado por medio de un beso"*.

En la casa de Anás, el sumo sacerdote, Jesús fue atado fuertemente, con cadenas puestas en sus manos por detrás. Estaba rodeado de soldados, así como de Lucifer y sus demonios, que tomaron forma humana para provocar e incitar a la multitud. Le golpearon repetidamente, con una crueldad implacable. Los sonidos de sus gritos apagados resonaban en la sala.

En el cenáculo, María yacía postrada, llorando abiertamente mientras hablaba a su Padre Eterno. *"Amabilísimo y bondadoso Señor, aunque no puedo dar mi vida en Su lugar, acepto Tu voluntad. Pero como su Madre amada, te pido misericordia. Permíteme compartir Su sufrimiento y sentir el dolor que infligen a Su sagrado cuerpo. Mientras Tú estés en el Cielo y no puedas estar con Él, permíteme estar a su lado en estas horas venideras. No permitas que nuestro Hijo sufra solo"*.

Y porque Él no podía negarla, el frágil cuerpo de la Santísima Virgen María comenzó a sufrir la agonía de la Pasión. Ella no incurriría en la muerte, pero Dios Todopoderoso permitió que Su cuerpo, corazón y alma sintieran todo lo que Cristo sentiría. Por eso, los dos, Madre e Hijo, sufrieron voluntariamente por los pecados de la humanidad y por su Redención.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES EL CAMINO AL CALVARIO

En el camino del Calvario, donde Jesús se preparaba para llevar Su Cruz, María y los demás esperaban, con el corazón destrozado al presenciar Su sufrimiento. Había llegado la hora de que el Hijo de Dios cargara con su amada cruz. Su cuerpo puro y perfecto había sido golpeado 5.115 veces. Cada fracción de Su cuerpo estaba herida, sangrando y expuesta. Sin embargo, cuando miró a la Cruz, los presentes no podían comprender -salvo María- la mirada de amor y anhelo en Su rostro. Especialmente confundidos y cada vez más asustados por el comportamiento de Jesús estaban Lucifer y sus seguidores.

En las calles que conducen al Calvario, Lucifer y cientos de sus seguidores incitaron a la multitud, sus voces llenas de malicia. Los que no habían sido tocados por los demonios miraban con agonía, con el corazón apesadumbrado por el inocente que tenían delante. María, con el rostro cubierto,

observaba en silencio. La voz de Dios le habló, suave pero autoritaria. *"Amada mía, en este momento de dolor, invoca tu fuerza. Es hora de que el mayor enemigo de los hijos de Adán conozca tu poder"*.

María dejó de caminar, el ojo de su mente vio a Lucifer y a sus ministros iluminados por una resplandeciente luz roja. Habló con autoridad y su voz resonó en sus mentes. *"Os ordeno que permanezcáis donde estáis, criaturas que sembráis el mal en los corazones de los hijos de Dios. Os quedaréis y caminaréis junto a Él mientras lleva la Cruz. Seréis testigos de cómo clavan Su cuerpo roto en ella. Oirás crujir sus huesos, verás su sed y escucharás sus palabras de misericordia y perdón. Entonces, por el poder que me ha sido dado, te arrojaré a las profundidades del abismo"*.

Los demonios se encogieron, congelados en su sitio, su miedo palpable mientras las palabras de María resonaban con autoridad divina. La escena se desvaneció, con el peso de su orden flotando en el aire.

A la orden de María, los seres del infierno marcharon como condenados a la crucifixión de Cristo. La escena se trasladó al pie de la cruz, donde Jesús colgaba, con el cuerpo roto y sangrando. Levantó los ojos al cielo, con voz temblorosa, mientras pronunciaba sus últimas palabras:

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Cristo y María escucharon las palabras de Dios.

"En verdad os digo que hoy estaréis conmigo en el paraíso. Mujer, he ahí a tu hijo. Hijo, he ahí a tu madre".

En la angustia humana Jesús gritó.

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Tengo sed".

"Consumado es. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Entonces, con un último suspiro, su cabeza cayó sobre su pecho. Sus seguidores lanzaron un grito de dolor, que se fundió con el

estruendo de los truenos y los relámpagos que surcaban el cielo. La oscuridad envolvió la tierra y ésta empezó a temblar, abriéndose bajo sus pies. Como se había predicho, Lucifer y sus demonios fueron arrastrados a las profundidades de la tierra, y sus gritos se desvanecieron en el abismo.

El cielo seguía oscuro, el sol ausente, pero sobre él se perfilaban la cruz y el cuerpo de Cristo. Al pie de la cruz estaba María, con el cuerpo tembloroso por la agonía y el brazo extendido para tocar los pies de su Hijo. A su alrededor estaban sus compañeros, mortales y celestiales, con rostros llenos de dolor y reverencia. El peso del momento perduraba en el aire.

En el interior de la casa de Nazaret, los apóstoles Pedro, Juan y los demás estaban reunidos, con los rostros apesadumbrados por el dolor. María se movía por la habitación, sirviendo y haciendo los preparativos para el entierro de su Hijo. Juan se acercó a ella, con voz preocupada.

"Madre", le dijo suavemente, besándole las manos, "debes alimentarte. Por favor, permítenos hacerlo por ti en este momento. Hace días que no comes. No podría soportar que nos dejaras también".

María le miró, sus ojos llenos de una fuerza tranquila. *"Mi descanso y consuelo será ver a mi Hijo y Señor resucitado de entre los muertos. Queridísimos amigos, quedaos y consolaros unos a otros mientras yo me retiro a solas con mi Hijo".*

María se retiró a su cenáculo, se tumbó en su catre y cerró los ojos. Ante ella, el mundo del Limbo tomó forma. Vio a sus queridos padres, Ana y Joaquín, así como a José, a los profetas Enoc y Elías, a Moisés y a los miles de almas que esperaban su liberación. Sus rostros estaban llenos de esperanza, pues su larga espera había sido posible gracias a su gran dolor. Entonces, su rostro se iluminó de alegría al ver a su Hijo. Jesús saludó a los que tanto habían esperado, y ellos cayeron de rodillas en señal de gratitud.

Por orden de María, los ángeles devolvieron a su perfección el cuerpo roto de su Hijo. Luego, con la misma magnífica luz de su nacimiento original, el Hijo de Dios y de María resucitó. Tomó forma ante ellos como un ser translúcido, el sudario sobre el féretro aún resplandeciente por la transformación divina que había tenido lugar en su interior.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO LA RESURRECCIÓN

En su cenáculo, María se levantó, con el rostro radiante de alegría. Ante ella apareció la visión translúcida de su Hijo. Cayó postrada ante Él, pero Él la levantó, atrayéndola hacia Sí. La luz de su divinidad fluyó de Él hacia ella, elevándola.

"Amado mío", dijo Jesús, con su voz llena de amor, *"¡asciende más alto!"*.

Tres días más tarde, al amanecer del domingo. Juan miró a María y la encontró arrodillada en oración, con el rostro resplandeciente de una luz divina. Ella le sonrió, y su expresión reveló que sabía que Cristo había resucitado. Cerró la puerta, dejando a María sola. Se oyeron las voces de Dios, del Espíritu Santo y de Jesús, con palabras llenas de reverencia y amor.

"Esta es la Reina de toda la creación, en el cielo y en la tierra", proclamaron. *"Ella es la Protectora de la Iglesia, la Señora de todas las*

criaturas, la Madre de misericordia, la Abogada de los pecadores y la Intercesora de los fieles. Ella es la Madre del amor y de la santa esperanza, que lleva en sí los misterios de Nuestro poder para la salvación de la humanidad. Todo lo que Ella nos pida nos será concedido, y quienes busquen Su intercesión encontrarán el camino de la vida eterna".

Mientras hablaban, los ángeles elevaron a María del suelo y bañaron su figura con una luz celestial. La escena se desvaneció, dejando la promesa de su intercesión eterna y la esperanza de salvación para todos los que buscaran su ayuda.

La sala donde había tenido lugar la Última Cena se llenaba ahora con la presencia de María, los once apóstoles, las tres Marías, Marta, Lázaro, otros discípulos y mujeres piadosas, en total ciento veinte almas. Cristo, iluminado por la luz divina, estaba de pie ante ellos, con voz suave pero llena de autoridad.

"Mis dulcísimos hijos", comenzó diciendo, "estoy a punto de ascender a mi Padre, de cuyo seno descendí para rescatar y salvar a los

hombres. Dejo con vosotros, en mi lugar, a mi Madre. En Ella me encontrarán siempre los que me buscan. A Pedro, te dejo como cabeza suprema de la Iglesia. Obedecedle como a mi Vicario, sumo y principal sacerdote. Juan, a ti te dejo como hijo de mi Madre, pues así te designé en la Cruz. Ahora, caminad conmigo, mis devotos discípulos; caminad conmigo hasta el lugar de mi Ascensión".

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO LA ASCENSIÓN DE CRISTO

El cielo sobre el Monte Olivete resplandecía con un brillo celestial, su luz dorada se extendía por el horizonte como si la creación misma se regocijara en el momento. En la cima del monte, Cristo permanecía en majestuosa quietud, con las manos suavemente cruzadas sobre el pecho y el rostro resplandeciente de luz divina. Su sola presencia parecía dominar la tierra y el cielo, un puente entre el mundo mortal y el reino eterno del más allá.

Cuando comenzó a ascender, Sus huellas quedaron grabadas en la tierra, una huella sagrada de Su tiempo entre los hombres, un testamento silencioso pero poderoso de que realmente había caminado entre ellos. El aire brillaba con la presencia de seres celestiales, cuyas formas resplandecían con la luz del cielo mientras Él les hacía señas para que se elevaran con Él. Una sinfonía de ángeles se elevó hacia

arriba, alzando sus voces en un coro de alabanza que resonó en la vasta extensión.

Incluso mientras ascendía, Su corazón permaneció con Su Madre, hablándole en un lenguaje más allá de las palabras, un último mensaje de amor y tranquilidad antes de entrar de lleno en Su gloria eterna.

"Madre", dijo, Su voz llena de amor, "Deseo tu compañía mientras asciendo a mi Padre.

El espíritu de María abandonó su cuerpo terrenal, sin ser visto por quienes contemplaban la Ascensión. Mientras su espíritu ascendía con Cristo, la voz de Dios resonó en los cielos. *"Asciende más alto, amado mío, devuélveme a mi Hijo".*

Se elevaron a los cielos del Empíreo, donde aguardaban tres magníficos tronos. Dios, el Creador de todo, estaba sentado en el trono situado más a la izquierda. Detrás de Él había miles de santos padres y santos que habían estado en el Limbo, con los rostros llenos de alegría. Brillaban haces de colores radiantes,

los ángeles se regocijaban y sonaban las trompetas. Cristo ocupó su lugar en el trono del medio y extendió su mano derecha, señalando el trono que estaba a su lado.

"Madre", dijo, Su voz llena de reverencia, "levántate y toma posesión del lugar, que Te debo por haberme seguido e imitado".

María se acercó al trono y se sentó, con su figura resplandeciente de luz divina. Dios habló, con una voz llena de amor. *"Esposa mía y Amada mía, ven a mis abrazos eternos. Este es tu lugar: sentarte a la derecha de mi Hijo, que está sentado a mi derecha. Es tuyo por toda la eternidad. Es tuyo para que lo elijas ahora, o cuando lo desees".*

María miró a su alrededor, posando su mirada en su Hijo, antes de ponerse de pie y arrodillarse ante Dios. *"Dios eterno y todopoderoso -dijo, con voz temblorosa de humildad-, aceptar ahora esta recompensa me daría descanso, pero debo volver al mundo y continuar mi obra en favor de los hijos de Adán y de los fieles de la Iglesia. Señor y Maestro de mi alma, recibe este sacrificio, y haz que Tu*

fuerza divina me sostenga en la misión que se me ha confiado. Me ofrezco una vez más, dedicando todo lo que soy a Tu gloria y a la salvación de las almas, mientras pueda."

Dios miró a Cristo y asintió con la cabeza. Cristo habló, con una voz llena de dolor y admiración. *"Acepto Tu sacrificio, Madre, pero te pido que permanezcas a mi lado por poco tiempo, pues sufriré la ausencia de Tu presencia"*.

Antes de que la Madre de Dios regresara a la tierra, se le comunicó la hora y la fecha de la esperada visita terrenal del Espíritu Santo, que los instruiría a todos en las enseñanzas de su Señor.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS EL PENTECOSTÉS

Era de madrugada en el Cenáculo, el aire estaba cargado del fervor de la oración. María, los apóstoles y un grupo de discípulos, hombres y mujeres, que sumaban ciento veinte, estaban unidos en devoción. La sala estaba en silencio, salvo por las súplicas y alabanzas susurradas que se elevaban al cielo. De repente, un tremendo trueno rompió la quietud y un violento viento recorrió el aire. En el exterior, el cielo pareció partirse mientras un fuego brillante, como un relámpago, descendía sobre la casa, envolviéndola en una luz radiante que atravesaba el tejado.

Los aldeanos que se encontraban a lo lejos se detuvieron en seco, contemplando asombrados la morada, ahora resplandeciente con brillo divino. En su interior, los fieles reunidos sintieron la presencia de algo extraordinario. Sobre la cabeza de cada uno apareció una llama que parpadeaba con intensidad. Las llamas de los apóstoles

brillaban más que las de los demás, siendo las de Juan y Pedro las más resplandecientes de todas. Pero sobre María, la llama era la más grande, testimonio de su gracia única. Durante varios segundos, la sala se llenó del sonido de coros angélicos, cuyas voces armonizaban en alabanza celestial.

Entonces, una voz, profunda, resonante e inconfundiblemente divina, habló. Era el Espíritu Santo, dirigiéndose a todos. "*Os infundo los hábitos de los siete dones: Sabiduría, Entendimiento, Ciencia, Piedad, Consejo, Fortaleza y Temor*". Dirigiéndose a los apóstoles y a María, la voz continuó: "*En vosotros infundo Mi gracia en porción abundante para vuestro ministerio que ejerceréis en la santa Iglesia.*"

Cuando la luz se desvanece, la escena se traslada a las bulliciosas calles de Jerusalén. Miles de personas llenaban la ciudad, y los apóstoles se movían entre ellas, cada uno hablando a grandes multitudes. Sorprendentemente, cuando los apóstoles hablaban, sus palabras eran entendidas por

todos, independientemente del idioma. Los rostros se iluminaban de asombro, y una chica joven y guapa de entre la multitud miraba asombrada. Mientras tanto, los demás hombres y mujeres santos atendían a los enfermos y moribundos, realizaban curaciones milagrosas y expulsaban a los demonios de los poseídos.

Al día siguiente, a orillas del río, miles de personas se reunieron para ser bautizadas, con sus corazones transformados por el poder de la Palabra divina. De vuelta al Cenáculo, María contempló esta visión, con una suave sonrisa en los labios.

Pasó el tiempo y los apóstoles se dispersaron por Jerusalén, Palestina, Lida y Jaffa. Algunos viajaban en parejas, otros solos, pero todos estaban unidos en su misión: predicar, curar y hacer crecer la nueva Iglesia de Cristo. Sin embargo, su trabajo no estuvo exento de oposición. Lucifer, el enemigo común de todos, trató de obstaculizar sus esfuerzos en todo momento. Envió a sus secuaces a tentar, insultar y atacar a los

apóstoles, desesperado por frustrar la difusión de la Palabra divina.

Pero María, siempre vigilante desde su atalaya celestial, fue su protectora. Cuando no intervenía ella misma, enviaba ejércitos de ángeles para proteger a sus amados apóstoles. Esto enfureció a Lucifer, que volvió su malicia hacia los débiles e indefensos, con su sed de almas insaciable.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

LA BATALLA DEL BIEN Y DEL MAL

El sol se había puesto sobre la ciudad de Jerusalén, proyectando largas sombras sobre sus estrechas calles. La hermosa joven, una de las muchas que se habían convertido durante los primeros días de Pentecostés, caminaba sola, con el corazón aún encendido por las palabras de amor y perdón que había escuchado de los apóstoles. Pero mientras caminaba, una figura emergió de la oscuridad, una anciana, encorvada y frágil, con ojos agudos y calculadores. Era Lucifer, disfrazado.

La anciana se acercó a la muchacha con voz de falsa preocupación. *"Te vi el otro día con esos hombres vestidos con túnicas. Lo que te dijeron eran mentiras"*, siseó.

La chica vaciló, su fe vaciló por un momento. *"Lo que dijeron fue hermoso. Hablaban de amor y de perdón. Dijeron que, si obedecemos a Dios, cuando muramos viviremos con Él para siempre"*.

La anciana se burló. *"¿Obedecer? ¿Por qué tendrías que obedecer a nadie? A mí me pareces una chica lista. Deberías hacer lo que quisieras. ¿No deseas la risa y los placeres de un hombre?"*.

A la chica le tembló la voz. *"Sí, pero... Vi lo que hicieron. Sanaron a muchos que estaban afligidos. La gente entendía sus palabras en todos los idiomas cuando hablaban"*.

La anciana se acercó más y su tono se hizo más insistente. *"Denúncialos y te prometeré una vida pacífica y plena"*.

La muchacha vaciló de nuevo, con la mente nublada por la duda. *"Pero ¿qué hay de la gentil mujer que estaba con ellos? Sus palabras eran amables y cariñosas, más que todas las demás"*.

El rostro de la anciana se torció con desdén. *"Esa es peor que todas. Evítala. Aléjate de sus trampas"*.

Antes de que la niña pudiera responder, la forma de la anciana cambió y se contorsionó, revelando el verdadero y horripilante rostro de

Lucifer. En un instante, entró en su cuerpo, dejándola temblorosa y rota.

Varios días después, en el dormitorio de la niña, ésta yacía gravemente enferma, su familia reunida a su alrededor, con los rostros marcados por la preocupación. En el Cenáculo, María vio el sufrimiento de la niña y envió primero a dos ángeles para ayudarla. Pero ninguno de ellos pudo librar a la niña del espíritu de Lucifer. Se retorció en agonía, con el cuerpo y el alma atormentados.

Por las bulliciosas calles de Jerusalén, María caminaba sola, rodeada de sus ángeles en silenciosa vigilia. Sus pasos eran rápidos, su corazón atraído hacia quien necesitaba desesperadamente su ayuda. "*¿Por qué me impides llegar hasta ella?*", preguntó con voz apremiante.

Uno de los ángeles replicó: "*No es necesario que atraveses la ciudad a pie cuando nosotros podemos llevarte con mayor facilidad*".

Al instante, María fue elevada por sus ángeles, transportada sin esfuerzo por el aire. En un instante, apareció en la habitación de la niña, con una presencia radiante e innegable. Los persistentes espíritus malignos se dispersaron como ráfagas de luz que huyen, desvaneciéndose asustados a la vista de la Santa Madre.

María se acercó a la chica, con voz suave pero firme. "*¿Qué te han dicho?*"

La muchacha, débil y temblorosa, susurró: "*Me convencieron de que los discípulos de Jesús me engañaban*".

Los ojos de María se llenaron de compasión. "*Mira lo que esas creencias han hecho a tu joven cuerpo. Estás muy cerca de la muerte. ¿Qué es lo que deseas creer?*"

La voz de la chica era apenas audible. "*Que soy amada. Que tendré paz*".

María se inclinó más cerca, sus palabras fueron un bálsamo para el alma atribulada de la muchacha. "*Lo harás, si desechas los pensamientos sembrados en tu mente por aquel*

que sólo deseaba engañarte. Cree en mi palabra, niña. Jesús te espera, si crees en mis palabras".

Entonces María tomó a la niña en sus brazos. Las últimas palabras de la niña fueron un susurro de fe: *"Es a Dios a quien amo, y a Jesús quien por mis pecados dio su vida. Perdóname, Señor"*. Y murió en paz, abrazada a María.

Ningún alma carecía de importancia para la Reina del amor y la misericordia. Cumplió su promesa de salvar almas, incluso cuando sus amados apóstoles empezaron a sufrir a manos de Lucifer.

A pesar de la protección de los ángeles, la persecución contra los apóstoles se hizo más feroz. El primero en ser apresado fue Esteban, arrastrado y arrojado a la cárcel.

Encadenado al frío muro de piedra, Esteban levantó la mirada y ante él apareció María, radiante y solemne. Su voz era a la vez suave y poderosa. *"Esteban, tú serás el primogénito de*

los mártires, elegido por mi Hijo para seguir el camino de su propio sacrificio".

La voz de Esteban era inquebrantable, su corazón firme. *"Le seguiré, discípulo privilegiado caminando tras sus huellas".*

Las palabras de María tenían tanto de consuelo como de propósito. *"Permanecerás como un soldado intrépido, al frente del ejército de los mártires venideros, llevando el estandarte de la Cruz".*

Esteban fue sacado de su celda y conducido al centro de un patio. Le ataron las manos mientras sus acusadores le rodeaban. La primera piedra voló, luego otra, y otra. Cada golpe cayó con fuerza aplastante, pero Esteban no vaciló. Al contrario, cayó de rodillas, con el rostro iluminado mientras el cielo se abría ante él.

"¡He aquí que veo los cielos abiertos y su gloria, y en ella veo a Jesús de pie a la derecha de Dios!", gritó.

Sus verdugos, enfurecidos, se taparon los oídos, negándose a escuchar lo que calificaban

de blasfemia. La turba se abalanzó sobre él, arrastrándolo violentamente por el suelo mientras las piedras seguían cayendo.

En el Cenáculo, María contemplaba con dolor, con el corazón desgarrado, los últimos momentos de Esteban. Dirigiéndose a uno de sus ángeles, le ordenó: *"Quédate con él hasta el final, luego lleva su alma a mi Hijo"*.

Cuando Esteban exhaló su último suspiro, su espíritu fue elevado al cielo: el primer mártir recibido en la gloria eterna. Pero mientras el cielo se regocijaba, el corazón de María sufría, sabiendo que esto era sólo el comienzo de las pruebas que vendrían.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Habían pasado varios meses desde aquel fatídico día, y en la silenciosa y sagrada habitación donde una vez tuvo lugar la Última Cena, María reunió a los apóstoles restantes. La sala, llena de dolor y esperanza, pareció contener la respiración cuando Pedro se levantó para hablar. Su voz resonaba con determinación:

"Hemos sido más afortunados que nuestro hermano Esteban, escapando a la ira del sumo sacerdote mientras difundíamos la palabra de Cristo en las ciudades cercanas. Sin embargo, por orden Suya, pronto debemos salir a predicar al mundo. Ahora, Él nos guiará con Su divino Espíritu, ayudándonos a comprender y establecer, en Su nombre y por un decreto inmutable, las verdades que formarán los cimientos de Su santa Iglesia, una que perdurará hasta el final de los tiempos."

Los ojos de María brillaban con amor maternal y resuelto propósito mientras se dirigía a los apóstoles reunidos. *"Durante este tiempo, os ordeno a todos que escuchéis las palabras internas de mi Hijo, pues Él iluminará vuestros corazones para hablar y definir los misterios"*.

Entonces, con una serena autoridad, Pedro comenzó la sagrada declaración: *"Creo en Dios, Padre Todopoderoso y Creador del cielo y de la tierra"*. Uno a uno, sus compañeros apóstoles se unieron al credo. Andrés añadió: *"Y en Jesucristo, su Hijo único, nuestro Señor"*. Santiago continuó: *"Que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de María Virgen"*. Juan entonó solemnemente: *"Padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado"*. Tomás afirmó: *"Descendió a la muerte y resucitó al tercer día"*. Santiago el Menor declaró: *"Subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios, Padre Todopoderoso."* Felipe les aseguró: *"Desde allí vendrá a juzgar a vivos y muertos"*. Bartolomé profesó: *"Creo en el Espíritu Santo"*. Mateo declaró: *"En una*

sola Iglesia católica apostólica, la Comunión de los santos". Simón añadió: "El perdón de los pecados". Tadeo pronunció: "La resurrección de la carne". Y finalmente, Mateo concluyó: "Y la vida eterna. Amén".

Con su fe firmemente proclamada, los apóstoles no tardaron en ponerse en camino. En una humilde casa de Nazaret, cada uno de ellos recibió una túnica que recordaba la que había llevado Jesús, una prenda tejida en tonos marrones y grises ceniza. María había confeccionado también para cada uno una cruz, hecha cuidadosamente a la medida de su estatura, y les puso en las manos un pequeño y precioso paquete. Mirándolos con tierna determinación, les dijo: *"Os doy esto para que lo llevéis hasta el fin de vuestros días. Os envío sin comida, pues dependeréis de la amabilidad de los extraños para alimentaros. A cada uno de vosotros os confío una reliquia de mi Hijo, más preciosa para mí que todos los tesoros de la tierra. Sabed, hijos míos, que no vais solos. Invocadme, aunque sólo sea una vez, y uno de mis ángeles o yo misma estaré allí".*

Mientras los apóstoles emprendían sus misiones divinas, los acontecimientos se sucedían en otros lugares. En el gran salón del sumo sacerdote, un hombre llamado Saulo, consumido por el celo e impulsado por influencias oscuras, pidió permiso para perseguir a los crecientes seguidores de Cristo.

Con arrogancia y determinación, se dirigió al sumo sacerdote. *"Comisario, concédame el honor de restablecer el orden en su ciudad. Estos herejes están extendiendo sus blasfemias por todo el país. Permíteme capturarlos para ti o, por una recompensa ligeramente mayor, matarlos allí donde estén"*.

El sumo sacerdote, de mirada fría y calculadora, asintió en silencio con un gesto desdeñoso de la mano. Saulo se inclinó y giró bruscamente sobre sus talones, poniendo rumbo a Damasco con varios centenares de hombres armados, sin saber que su viaje pronto cambiaría el curso de la historia.

De vuelta a su propio espacio sagrado, María contempló con el corazón encogido cómo un ejército avanzaba para acallar las

voces de los evangelistas. En la quietud de su cenáculo, alzó la voz en oración, suplicando a su Hijo con urgencia: *"Mira a ése, Saulo; es el elegido por ti para ser uno de tus más grandes. Te lo suplico, apresúrate con tu plan para su conversión, pues Lucifer lo ha enviado a una gran misión"*. Sus palabras, impregnadas de intención divina, viajaron en alas invisibles hasta llegar a los oídos de Cristo. Una voz respondió desde el reino de la luz, proclamando: *"Madre mía, elegida entre todas las criaturas, que se haga tu voluntad sin demora."*

Mientras Saulo y sus tropas avanzaban por el polvoriento camino, un repentino y abrumador resplandor descendió sobre él. La luz irrumpió con tal fuerza que lo arrojó de su caballo y lo dejó ciego. En aquel tumultuoso momento, una voz de mando resonó a través del caos: *"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"*. Temblando, Saulo gritó: *"¿Quién eres Tú?"*. La radiante voz replicó: *"Yo soy Jesús, a quien persigues; es difícil dar coces contra el ceñidor de Mi omnipotencia"*.

Abrumado pero anhelante de guía, Saulo suplicó: "*Señor, ¿qué ordenas y deseas hacer conmigo?*".

De su oscuridad pasó a una gran luz y María le dio el nombre de Pablo. Su imagen se transformó de la de un demonio a la de uno de los más altos y ardientes serafines. Los soldados que presenciaron el acontecimiento quedaron admirados ante la voz de Cristo y la maravilla de la conversión de Saulo. Por intercesión de María, la fuerza enemiga disminuyó aquel día en varios centenares de almas.

Con el paso del tiempo, las enseñanzas de los apóstoles se extendieron por tierras lejanas y sus seguidores crecieron en número. Sin embargo, con este crecimiento vinieron grandes pruebas. María recordaría más tarde, que al frente de esta persecución se encuentra Herodes, el hijo del gobernante que una vez ordenó la matanza de los niños en el momento del nacimiento de Jesús.

Nuestra Santísima Madre velaba por los apóstoles con un cuidado inquebrantable.

Gracias a los dones divinos que Dios le había concedido, siempre sabía cuándo alguno de ellos sufría en su camino, difundiendo el mensaje de su Hijo. Incluso desde lejos, su corazón permanecía con ellos, guiándoles en su misión.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE LA MUERTE DE SANTIAGO

En los sombríos confines de la corte de Herodes, varios hombres y mujeres eran conducidos encadenados, cada uno de ellos enfrentándose a una muerte rápida decretada por la fría orden del gobernante. Entre ellos estaba el apóstol Santiago, atado con una soga al cuello. Sin piedad, Herodes ordenó: *"Quitadle la cabeza. Cortadle la lengua para que no diga semejante inmundicia ni siquiera después de muerto"*. Mientras Santiago se arrodillaba ante el verdugo, sus ojos llenos de lágrimas contemplaron de pronto una visión de María, rodeada de una hueste de ángeles, cuya presencia irradiaba gracia divina. Su corazón se llenó de asombro y abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, un ángel se adelantó, susurrando con urgencia,

"Santiago, guarda estos sagrados sentimientos en tu corazón. No reveles la presencia de nuestra Reina a estos hombres malvados. No son dignos ni capaces de

conocerla, y sus corazones endurecidos sólo profundizarán en el odio."

En ese último y sagrado momento, Santiago cerró los ojos y ofreció su alma con devoción inquebrantable:

"Madre de mi Señor Jesucristo, mi Señora y Protectora, presenta el sacrificio de mi vida a Tu Hijo, el Redentor del mundo. En Tus manos, y a través de ellas en las manos de mi Creador, encomiendo mi espíritu".

Con esas últimas palabras, la espada cayó y Santiago fue decapitado.

Fiel a su promesa, María estaba allí, su presencia suave y radiante mientras guiaba su alma al abrazo amoroso de su Hijo, dándole la bienvenida al reino eterno.

CAPÍTULO CUARENTA LIBERANDO A PEDRO

En el oscuro y frío calabozo, Pedro yacía atado con pesadas cadenas, esperando su destino. Lejos de allí, en el cenáculo privado de María, ésta lloraba lágrimas de sangre. Se postró en el suelo y se persignó. En ese momento sagrado, una luz brillante y esplendorosa llenó la habitación y apareció Cristo. Se arrodilló junto a ella, la levantó suavemente de rodillas y habló con una voz que resonaba con autoridad divina.

"Madre, alivia tu pena y pide todo lo que deseas; porque yo te lo concederé todo, y siempre encontrarás favor a mis ojos".

La voz de María temblaba de determinación y de dolor al responder: *"Concédeme el conocimiento y la fuerza para salvar a tu Iglesia".*

La mirada luminosa de Cristo se posó en ella, y Él le respondió: *"Madre, alivia tu dolor y pide todo lo que deseas; porque yo te lo*

concederé todo, y siempre encontrarás gracia ante mis ojos."

Alentada por sus palabras, María se mantuvo firme y declaró: *"Puesto que me has fortalecido y reafirmado el poder que me has dado, ordeno ahora a Lucifer y a todos sus malvados siervos que desciendan al abismo y permanezcan en silencio hasta que Tu divina voluntad les permita regresar."*

Más allá de las murallas de Jerusalén, una luz brillante se hinchó en el cielo, haciendo retroceder la oscuridad mientras una gran sombra se proyectaba en las profundidades de la tierra. El aire tembló con fuerza mientras María continuaba,

"Ahora, Hijo mío, si es Tu voluntad, que uno de los espíritus celestiales presentes vaya y libere a Pedro de su prisión".

En el interior de la celda de Pedro, mientras yacía en un estado de sueño profundo, un ángel gentil y radiante apareció junto a su cama. El ser celestial le susurró suavemente antes de

escoltarlo en silencio más allá de sus guardias dormidos, guiándolo hacia la libertad.

Más tarde, con la tristeza en el corazón, la voz de María resonó con angustia y compasión al preguntarse por el camino que tenía ante sí. *"Y ahora, Señor mío, con el más profundo dolor, te pregunto, ¿debo yo también juzgar a una criatura hecha a Tu imagen? Desde el principio, nunca he buscado venganza contra ellos; en cambio, mi corazón anhela la salvación incluso de los más malvados."*

Cristo respondió con mesurada gravedad: *"Herodes está entre los conocidos, y en su corazón endurecido, permanece impassible ante cualquier guía. No buscará instrucción ni aceptará la gracia de la salvación, sean cuales fueren tus esfuerzos. Tu misericordia debe reservarse para aquellos que estén dispuestos a recibirla y busquen tu poderosa intercesión."*

Las lágrimas se mezclaron con la resolución cuando María continuó: *"Muchas veces sufriría la muerte para rescatar esta alma de Herodes, pero por el Dios más equitativo, lo condeno a la muerte que ha*

merecido, para que no incurra en mayores tormentos ejecutando el mal que ha planeado."

En los sombríos aposentos de Herodes, sucedió lo inevitable. Herodes enfermó repentinamente y murió.

La muerte de Herodes llenó a la reina de un profundo dolor, pues sabía que nunca más nadie sería llamado a pronunciar una sentencia semejante.

Después, Cristo se alejó de su Madre, dejándola llorar sobre el peso de sus acciones y las cargas del juicio divino.

Pasó el tiempo y, en el tranquilo santuario de su oratorio en Éfeso, María se sentó con Juan mientras éste leía en voz alta una carta de Pedro. El suave murmullo del pergamino y las oraciones susurradas llenaban el espacio mientras Juan recitaba:

"A María, la Virgen Madre de Dios,

Entre los fieles han surgido algunas dudas y desacuerdos sobre la doctrina de Tu Hijo, sobre si la antigua ley de Moisés debe seguir

observándose junto a Sus enseñanzas. Buscan nuestra guía para que podamos declarar lo que oímos directamente del propio divino Maestro.

Ahora estoy viajando a Jerusalén, como otros también están llegando de varias ciudades. Con Tu asistencia, estableceremos lo mejor para la santa fe y la perfección de la ley de la gracia. Vuestro servidor en Cristo, Pedro."

Los ojos de María brillaron con resolución mientras respondía suavemente: *"Es correcto que nos dispongamos a partir para esta reunión. También es correcto y apropiado obedecer al jefe de la Iglesia"*.

Más tarde, en la sala de la Última Cena. La Reina y otras devotas mujeres se afanan en limpiar y decorar el espacio sagrado para preparar la esperada Misa. El altar se preparó meticulosamente y María pulió el cáliz sagrado hasta que brilló con luz sagrada. Cuando los apóstoles y los fieles comenzaron a reunirse, la sala se llenó de reverencia y expectación. Pedro

e acercó a María y la encontró arrodillada en silenciosa devoción.

Con sinceridad de corazón, María dijo: *"Tu bendición sobre mí, Vicario de la Iglesia de mi Hijo"*.

Pedro hizo la señal de la cruz sobre ella y la ayudó suavemente a levantarse. *"Me alegra el corazón verte, Madre. Confío en que hayas buscado consejo con tu Hijo, al igual que yo. Celebremos en su santo nombre, de la manera en que Él nos enseñó. Juntos, rezaremos para que la divina sabiduría de la Trinidad nos inspire con su gracia eterna."*

Mientras se celebraba la Misa, se manifestó la presencia del Espíritu Santo. Una luz majestuosa llenó el corazón de María, y en esa iluminación divina, Ella sintió la afirmación de sus peticiones y oraciones - oraciones que había ofrecido tan fervientemente por la Iglesia. En aquel momento, parecía que se cumplían los mismos decretos de la voluntad divina, asegurando que la fe del Evangelio y toda Su santa ley se establecieran en el mundo.

Los ángeles y los apóstoles, sobrecogidos de asombro ante el radiante espectáculo, unieron sus voces en exaltación. *"Santo, santo, santo y poderoso eres, Señor, Dios de poder y de fuerza. El cielo y la tierra están llenos de tu gloria"*, proclamaron al unísono, y sus gritos de júbilo resonaron por toda la sala.

Así, en medio de la interacción del dolor y la misericordia divina, el juicio y la redención, el plan celestial se desplegó, cada momento un testimonio del poder inquebrantable y el misterio de la fe.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO LOS EVANGELIOS

En el tranquilo santuario del cenáculo de María, antes de que los demás apóstoles se hubieran reunido, María se dirigió a Pedro con tranquila autoridad. *"Como Sumo Sacerdote y Cabeza de la Iglesia, asignarás cuatro para el registro de las obras y enseñanzas del Salvador del mundo"*. En ese momento, entraron los demás apóstoles, sus rostros reflejaban tanto reverencia como resolución. Pedro declaró entonces: *"Mateo, nuestro amado hermano, comenzará inmediatamente a escribir su Evangelio en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Marcos escribirá el segundo y Lucas el tercero. Nuestro amado hermano Juan será el cuarto y último en escribir los misterios de nuestro Salvador y Maestro."*

Algún tiempo después, en la modesta habitación donde Mateo trabajaba, el apóstol se encontró luchando con sus pensamientos. Se levantó de su asiento, paseándose inquieto por

el espacio antes de volver a sentarse con un fuerte suspiro. Su trabajo se había estancado y, en un momento de desesperación, se le apareció María. Con ojos serios, Mateo levantó la vista y dijo,

"Has escuchado mis oraciones, Madre Santísima. Busco tu sabiduría para saber cómo debo escribir sobre ti. Rezo pidiendo la guía del Espíritu Santo, y sin embargo no he escrito ni una sola palabra."

La voz de María era suave mientras ofrecía su orientación.

"Es bueno que busques la sabiduría de Aquel que es más digno de dártela. Sin embargo, con respecto a mí, debes escribir sólo lo necesario para revelar la Encarnación, los misterios del Verbo hecho carne y la fundación de Su Iglesia. Una vez establecida esta fe, el Todopoderoso elegirá a otros, en Su tiempo, para revelar a los fieles las maravillas y bendiciones que ha obrado en mí."

Así, en el año 42 d.C., el Evangelio de Mateo fue escrito en hebreo, preservando la

verdad de Cristo para las generaciones venideras.

En una suave colina de Palestina, el apóstol Marcos estaba sentado absorto en su escritura. Mientras trabajaba también se debatía sobre lo que debía escribir acerca de la Santísima Madre, cuando de repente una gran luz brilló sobre él, e instintivamente se arrodilló, con el rostro encendido de alegría. Las instrucciones de Su papel más significativo le fueron dadas en ese momento. Marcos aceptó y escribió su Evangelio en hebreo mientras estaba en Palestina y más tarde compuso una versión más corta en latín para la evangelización de Roma, una traducción del original. Habían transcurrido cuatro años desde la obra de Mateo, y dos años más tarde Marcos completó su tarea, El año era 48 d.C. y la Virgen misma había alcanzado su sexagésimo tercer año de vida natural.

En un aposento tranquilo, el apóstol Lucas hizo una pausa en su escritura y cayó en una reverente postración. María se le apareció en aquel momento solemne. "*Virgen Madre de mi*

Señor", le pidió humildemente Lucas, "habiendo escuchado tu guía al mencionarte en mis escritos, pido permiso para hablar más libremente, para describir la manera de la Encarnación y tu papel como Madre de Cristo".

Con suave pero firme sabiduría, María respondió: *"Usa palabras que permanezcan fieles al propósito de tu Evangelio. Si el Espíritu Santo te inspira a escribir con una gracia particular, entonces sigue su guía, hijo mío."*

Lucas, que escribía en griego, conservó en su Evangelio la imagen de su Madre celestial, una visión de la belleza que siguió inspirándole incluso cuando más tarde vivió en Acaya.

El último evangelista, Juan, también escribió su Evangelio en griego, completándolo en el año 58 d.C. mientras residía en Asia Menor, tras la muerte y ascensión de María.

Humillado y derrotado por estas verdades sagradas, Lucifer pronto desató la herejía para

distorsionar la Palabra de Dios. En respuesta, el Evangelio de Juan se erigió como una poderosa defensa, sus palabras dirigidas con firmeza contra los errores que el diablo trataba de difundir.

Hay que señalar que incluso después de haber ascendido al cielo, la Santísima Madre volvió a la tierra, descendiendo para aconsejar y fortalecer a su amado Juan, asegurando que la verdad de la misión de su Hijo perdurara

Más tarde, dentro de los familiares muros de su cenáculo, María se reunió con el apóstol Juan y le anunció: "*Siendo éste el aniversario de la Pasión de Nuestro Señor, solicito tu aprobación para celebrarlo desde el jueves -el momento de su Última Cena con nosotros- hasta el domingo, cuando resucitó de entre los muertos.*" Juan respondió con serena resolución: "*Veré que no seas molestada durante este tiempo, Madre*". María se retiró a su habitación privada y se sumergió en el recuerdo, reviviendo cada movimiento, cada acto, cada sufrimiento de su divino Hijo mientras la Pasión se desarrollaba en su

corazón. Cuando llegó el momento de la Ascensión, coros de ángeles la rodearon, y sus gloriosos himnos de alabanza se hicieron eco de la magnificencia de aquella sagrada despedida.

El segundo día, María se arrodilló en el suelo de su humilde morada, cosiendo con diligencia ornamentadas vestiduras para los apóstoles y los sacerdotes, prendas distintas de las que llevaban en su vida cotidiana. El rítmico sonido de su aguja y su hilo llenaba la silenciosa habitación. Al entrar, Juan se maravilló: *"Son magníficos. ¿Para qué rey las creas?"*. María contestó con una suave sonrisa: *"Serán las vestiduras que llevéis cuando tú y los demás sacerdotes celebréis el sacrificio de la Misa"*.

María había trabajado en estas vestiduras con sus propias manos, rechazando incluso la ayuda de sus ángeles en esta tarea tan sagrada. Ella había comprado los materiales de las limosnas recogidas, ricos linos y sedas, y había trabajado incansablemente, permaneciendo de rodillas en deferencia al deber sagrado. Cuando

terminó, besó cada vestidura como bendición final.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS LA MUERTE DE NUESTRO AMADA

En su habitación privada, María estaba postrada en oración, sumida en el silencio de sus devociones. De repente, los acordes familiares de la música angélica llenaron el aire, haciéndola arrodillarse con asombro. En ese momento radiante, Gabriel apareció ante ella, con su hermoso rostro tan llamativo como lo había sido en el momento de su propia concepción. Su voz, imbuida de autoridad celestial, declaró,

"Nuestra Emperatriz y Señora, el Omnipotente y Santo de los Santos nos envía desde Su corte celestial para anunciarte en Su nombre el más feliz final de tu peregrinación y destierro sobre la tierra en vida mortal. Dentro de exactamente tres años a partir de esta fecha, te reunirás con tu precioso Hijo, nuestro Señor, que anhela tu presencia."

El corazón de María se hinchó de alegría y entrega al responder,

"Soy la esclava del Señor; hágase según tu palabra".

Al oír estas palabras, una multitud de ángeles la rodeó. Sus formas luminosas la levantaron suavemente del suelo, haciéndola girar en una graciosa danza mientras su alma se regocijaba en la promesa del reencuentro con su amado Hijo.

Tres años más tarde, en la tranquila soledad del jardín de su casa, María fue vista sola en medio de la flora floreciente. La Santa Madre nunca cesó en su sagrada labor, atendiendo a enfermos y moribundos, ofreciendo consuelo y solaz, y rezando fervientemente por las almas que luchaban por encontrar el camino hacia su Hijo. A medida que su viaje terrenal se acercaba a su fin, María comenzó a enviar mensajes a través de ángeles a sus queridos apóstoles dispersos por tierras lejanas.

Una semana antes de su muerte, María pronunció una oración de profundo agradecimiento:

"Padre Todopoderoso, Te reconozco como el único y verdadero Creador y Sustentador de todo lo que existe. De los bienes de este mundo, no tengo nada que dejar, pues nunca he poseído ni amado nada más que a Ti.

Doy gracias a los cielos, las estrellas, los planetas y toda la creación, porque me han sostenido más allá de mis propios méritos. Te ruego que continúen sirviéndote y glorificándote como fueron creados para hacerlo, y que la humanidad pueda apreciarlos con el mismo cuidado y amor que yo.

Los méritos y tesoros que he ganado por Tu gracia, con mis obras y esfuerzos, los dejo a Tu santa Iglesia. Con Tu bendición, los ofrezco, esperando que se multipliquen. Los dedico a los Apóstoles y a todos los sacerdotes, de ahora y de las generaciones futuras, para que por ellos lleguen a ser verdaderos ministros dignos de su vocación, llenos de sabiduría, virtud y santidad, para guiar y santificar a las almas redimidas por Tu sangre.

Esta, mi Señor, es mi ofrenda final, aunque siempre sujeta a Tu divina voluntad".

Una voz suave y autoritaria respondió a su plegaria:

"Que se haga como tú quieras y órdenes".

La mañana de su fallecimiento, los apóstoles se reunieron en su habitación. Habían llegado la noche anterior, Juan los saludó primero, Lucas llegó escoltado por un ángel y Pedro venía de tierras lejanas. En aquel espacio sagrado, María se arrodilló ante cada uno de ellos. Uno a uno, la bendijeron, inclinándose para besarle las manos mientras caían lágrimas de dolor y reverencia. Con voz llena de ternura y finalidad, María se dirigió a ellos:

"Mis queridísimos hijos y amados maestros, siempre habéis estado en mi alma y escritos en mi corazón. Os he amado con el tierno amor y caridad que me dio mi divino Hijo, porque en vosotros, sus amigos elegidos, le he visto.

Hijos míos, amad a la Iglesia y amaos los unos a los otros con el mismo vínculo de caridad que vuestro Maestro ha puesto en vosotros.

A ti, Pedro, santo Pontífice, te confío a mi hijo Juan y a todos los demás".

En ese momento, un coro de ángeles comenzó a cantar, entonando sus armoniosas voces: *"Dios te salve, María, llena eres de gracia, bendito es tu nombre"*. María se reclinó sobre su catre, colocando las manos juntas, juntas firmemente sobre su corazón. Al hacerlo, una luz radiante y resplandeciente envolvió todo su ser. El oratorio se llenó de una sinfonía celestial, de sonidos más gloriosos de lo que ningún oído mortal podría jamás percibir. A su alrededor, los apóstoles lloraban abiertamente, con rostros de asombro, dolor y sobrecogido asombro.

Fuera, la casa quedó bañada por la misma luz brillante, mientras la música de los ángeles aumentaba hasta alcanzar un crescendo extático. María abrió lentamente los ojos, y ante ella apareció el rostro dulce y amoroso de su Hijo. Su voz, suave y acogedora, habló:

"Levántate, amada mía, paloma mía, hermosa mía, ven, el invierno ha pasado".

Con serena aceptación, María respondió,

"En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu".

Y con estas últimas palabras, María cerró los ojos para siempre. Su alma ascendió desde su cuerpo hacia el rostro luminoso de su Hijo, mientras globos de luz se elevaban, dejando la sala en un estado de esplendor trascendental. Su forma terrenal, custodiada ahora por mil ángeles, permaneció como un faro de gloria iluminante.

A continuación, Pedro dirigió la reunión fuera de la sala. Pronto, en un espacio adyacente y por todo el jardín, la gente observó que la luz sagrada seguía brillando sobre la casa. Después de consultar con Juan, Pedro se acercó a dos santas mujeres, las dos Marías que habían servido lealmente al lado de la Santísima Madre durante sus últimos años. Les dijo: *"Debéis ungirla y prepararla para la sepultura. Usad estos ungüentos, los mismos que Nuestra Reina usó para el Hijo, Nuestro Señor"*.

Les entregó botellas y pequeños tarros, mientras Juan les ofrecía sábanas para enrollar. Juan añadió,

"Usadlas para envolver el cuerpo puro y sagrado de nuestra Madre. Tened mucho cuidado y miradla con la mayor modestia".

Las mujeres aceptaron los objetos sagrados y regresaron al cenáculo de María. La sala seguía brillando con luz divina mientras ellas avanzaban lentamente hacia el centro, con las manos extendidas en busca del catre. Sin embargo, el resplandor resultó abrumador, hasta el punto de que sus manos se perdieron en su fulgor y, en medio de una ráfaga de susurros sobresaltados, abandonaron rápidamente la estancia. María Magdalena se precipitó hacia Pedro y Juan, que estaban en una habitación contigua, y cayó de rodillas, agarrando la mano de Pedro con desesperación.

"Pedro, no podemos encontrar el cuerpo de nuestra Señora. La luz es cegadora en la habitación. Ni siquiera pudimos sentir el camino hacia el catre para preparar Su cuerpo como nos pediste".

Pedro intercambió una mirada con Juan antes de ayudar a María Magdalena a ponerse en pie. "*Juan, ven conmigo*", dijo mientras se acercaban a la puerta del cenáculo. Los demás presentes observaron en silencio cómo Juan abría lentamente la puerta, revelando una luz deslumbrante que hizo que todos se quedaran boquiabiertos. Los hombres entraron y cerraron la puerta tras de sí, y dentro del cenáculo buscaron con ahínco, pero el cuerpo seguía sin aparecer en medio del resplandor radiante.

Desesperado, Pedro clamó a Dios,

"Padre mío, danos a conocer el cuerpo de Tu Amado para que podamos atenderlo debidamente con los óleos y envolturas que se usan para Tu Hijo, nuestro Señor".

Llegó una respuesta divina, suave pero firme:

"Pedro, Juan, que no se descubra ni se toque el sagrado cuerpo. Ni sea mirado."

En ese momento sagrado, el suave resplandor sobre el catre se tornó de un

delicado tono rosado, arrojando un calor celestial sobre la habitación. Pedro y Juan enmudecieron cuando se acercaron, atraídos por el suave resplandor que rodeaba la figura de María, apenas visible dentro de la luz.

Con tierna reverencia, extendieron sus manos, temblorosas de devoción, mientras la levantaban por las esquinas de la túnica. Su cuerpo parecía ingrávito, como transportado por una brisa celestial invisible, ajeno a la pesadez del mundo. Con sumo cuidado, la colocaron sobre un féretro, su presencia aún envuelta en una serenidad de otro mundo.

Con gracia solemne, la cubrieron con una sábana, con gestos llenos de dolor y de admiración. En ese momento, de profundo dolor, pero de gracia inefable, los restos terrenales de la Virgen fueron velados en el misterio divino, último testamento de su santidad y de la luz eterna que brillaría para siempre sobre la Iglesia.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES LA ASUNSIÓN DE MARÍA

Las calles de Jerusalén yacían silenciosas bajo el cielo del atardecer, los últimos vestigios de luz diurna desvaneciéndose en el crepúsculo cada vez más profundo. Entonces, una a una, pequeñas luces comenzaron a brillar, parpadeando desde las ventanas de las casas humildes como estrellas lejanas.

En una pequeña vivienda, una madre acunaba a su hijo febril, con el rostro ensombrecido por la preocupación. A su lado, un niño aferraba una vela, cuya llama temblaba en el aire fresco de la noche. Con serena determinación, salieron al exterior y el cálido resplandor de la vela iluminó suavemente sus formas.

No estaban solos. De portales y callejones surgieron otros, algunos lisiados, otros ciegos, cada uno portando una frágil llama, sus luces parpadeantes entretejiéndose en la oscuridad como luciérnagas. Su silenciosa procesión

crecía, un río de fe silenciosa que fluía por las antiguas calles, con sus suaves pasos susurrando contra los adoquines.

Aunque caminaban con sufrimiento, lo hacían con esperanza, sus velas una oración, su viaje un testamento de la fe que les llevó adelante.

En otra casa, una mujer tira del brazo de su marido, instándole a unirse a la creciente multitud. Él se resistió, con el rostro nublado por la duda. "*¿Por qué debería ir? ¿De qué serviría?*", murmuró. Pero la determinación de su mujer era inquebrantable. "*Por favor*", le suplicó, "*ven conmigo*". De mala gana, él siguió sus pasos cargados de escepticismo.

Las calles se llenaron de gente, sus velas proyectaban una luz cálida y dorada. El suave zumbido de un himno se elevaba en la noche, una suave melodía que parecía llevar sus plegarias hacia el cielo. La procesión crecía, serpenteando hacia la casa de María. Cuando llegaron, los apóstoles salieron, llevando su cuerpo con reverencia. Comenzaron su solemne viaje hacia el Valle de Josafat,

mientras la multitud los seguía con silenciosa devoción.

A su paso por la ciudad, se sucedieron los milagros. Los enfermos sanaban, los ciegos recuperaban la vista y los afligidos hallaban la paz. Los hospitales y las prisiones parecían temblar con la energía divina, mientras cuerpos, mentes y espíritus se restablecían. El aire estaba cargado de asombro y gratitud, testimonio del poder de la fe.

En el sepulcro de Josafat, Pedro y Juan velaron suavemente el cuerpo de María. Los ángeles, invisibles para la mayoría, asistieron a los apóstoles en su dolor, y su presencia fue un consuelo en medio del dolor. La multitud se dispersó lentamente, dejando a los apóstoles solos con sus pensamientos. Pedro se volvió hacia Juan, con la voz cargada de emoción. *"Quedémonos un rato con Ella. Todavía no puedo soportar estar ausente de Ella"*.

Juan asintió, con los ojos brillantes de lágrimas. *"No he conocido mejor amiga y consejera que su propio Hijo. Su sonrisa está grabada en mi corazón; su suave toque en mi*

mano no se borrará". Los apóstoles lloraron abiertamente, su dolor era profundo. Durante tres días permanecieron junto a la tumba, sin comer ni beber, con el corazón demasiado oprimido para pensar en el sustento.

En la madrugada del tercer día ocurrió algo extraordinario. Algunos de los hombres dormían, pero Juan, Pedro y Lucas se levantaron sobresaltados cuando el cielo sobre ellos pareció abrirse. Unas nubes arremolinadas descendieron y una voz, profunda, resonante e inconfundiblemente divina, habló. Era Cristo.

"Mi Madre fue concebida sin pecado para que, desde su seno virginal, Yo Me revistiera de humanidad. Ella cooperó conmigo en las obras de la Redención; por eso debo resucitarla, como resucité de entre los muertos, en el mismo tiempo y hora. Porque quiero hacerla semejante a Mí en todo".

Las nubes llegaron hasta la tumba, penetrando en la piedra. Una magnífica luz estalló, iluminando la noche. Los apóstoles cayeron de rodillas, con los rostros llenos de

asombro. Del interior del sepulcro surgió la Santísima Virgen María, radiante y gloriosa, cogida de la mano de Cristo. Sus cuerpos irradiaban luz, un resplandor que parecía tocar todos los rincones de la tierra. Juntos ascendieron al cielo, y la voz de Dios Padre resonó en los cielos.

"Asciende más alto, Mi amado. Asciende y vuelve a Mí".

Los apóstoles contemplaron, con el corazón henchido de una mezcla de alegría y dolor, cómo Cristo escoltaba a su Madre hasta su trono en el cielo. Allí colocó una corona sobre su cabeza, una corona de un esplendor sin igual, cuyas gemas y puntas irradiaban rayos de luz. Jesús habló, con una voz llena de amor y autoridad.

"A Mi verdadera y natural Madre pertenecen todas las criaturas, que fueron creadas y redimidas por Mí. Y de todas las cosas sobre las que Yo soy Rey, también Ella será la Reina legítima y suprema por toda la eternidad."

La voz de Dios resonó una vez más.
*"Amado mío, nuestro Reino es Tuyo. Que reine
Tu paz".*

Los cielos estallaron en música, una sinfonía que llenó el universo. Desde la tierra, la vista de los cielos era impresionante, un recordatorio del amor divino que había tocado sus vidas.

La Santísima Virgen María, Reina de todo, nuestra Reina de la Paz, murió en agosto del año 48 d.C., año de Nuestro Señor. Su muerte no puso ni pondrá fin a su amor por sus hijos de la tierra. Ella nos visitará en los momentos de necesidad, protegiéndonos como sólo una madre puede hacerlo. Continuará recogiendo almas para Su Señor. Será nuestra mayor guerrera en la batalla contra Lucifer. Porque en el siglo final de los primeros mil años, él regresará a la tierra una última vez para reunir almas. Eligió este tiempo sabiendo que la humanidad estaría mental y técnicamente avanzada, pero llena de amor propio. Volverá, pero sin que él lo sepa, también recogerá almas Aquella que es más poderosa que él, Aquella

que fue elegida desde el principio para aplastar la cabeza de la serpiente, Aquella conocida como María. Bendito sea Su Nombre.

NOTAS DEL AUTOR

La primera aparición registrada de Nuestra Amada Madre fue en el año 40 d.C. a Santiago mientras evangelizaba en las afueras de Zaragoza, España. Fue siete años después de la muerte de Cristo, sin embargo, Santiago tenía miedo y se sentía indigno e incapaz de hacer lo que se le había pedido. Gritó el nombre de nuestro Salvador, rogándole que volviera, que le necesitaba, pero es Nuestra Amada Reina quien aparece para consolarle. Pues como se les dijo cuando Cristo ascendía que sería Nuestra Amada Madre la que intercedería por los necesitados. Yo no lo sabía, y nunca lo hubiera sabido, si no hubiera ocurrido lo siguiente.

En abril de 1998, terminaba mi primer año de licenciatura en el Programa de Teatro Musical de la Tisch School of Art de la Universidad de Nueva York. Para mi proyecto de tesis, aprobado por la facultad, empecé a adaptar una obra teatral *sobre mi vida* titulada *Sing A Song of Sixpence* (Canta una canción

de seis peniques). Sin embargo, todo cambió al mes siguiente. A principios de mayo, mientras corría por la playa rezando el rosario, oí una voz de mando tan fuerte que pensé que había alguien detrás de mí. Me di la vuelta, pero estaba sola en la playa. El mensaje era el siguiente *"Debes escribir sobre las apariciones marianas"*.

La voz me perseguía día y noche. Empecé a investigar, pero después de varios intentos de seguir esta extraña orden, me sentí abrumada. Enfadada, indigna y frustrada, salí furiosa de mi cuarto de escritura y me fui a correr de nuevo, esta vez sin las cuentas del rosario.

Al volver a casa, mi cuarto de escribir se llenó del inconfundible aroma de las rosas. En ningún otro lugar de la casa se percibía esta hermosa fragancia. Inmediatamente fui a mi ordenador para buscar el significado y cuando las palabras llenaron la pantalla me quedé atónita. Miré hacia el cielo y le dije a Nuestra Amada Madre: *"Está bien, lo haré, pero no me dejes porque no sé lo que estoy haciendo"*. Y así empecé.

En otoño de 1998 presenté el primer borrador de mi nuevo y aprobado proyecto de tesis, que se llamaba - *La Madre de Dios*.

Dije "sí" a nuestra Amada Madre.

Y sí, se rieron de mí, y muchos pusieron los ojos en blanco, pero yo seguí adelante. Incluía cinco de los miles de apariciones marianas grabadas en mi musical.

Los hechos ocurridos en 1917 en una pequeña región de Portugal conocida como Fátima fue uno de ellos. En enero sólo quedaba esa historia, por lo que se creó *Fátima* - el musical. (El nombre se cambió más tarde por El Milagro de Fátima).

Por último, en su visita en el año 40 d.C., Nuestra Reina de Santiago pidió que se construyera una capilla en su nombre en el lugar donde se encontraba. La capilla fue construida a orillas del río Ebro en Zaragoza, España, en el año 40 d.C. Fue el primer santuario erigido en honor de la Virgen María manifestada como Nuestra Señora del Pilar.

Modelar a nuestra reina

Ahora, mientras adapto a la narrativa el guión *Bendito sea su nombre* que escribí en 2000, pienso en todos los sacrificios que Ella hizo por sus hijos. Me pregunto: ¿renunciaría yo al cielo para trabajar por la salvación de las almas? Esto es lo que hizo Nuestra Reina, por toda la humanidad. Ella renunció al Cielo.

Pienso en los veinticinco años de trabajo y estudio de los acontecimientos de Fátima de 1917 que dieron lugar al musical. Pensé en la pequeña Jacinta Marto (hoy Santa Jacinta) y en lo que hizo dos años después de que la Bella Señora del Cielo se le apareciera por primera vez a ella, a su hermano Francisco y a su prima Lucía, el 13 de mayo de 1917.

Al año siguiente ella y Francisco enfermaron gravemente de gripe española, padeciendo durante más de un año. En 1919, en el lecho de muerte de Francisco, su Bella Señora apareció en su habitación. Vino a llevarlo en brazos al cielo. Sonrió

amorosamente a Jacinta, diciendo a la niña gravemente enferma: *"Ya puedes venir tú también"*.

Jacinta preguntó solemnemente: *"Pero si me quedo, ¿habrá más sufrimiento para mí?"*. La Madre de Dios, como Nuestra Señora de Fátima, asintió con la cabeza y luego contó a la niña los detalles de lo que tendría que afrontar si permanecía en la tierra.

"Sí, hija mía. Tendrás que dejar a tu familia para que te traten el pulmón, necesitarás cirugía, para la que no habrá remedio que aminore el dolor, y morirás sola..."

Esta preciosa niña negó con la cabeza diciendo: *"Entonces me quedaré, porque eso significaría que muchas más almas pueden ir al cielo."*

Todas las palabras que Jacinta recibió aquel día se hicieron realidad. Diez meses más tarde se le formó un absceso pulmonar que requirió cirugía. La enviaron a un orfanato de Lisboa, a sesenta millas de su casa, pero cerca de un hospital. Debido a los efectos de la guerra, la

anestesia se reservaba a los hombres que habían servido en el ejército, por lo que le drenaron el absceso sin ella, un procedimiento muy doloroso.

Jacinta renunció al cielo para que las almas de los demás pudieran recoger el don de la vida eterna antes que ella. Jacinta Marto tenía nueve años. ¿Podría yo ser tan valiente, tan desinteresada? ¿Podría usted?

A tan tierna edad modeló a Nuestra Reina en un acto de amor desinteresado por la humanidad. Cuán miserablemente fracasó en eso.

Para terminar, quiero compartir con todos aquellos que lean o escuchen el viaje de Nuestra Amada en esta tierra - no necesitáis tener miedo - Ella está con vosotros - siempre. No estáis solos, Sus brazos están abiertos de par en par para recogeros... a todos. Su amor por nosotros es infinito. Llámala y Ella te protegerá y te guiará hacia Su Hijo. Ella mantendrá su promesa que fue diseñada por Dios cuando la creó. Es la misma promesa que hizo a los niños de Fátima en su visita del 13^{de}

julio de 1917: *"Al final, mi corazón inmaculado triunfará"*.

Copyright 2025 ni Barbara Oleynick

Audiobook recordings in all languages were created and mastered on Elevenlabs by Barbara Oleynick

La revisión y edición de la traducción al español de IA estuvo a cargo de Claudia González

Other works by Barbara Oleynick are available on the website: www.themotherofgod.org

A heartfelt thank you to all the women who joined me on this mission to bring peace to our world.

Marta Maszkiewicz – Polish

Amanda da Costa Feitosa – Portuguese

Elena Mpuku – Russian

Ranjeeta Bermudez – Tagalog

Claudia Gonzáles – Spanish

And Mary Treschitta for saying “yes” once again to serve our Beloved.

